

columòd  
DESIGNER

I N D I C E



Fedelma, la Hija del Hechicero	9
Quando el Rey de los Garos vino a los Dominios del Rey Connal	51
La Espada de la Luz y la Leyenda sin Par, con todo lo que de las aventuras de Gilly de la Piel de Cabra se entrega en "El Libro de la Piel de Grulla"	75
La Aldea del Castillo Rojo	141
El Rey del País de la Niebla	169
La Casa de Crom Duv	183
La Mujer-Adivina	221





Connal era el nombre del Rey que gobernaba Irlanda en aquel tiempo. Tenía tres hijos y, así como crecen los abetos, unos torcidos y otros rectos, uno de ellos creció tan indómito, que al fin el Rey y el Consejero Real tuvieron que permitirle hacer su voluntad en todo. Este joven era el hijo mayor del Rey; su madre había muerto antes de poder ser una guía para él.

Ahora bien, luego de que el Rey y el Consejero Real lo dejaran hacer su voluntad, el joven del que les cuento no hacía otra cosa que cabalgar y cazar el día entero. Y bien, una mañana se fue cabalgando más allá,

su sabueso a su talón,  
en su puño, el halcón;  
un gallardo corcel para llevarle doquier,  
y el cielo azul sobre él,

y siguió cabalgando hasta que llegó a un recodo del camino. Allí vio a un anciano gris sentado sobre un montón de piedras jugando una partida de naipes consigo mismo. Primero hacía que ganara una mano, y después, la otra. Entonces decía: "Esa es mi buena derecha." Y después decía: "Juega y vence a aquella, mi galante izquierda." El Hijo del Rey de

Irlanda se quedó sentado sobre su caballo para observar al extraño anciano, y mientras lo hacía, cantaba para sí una canción:

Puse las amarras a mi barca  
por un año y por un día,  
y partí adonde crecen los serbales,  
y ponen sus huevos las perdices;

y me fui por sobre las pasaderas  
y hundí los pies en el vado,  
y al fin llegué a la casa del Porquerizo:  
el Joven sin Espada.

Una golondrina cantó sobre su pórtico:  
"glu-f, glu-f, glu-f,  
el prodigio de todo peregrinar,  
la maravilla del mar;"  
una golondrina pronta a remontar, cantó:  
"glu-f, glu-f, glu-f."

—Príncipe —dijo el viejo alzando la mirada hacia él—, si puedes jugar una partida tan bien como puedes cantar una canción, me gustaría que te sentases a mi lado.

—Puedo jugar cualquier juego —dijo el Hijo del Rey de Irlanda. Amarró su caballo a la rama de un árbol y se sentó sobre el montón de piedras, al lado del anciano.

—¿Qué nos jugaremos? —dijo el viejo gris.

—Lo que gustes —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Si yo gano, tienes que darme cualquier cosa que pida, y si ganas tú, te daré lo que tú pidas. ¿Estás de acuerdo?

—Si tú estás conforme, yo estoy conforme —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

Jugaron, y el Hijo del Rey de Irlanda ganó la partida. —Ahora, ¿qué deseas que yo te dé, Hijo del Rey? —dijo el viejo gris.

—No voy a pedirte nada —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—, puesto que pienso que no tienes mucho que dar.

—No te preocupes por eso —dijo el viejo gris—. No he de romper mi promesa; por lo que tienes que pedirme una cosa.

—Muy bien —dijo el Hijo del Rey—. En tal caso, hay un campo detrás del castillo de mi padre, y quiero verlo lleno de ganado mañana por la mañana. ¿Puedes hacer eso para mí?

—Puedo —dijo el viejo gris.

—Entonces, quiero cincuenta vacas, cada una que sea blanca, con una oreja roja, y un ternero blanco yendo al lado de cada vaca.

—El ganado será como lo deseas.

—Bien, cuando eso esté hecho, consideraré pagada la apuesta —dijo el Hijo del Rey de Irlanda. Montó en su caballo, sonriendo al anciano necio que jugaba a los naipes consigo mismo y que creía poder reunir cincuenta reses blancas, cada una con una oreja roja, y un ternero blanco al lado de cada vaca. Se alejó cabalgando,

su saqueso a su talón,  
en su puño, el halcón;  
un gallardo corcel para llevarle doquier,  
y el prado verde bajo él,

y no pensó más en el viejo gris.

Pero, por la mañana, mientras sacaba su caballo del establo oyó a los mozos hablar de un extraño acontecimiento. Art, el Mayordomo Real, había salido y había encontrado que el campo detrás del Castillo estaba lleno de ganado. Había allí cincuenta reses blancas con una oreja roja, y cada vaca tenía un ternero blanco a su lado. El Rey había ordenado a Art, su Mayordomo, que las dispersara. El Hijo del Rey de Irlanda observó a Art y sus hombres tratando de hacerlo. Pero, tan



pronto el extraño ganado sacábase hacia un lado del campo, volvía por el otro. Entonces se hizo presente Maravaun, el Consejero Real. Declaró que se trataba de ganado hechizado, y que nadie en el suelo de Irlanda podría deshacerse de él. Así, el ganado permaneció en el campo de siete acres.

Cuando el Hijo del Rey de Irlanda vio lo que podía hacer su compañero del día anterior, cabalgó derecho a la cañada para intentar jugar otra partida con él. Allí, en el recodo del camino, sobre un montón de piedras, el viejo gris estaba sentado jugando una partida de naipes, la mano derecha contra la izquierda. El Hijo del Rey de Irlanda amarró su caballo a la rama de un árbol y desmontó.

—¿Encontraste saldada la apuesta de ayer? —dijo el viejo gris.

—Sí —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—¿Tendremos entonces otra partida de naipes bajo las mismas condiciones? —dijo el viejo gris.

—Yo estoy de acuerdo si tú estas de acuerdo —dijo el Hijo del Rey de Irlanda. Se sentó a su lado bajo el matorral y jugaron nuevamente. El Hijo del Rey de Irlanda ganó.

—¿Qué quisieras que haga por ti esta vez? —dijo el viejo gris.

Sucedía que el Hijo del Rey tenía una madrastra, y a menudo ella se hallaba de mal humor. Esa misma mañana, ambos se habían hostigado mutuamente, por lo que dijo: —Haz que un oso pardo, que lleve en el hocico un carbón encendido, saque esta noche de su silla, en el comedor, a la Reina Caintigern.

—Así se hará —dijo el viejo gris.

Entonces, el Hijo del Rey de Irlanda montó en su caballo y se alejó cabalgando.

su sabueso a su talón,  
en su puño, el halcón;  
un gallardo corcel para llevarle doquier  
y el prado verde bajo él.

y volvió al Castillo. Esa noche, un oso pardo con un carbón encendido en el hocico, entró al comedor y se interpuso entre la Reina Caintigern y la silla que le pertenecía. Ninguno de los sirvientes pudo echarlo, y cuando vino Maravaun, el Consejero Real, dijo: —También se trata de una criatura hechizada, y lo mejor para nosotros será dejarla en paz. —Por lo que toda la concurrencia se retiró, dejando al oso pardo en el comedor, sentado en la silla de la Reina.

## II

Cuando despertó a la mañana siguiente, el Hijo del Rey de Irlanda se dijo: "Fue algo maravilloso lo que sucedió anoche en el comedor. Tengo que salir y jugar una tercera partida con el viejo gris que se sienta sobre un montón de piedras en el recodo del camino." Por lo que, temprano en la mañana, montó y se alejó cabalgando.

su sabueso a su talón,  
en su puño, el halcón;  
un gallardo corcel para llevarle doquier  
y el prado verde bajo él.

y cabalgó hasta llegar al recodo del camino. Como era de esperar, allí estaba el viejo gris. —Así es que has venido a mí nuevamente, Hijo del Rey —le dijo. —Sí —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—, y voy a jugar una última partida contigo, bajo las mismas condiciones anteriores.

Amarró su caballo a la rama y se sentó sobre el montón de piedras. Jugaron. El Hijo del Rey de Irlanda perdió la partida. Inmediatamente, el viejo gris arrojó los naipes sobre las piedras, y un viento se levantó y se los llevó. De pie, era terriblemente alto.



—Hijo del Rey —le dijo—, soy enemigo de tu padre y le he hecho un daño. Y a la Reina, que es la esposa de tu padre, también le he hecho un daño. Tú has perdido la partida y ahora tienes que aceptar la sanción que te impongo. Tienes que descubrir el lugar de mi morada y sacarme tres pelos de la barba, dentro de un año y un día, y si no, perderás tu cabeza.

Diciendo esto, tomó por los hombros al Hijo del Rey de Irlanda y, subiéndolo a la montura, giró al caballo en dirección al Castillo del Rey. El Hijo del Rey partió cabalgando,

su sabueso a su talón,  
en su puño, el halcón;  
un gallardo corcel para llevarle doquier  
y el cielo azul sobre él.

Esa tarde notó el Rey que su hijo estaba preocupado. Y cuando éste se acostó a dormir, todos en el Castillo oyeron sus gemidos y lamentos. Al día siguiente, el hijo refirió a su padre la historia de principio a fin. El Rey mandó buscar a Maravaun, su Consejero, y le preguntó si él sabía quién era el Hechicero y dónde podría ser que su hijo lo hallase.

—De lo que dijo —contestó Maravaun—, podemos adivinar quién es. Es el Hechicero de los Sombríos Confines, y el lugar en que habita es difícil de encontrar. No obstante, tu hijo debe buscarlo y sacar los tres pelos de su barba, o bien perder la cabeza. Puesto que si el heredero de tu reino no salda con honor su deuda, el suelo de Irlanda no dará cosechas y el ganado no dará leche. Y —dijo el Consejero—, como un año es poco para esta búsqueda, debiera salir de inmediato, a pesar de que, tengo que decirlo, no sé en qué dirección haya de ir.

Al día siguiente, el Hijo del Rey dijo adiós a su padre y a sus mediohermanos, y partió de viaje. La madrastra no le dio su bendición por causa de haber traído al oso pardo que la sacara de la silla en el comedor. Tampoco lo dejó llevar el buen caballo en el que siempre

cabalgaba. En su lugar, se dio al Príncipe un caballo que era cojo de una pata y corto de cola. Y ni el halcón ni el sabueso fueron esta vez con él.

Todo el día avanzó el Hijo del Rey, viajando a través de bosques y yermos hasta la caída de la noche. Los revoloteantes pajarillos iban de las copas de los arbustos, de mata en mata y a las raíces del brezo, yendo a descansar; mas, si bien ellos podían descansar, él no pudo hacerlo hasta que cayó la noche, ciega y oscura. Entonces, el Hijo del Rey comió el pan y la carne, puso el morral debajo de su cabeza y se acostó a descansar al borde de un gran yermo.

Por la mañana, montó en su caballo y siguió cabalgando. Y mientras atravesaba el yermo, vio una escena extraordinaria: por todas partes había cuerpos de criaturas muertas —un gallo, un reyezuelo, un ratón, una cornadreja, un zorro, un tejón, un cuervo— todas las aves y bestias que el Hijo del Rey alguna vez hubiese conocido. Siguió adelante, pero no vio ante él ninguna criatura viviente. Y entonces, al final del yermo, se aproximó a dos criaturas vivas que estaban peleándose. Una era un águila y la otra era una anguila. Y la anguila se había enrollado alrededor del águila, y el águila había cubierto sus ojos con las negras membranas de la muerte. El Hijo del Rey saltó de su caballo y cortó a la anguila en dos con un agudo golpe de su espada.

El águila descorrió las membranas de sus ojos y miró de lleno al Hijo del Rey. —Soy Laheen el Águila —dijo—, y te pagaré por este servicio. Hijo del Rey Connal. Entérate de que ha habido una batalla de las criaturas, una batalla para decidir cuál de ellas hará las leyes durante un año. Todas fueron muertas, excepto la anguila y yo misma, y si no hubieses venido, me habrían matado y la anguila hubiera hecho las leyes. Soy Laheen el Águila, y siempre seré tu amigo. Y ahora has de decirme cómo puedo servirte.

—Puedes servirme —dijo el Hijo del Rey— mostrándome cómo puedo llegar a los dominios del Hechicero de los Sombríos Confines.

—Soy la única criatura que puede mostrártelo, Hijo del Rey. Y si no estuviera ya vieja, te conduciría allá sobre mi espalda. Pero puedo indicarte cómo hacer para llegar allá. Cabalga hacia adelante durante un día, primero con el sol frente a ti y luego con el sol a tu espalda, hasta que llegues a la orilla de un lago. Permanece allí hasta que veas tres cisnes descender volando. Son las tres hijas del Hechicero de los Sombríos Confines. Fíjate en la que lleva una chalina verde en la boca. Es la hija menor y es la que te puede ayudar. Cuando los cisnes lleguen al suelo se transformarán en doncellas y se bañarán en el lago. Dos saldrán, se pondrán sus pieles de cisne, se transformarán y se irán volando. Pero tú tienes que esconder la piel de cisne que pertenece a la más joven de las doncellas. Ella buscará y buscará, y cuando no pueda encontrarla, gritará: "Haría cualquier cosa en el mundo por la criatura que encontrase mi piel de cisne". Entrégale entonces la piel de cisne y dile que lo único que ella puede hacer por ti es mostrarte el camino a los dominios de su padre. Ella lo hará, y así llegarás a la Casa del Hechicero de los Sombríos Confines. Y ahora, ve con Dios, Hijo del Rey Connal.

Laheen el Águila extendió las alas y se fue volando, y el Hijo del Rey continuó su viaje, primero con el sol frente a él y luego con el sol a su espalda, hasta que llegó a la orilla de un extenso lago. Alejó a su caballo, se tendió a descansar en el suelo y, tan pronto como llegó el claro día, comenzó a aguardar a los tres cisnes.

### III

Llegaron, bajaron volando y, al tocar el suelo, se transformaron en tres doncellas que fueron a bañarse en el lago. La que llevaba la chalina verde dejó su piel de cisne bajo un arbusto. El Hijo del Rey la tomó y la escondió en un árbol hueco.

Pronto, dos de las doncellas salieron del agua, se pusieron las pieles de cisne y se fueron volando como cisnes. La más joven de las doncellas se quedó un rato más en el lago. Entonces salió y comenzó a buscar su piel de cisne. Buscó y buscó, y al fin el Hijo del Rey la escuchó decir: "Haría cualquier cosa en el mundo por la criatura que encontrase mi piel de cisne." Entonces él salió de su escondite y le entregó la piel de cisne. —Yo soy el Hijo del Rey de Irlanda —dijo—, y quiero que me muestres el camino a los dominios de tu padre.

—Preferiría hacer cualquier otra cosa por ti —dijo la doncella.

—No quiero ninguna otra cosa —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Si te muestro cómo llegar allá, ¿estarás satisfecho?

—Estaré satisfecho.

—Nunca has de permitir que mi padre se entere de que te mostré el camino. Y no tiene que saber, cuando llegues, que eres el Hijo del Rey de Irlanda.

—No le diré que tú me mostraste el camino ni le haré saber quién soy.

Ahora que tenía la piel de cisne, ella pudo transformarse; silbó, y un halcón azul descendió y se posó en un árbol. —Ese halcón me pertenece —dijo ella—. Síguelo hacia donde vuele y llegarás a la casa de mi padre. Y ahora me despido de ti. Estarás en peligro, pero trataré de ayudarte. Mi nombre es Fedelma.— Se elevó como un cisne y se fue volando.

El halcón azul voló de arbusto en arbusto y de roca en roca. Cayó la noche y, por la mañana, el halcón azul fue avistado de nuevo. El Hijo del Rey lo siguió y finalmente vio ante sí una casa. Entró, y allí, sentado en una silla de oro, estaba el hombre que parecía tan alto cuando arrojó las cartas sobre el montón de piedras. El Hechicero no reconoció al Hijo del Rey sin su halcón, su sabueso, ni las finas ropas que solía llevar. Le preguntó quién era, y el Hijo del Rey contestó que





en un joven que acababa de terminar un aprendizaje de brujo. —Y —dijo—, he escuchado que tienes tres bellas hijas, y vengo a luchar para conquistar a una de ellas para esposa.

—En tal caso —dijo el Hechicero de los Sombríos Confines—, tendrás que ejecutar tres tareas para mí. Si eres capaz de cumplirlas, te daré a una de mis tres hijas en matrimonio. Si fallas en cualesquiera de ellas, perderás la cabeza. ¿Estás dispuesto a hacer el intento?

—Estoy dispuesto —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Entonces, mañana te daré tu primera tarea. Es poco afortunado que hayas llegado hoy. En este país no comemos más que una comida, sólo una vez a la semana, y hemos comido esta mañana.

—Me da lo mismo —dijo el Hijo del Rey—. Puedo arreglármelas sin comida ni bebida por un mes, sin pasar penurias.

—Supongo que también puedes arreglártelas sin dormir —dijo el Hechicero de los Sombríos Confines.

—Fácilmente —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Eso es bueno. Ahora, ven afuera y te mostraré tu cama —dijo el Hechicero.

Llevó afuera al Hijo del Rey y le mostró un seco y angosto estanque de agua en el hastial de la casa. —Es allí donde has de dormir —dijo el Hechicero—. Métele dentro ahora y prepárate para tu primera tarea a la salida del sol.

El Hijo del Rey de Irlanda se introdujo en el pequeño estanque. Quedó incómodo allí, de eso podéis estar seguros. Pero, en medio de la noche, vino Fedelma y lo llevó a una espléndida sala, donde comió y luego durmió hasta que el sol estuvo a punto de salir por la mañana. Ella lo despertó, y él salió y volvió a meterse en el estanque.

Tan pronto como el sol apareció, el Hechicero de los Sombríos Confines salió de la casa y se paró junto al estanque. —Ven ahora —dijo—, y te mostraré la primera tarea que tienes que ejecutar.— Lo llevó adonde pastaba un rebaño de cabras. Alejado de las cabras, se hallaba un joven gamo de patas blancas y brillantes cuernecillos. El

gamo los vio, brincó por los aires y corrió de prisa al bosque, tan rápido como la más veloz de las flechas que un hombre alguna vez disparara desde un arco.

—Es Pata Blanca el Gamo —dijo el Hechicero de los Sombríos Confines—. Él pasta con mis cabras, pero ninguno de mis criados puede meterlo en el redil. He aquí tu primera tarea: persigue a Pata Blanca el Gamo hasta agotarlo y tráelo con mis cabras a la cabrería esta tarde.— Diciendo esto, el Hechicero de los Sombríos Confines se fue, riendo para sí.

—Adiós a mi vida —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—. Antes tratara de coger un águila en vuelo que agotar al gamo, que ya ni siquiera se divisa.

Se sentó en el suelo y grande fue su desaliento. Entonces fue llamado por su nombre y vio a Fedelma que venía hacia él. Ella lo miró como si estuviera atemorizada, y dijo: —¿Qué tarea te ha impuesto mi padre?

Él le contó, y entonces ella sonrió. —Temía que fuese una tarea más terrible —dijo ella—. Esta es fácil. Yo puedo ayudarte a pillar a Pata Blanca el Gamo. Pero antes, come lo que te he traído.

Ella sirvió pan, carne y vino; se sentaron, y él comió y bebió. —Pensé que te impondría esta tarea —dijo ella—, por lo que te traje algo del acopio de objetos encantados de mi padre. He aquí las Botas de la Celeridad. Con ellas en tus pies, puedes cansar a Pata Blanca el Gamo. Pero has de pillarlo antes de que se haya alejado demasiado. Recuerda que ha de ser regresado cuando las cabras estén entrando al redil, a la puesta del sol. Tendrás que volver caminando, puesto que todo el tiempo debes tenerlo asido por los cuernos de plata. Dale prisa ahora. Agótalalo con las Botas de la Celeridad y agárralo por los cuernos. Por sobre todas las cosas, Pata Blanca teme la pérdida de sus cuernos de plata.— Él dio las gracias a Fedelma, se puso las Botas de la Celeridad y penetró en el bosque. Ahora podía ir como vuela el águila. Encontró a Pata Blanca el Gamo bebiendo en el estanque del Cuervo.



Cuando el gamo lo vio, se fue de matorral en matorral. Las Botas de la Celeridad apenas servían al joven en esos lugares cerrados. Al fin, le dio alcance en el último matorral. Era la hora del mediodía. Había ante ellos una planicie despejada, y con las Botas de la Celeridad él lo agotó. Había lágrimas en los ojos del Gamo, y el Hijo del Rey supo que estaba afligido por el temor de perder sus cuernos de plata.

Mantuvo sus manos sobre los cuernos, y regresaron por millas de planicie y pastos, pantanos y bosques. Las horas iban más rápido que ellos. Cuando ingresó al dominio del Hechicero de los Sombríos Confines, el Hijo del Rey vio a las cabras que se apresuraban por delante de él. Corrían desde sus pastoreos al redil, deteniéndose alguna, quizá, para morder la punta de un seto, y otra dando a ésta un topón con los cuernos para apurarla. —Por tus cuernos de plata, tenemos que ir más rápido —dijo el Hijo del Rey de Irlanda al Gamo. Entonces fueron más rápido.

Vio al Hechicero de los Sombríos Confines que esperaba en el redil, ora contando las cabras que venían, ora mirando hacia el sol. Al ver al Hijo del Rey de Irlanda venir con su captura, se puso tan furioso que golpeó a un viejo chivo barbudo que se había detenido para rascarse. El chivo se encabritó y lo embistió con sus cuernos.

—Bien —dijo el Hechicero de los Sombríos Confines—, veo que has cumplido tu primera tarea. Eres un hechicero más grande de lo que pensé. Pata Blanca el Gamo puede entrar con mis cabras. Vuelve ahora a tu propio lugar de dormir. Mañana temprano vendré a ti y te daré tu segunda tarea.

El Hijo del Rey de Irlanda volvió al estanque seco y se introdujo en él. Estaba cansado de la jornada del día persiguiendo a Pata Blanca el Gamo. Tenía la esperanza de que Fedelma vendría a él y le daría albergue por esa noche.

## IV

Hasta que la blanca luna se elevó sobre los árboles, hasta que los sabuesos salieron a cazar por su cuenta, hasta que los zorros bajaron y se escondieron en los setos esperando que los gallos y las gallinas se agitasen a la primera luz, por todo ese tiempo el Hijo del Rey de Irlanda permaneció acurrucado en el estanque seco.

Para ese entonces ya estaba tieso, adolorido y hambriento. Vio a una gran lechuza blanca volar hacia el estanque. La lechuza se paró en el borde y se quedó mirando al Hijo del Rey. —¿Tienes un mensaje para mí? —preguntó él. La lechuza encogió las alas tres veces. Él pensó que eso significaba un mensaje. Salió del estanque y se preparó a seguir a la lechuza. Ella voló lentamente y rasando el suelo, de modo que él la pudo seguir a través de un sendero del bosque.

El Hijo del Rey pensó que la lechuza lo llevaba al lugar donde se encontraba Fedelma y que allí obtendría alimento y albergue por el resto de la noche. Y así fue que la lechuza voló hacia una casita en el bosque. El Hijo del Rey miró a través de la ventana y vio una habitación alumbrada por velas y una mesa con fuentes, platos y copas, con pan, carne y vino. Y vio junto al fuego a una joven hilando en una rueca, de espaldas hacia él, y su cabello era igual al de Fedelma. Entonces él levantó el cerrojo de la puerta y entró, muy jubiloso, en la casita.

Pero cuando la joven en la rueca se dio vuelta, él vio que no era para nada Fedelma. Tenía una boca pequeña, una nariz larga y ganchuda y sus ojos eran bizcos. El hilo que estaba hilando lo mordía con sus largos dientes. —Eres bienvenido aquí, Príncipe —dijo ella.

—Y tú, ¿quien eres? —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Aefa es mi nombre —dijo ella—. Soy la mayor y la más sabia de las hijas del Hechicero de los Sombríos Confines. Mi padre está preparando una tarea para ti, y será una tarea terrible. Y no habrá nadie para

ayudarte con ella, por lo que con seguridad perderás la cabeza. Lo que te aconsejaría hacer es escapar de este país en el acto.

—¿Y cómo puedo escapar? —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Hay una sola forma de escapar —dijo ella—, y es que tomes al Ligerito Corcel Rojo, que mi padre tiene asegurado bajo nueve llaves. Aquel corcel es la única criatura que puede llevarte a tu propio país. Te mostraré cómo obtenerlo y entonces cabalgaré contigo a tu hogar.

—¿Y por qué habrías de hacer eso? —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Porque me quiero casar contigo —dijo Aefa.

—Pero —dijo él—, si es que llego a vivir, es Fedelma con quien me casaré.

Tan pronto como él dijo estas palabras, Aefa gritó: —¡Agárralo, mi gato montés! ¡Agárralo y manténlo firme!— Entonces, el gato montés que estaba bajo la mesa saltó a través de la habitación y se aferró a su hombro. El Hijo del Rey salió corriendo de la casa y, todo el tiempo mientras corría, el gato montés trataba de arrancarle los ojos. Se abrió camino a través de bosques y matorrales y grande fue su contento cuando vio el estanque junto al hastial de la casa. El gato montés se soltó entonces de su espalda. Él se metió en el estanque y esperó y esperó. No llegó ningún mensaje de Fedelma. Permaneció allí por largo tiempo, tieso, adolorido y hambriento, antes de que el sol naciera y el Hechicero de los Sombríos Confines saliera de la casa.

## V

—Espero que hayas tenido una buena noche de descanso —dijo el Hechicero de los Sombríos Confines, cuando llegó, justo a la salida del sol, adonde el Hijo del Rey de Irlanda se hallaba acurrucado. —En verdad, la he tenido —dijo el Hijo del Rey. —Y supongo que te encuen-



*El Hijo del Rey de Irlanda  
los juntó rápidamente en su bolsa.*

tras dispuesto para otra tarea —dijo el Hechicero de los Sombríos Confines.

—Más dispuesto que nunca antes en mi vida —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

El Hechicero de los Sombríos Confines lo condujo más allá del redil, donde había un cobijo abierto para sus colmenas. —Quiero ver techado este cobijo —dijo él—, y quiero tenerlo techado con plumas de pájaros. Ve —dijo— y consigue suficientes plumas de pájaros silvestres, y vuelve y techa el cobijo de las colmenas para mí; deberás tenerlo terminado antes de la puesta del sol.

El Hechicero dio al Hijo del Rey flechas y un arco, y una bolsa para guardar las plumas, y le aconsejó buscar los pájaros en el páramo. Entonces regresó a la casa.

El Hijo del Rey de Irlanda corrió al páramo y esperó que los pájaros pasaran volando a través de él. Al fin vino uno. Le disparó con una flecha, pero no lo derribó. Buscó por todo el páramo, pero no encontró ningún otro pájaro. Abrigó la esperanza de ver todavía a Fedelma antes de ser despojado de su cabeza.

Entonces, escuchó que lo llamaban por su nombre y vio a Fedelma que venía hacia él. Como antes, ella lo miró con pavor en los ojos y le preguntó qué tarea le había impuesto su padre. —Una tarea terrible —dijo él, y le contó de qué se trataba. Fedelma se rió. —Tenía miedo de que te diera otra tarea —dijo ella—. Yo puedo ayudarte con ésta. Siéntate ahora, y come y bebe de lo que te he traído.

Él se sentó; comió y bebió, y se sintió esperanzado viendo a Fedelma junto a él. Una vez que hubo comido, Fedelma dijo: —El halcón azul va a reunir a los pájaros y a sacarles las plumas para tí. Aún habrá peligro a menos que las reúnas pronto, puesto que el techo ha de estar cubierto con plumas a la hora del ocaso.— Fedelma silbó, y su halcón azul acudió. Él lo siguió a través del páramo. El halcón azul ascendió en el aire y emitió un llamado de pájaro. Los pájaros se reunieron, y el halcón se abalanzó sobre ellos arrancando

plumas de sus lomos y de sus alas. Pronto hubo un montón de plumas sobre el suelo: plumas de pichón y plumas de urraca, de grulla y de comeja, de mirlo y de estornino. El Hijo del Rey de Irlanda las juntó rápidamente en su bolsa. El halcón voló hacia otro lugar y emitió nuevamente su llamada de pájaro. Los pájaros se reunieron, y él se metió entre ellos, desplumándolos. El Hijo del Rey juntó las plumas, y el halcón azul voló a otro lugar. Una y otra vez el halcón azul llamó a los pájaros y los desplumó, y una y otra vez el Hijo del Rey juntó las plumas en su bolsa. Cuando estimó que tenía suficientes para cubrir el techo, corrió de vuelta al cobertizo. Comenzó a cubrirlo, atando las plumas con varillas de sauce. Acababa de terminar cuando el sol se puso. El viejo Hechicero llegó y, cuando vio lo que el Hijo del Rey había hecho, se sorprendió sobremanera. —No cabe duda de que aprendiste del brujo del que fuiste aprendiz —dijo él—. Pero mañana te probaré con otra tarea. Ve ahora y duerme en el lugar donde estuviste anoche.

El Hijo del Rey, feliz de que la cabeza aún estuviese sobre sus hombros, se fue y se acostó en el estanque.

## VI

Hasta que la blanca luna se desvaneciera en el cielo, hasta que los Seres Secretos comenzaran a murmurar en los bosques, durante todo ese tiempo permaneció el Hijo del Rey de Irlanda esa noche dentro del estanque seco.

Y entonces, cuando ya no hubo oscuridad ni luz, vio a una grulla que volaba hacia él y que se posó en el borde del estanque. —¿Tienes un mensaje para mí? —dijo el Hijo del Rey de Irlanda. La grulla golpeó tres veces con el pico. Entonces, el Hijo del Rey salió del estanque y se preparó para seguir al pájaro mensajero.

Y así iba la grulla: luego de volar un pequeño trecho, se posaba en el suelo hasta que el Príncipe le daba alcance. Entonces volvía a volar. La grulla lo condujo por sobre ciénagas y a través de pequeños arroyos. Y todo el tiempo el Hijo del Rey de Irlanda pensaba que era conducido al lugar en que estaba Fedelma, al lugar donde obtendría alimento y donde podría descansar hasta justo antes de la salida del sol.

Siguieron y siguieron hasta llegar a una vieja torre, sobre la que se posó la grulla. El Hijo del Rey vio que había una puerta de hierro en la torre y tiró de una cadena hasta que se abrió. Luego, vio una pequeña habitación alumbrada por velas y a una joven mujer mirándose en el espejo. Estaba de espaldas a él, y su cabello era igual al de Fedelma.

Pero cuando la joven se dio vuelta, él vio que no era Fedelma. Era pequeña, y tenía un rostro de color pardo, y apretado como una nuez. Se mostró muy amigable con el Hijo del Rey de Irlanda y, viniendo hacia él, le tomó las manos y le sonrió.

—Eres bienvenido aquí —dijo ella.

—¿Quién eres? —preguntó él.

—Soy Gilveen —dijo ella—, la segunda y más amante de las tres hijas del Hechicero de los Sombríos Confines—. Ella le acariciaba la cara y las manos mientras le hablaba.

—Y, ¿por qué enviaste por mí?

—Porque sé en qué gran aprieto te encuentras. Mi padre está preparando una tarea para ti, y va a ser una tarea terrible. Jamás serás capaz de llevarla a cabo.

—Y, ¿qué me aconsejarías que hiciera, hija de Rey?

—Déjame ayudarte. En esta torre —le dijo— están los libros más sabios del mundo. Seguramente en uno de ellos encontraremos una manera de que salgas de este país. Y entonces volveré contigo a tu propio país.

—¿Por qué harías eso? —preguntó el Hijo del Rey de Irlanda.

—Porque quiero ser tu esposa —dijo Gilveen.

—Pero —dijo él—, si es que llego a vivir, es Fedelma con quien me casaré.

Cuando él dijo eso, Gilveen apretó los labios y su mentón tomó la forma de un cuerno. Silbó entonces por entre sus dientes y, al instante, todo en la habitación comenzó a atacar al Hijo del Rey. El espejo del muro se precipitó sobre él y lo golpeó por detrás en la cabeza. La pata de la mesa le asestó un terrible golpe detrás de las rodillas. Vio que las dos velas saltaban por el piso para quemarle las piernas. Escapó de la habitación y, cuando alcanzó la puerta, ésta se batió y le dio un golpe que lo lanzó fuera de la torre. La grulla, que esperaba sobre la torre, bajó volando, con su cuello y pico extendidos, y le dio un golpe en la espalda.

Por lo que el Hijo del Rey de Irlanda volvió por sobre las ciénagas y a través de los pequeños arroyos y se sintió contento de ver de nuevo el hastial de la casa.

Se metió en el estanque. Sabía que no tendría que esperar mucho hasta que el sol saliera y el Hechicero de los Sombríos Confines viniese y le diera la tercera y más difícil de las tres tareas. Y pensó que a Fedelma seguramente la habían encerrado para separarla de él, y que no le sería posible ayudarlo ese día.

## VII

A la salida del sol, el Hechicero de los Sombríos Confines llegó adonde se hallaba acurrucado el Hijo del Rey de Irlanda, y dijo: —Ahora voy a imponerte la tercera y última tarea. Levántate ya y ven conmigo.

El Hijo del Rey salió del estanque y siguió al Hechicero. Fueron adonde había un pozo. El Hijo del Rey miró hacia abajo y no pudo ver el fondo; tan hondo era el pozo! —En el fondo —dijo el Hechicero—



cerca el Anillo de la Juventud. Debes conseguirlo y traérmelo, o bien tendrás que perder tu cabeza a la puesta de ese sol.— Eso fue todo lo que dijo. Después, dio media vuelta y se fue.

El Hijo del Rey miró dentro del pozo y no vio manera alguna de descender por sus paredes lisas y profundas. Caminó de vuelta al Castillo. En el camino se encontró con Fedelma, y ella lo miró con hondo temor en sus ojos. —¿Qué tarea te impuso hoy mi padre? —dijo ella. —Me ordena que baje a un pozo —dijo el Hijo del Rey. —¡Un pozo! —dijo Fedelma, y el pavor se apoderó de ella toda. —Tengo que tomar del fondo el Anillo de la Juventud y llevárselo —dijo el Hijo del Rey. —¡Oh! —dijo Fedelma— te ha impuesto la tarea que yo temía.

Entonces, ella dijo: —Perderás la vida si el Anillo de la Juventud no es sacado del pozo. Y si tú pierdes la tuya, perderé yo mi vida también. Hay una forma de descender por las paredes del pozo. Tienes que matarme. Toma mis huesos y haz con ellos escalones mientras desciendes por las paredes. Luego, cuando hayas sacado del agua el Anillo de la Juventud, pon mis huesos como estaban antes, y pon el anillo sobre mi corazón. Viviré nuevamente. Pero has de tener cuidado de dejar cada hueso como estaba.

Al oír lo que ella dijo, el Hijo del Rey fue presa de un espanto más profundo que el de Fedelma. —Eso no podrá jamás ser —exclamó. —Ha de ser —dijo ella—, y por todos tus votos y promesas, te ordeno que lo hagas. Mátame ahora y haz como te lo he pedido. Si se hace, viviré. Si no se hace, perderás tu vida y yo nunca recobraré la mía.

Él la mató. Tomó sus huesos como ella le había ordenado e hizo escalones hacia abajo por las paredes del pozo. Buscó en el fondo y encontró el Anillo de la Juventud. Reunió nuevamente los huesos. De rodillas se puso, y su corazón no latió, ni fue o vino su aliento, hasta que los hubo dispuesto cada uno en su lugar. Sobre el corazón le puso el Anillo. La vida volvió a Fedelma.

—Lo has hecho bien —dijo ella—. Sólo hay una cosa que no está

en su lugar: la articulación de mi dedo meñique. — Ella levantó la mano, y él vio que su dedo meñique estaba torcido.

—Te he ayudado en todo —dijo Fedelma—, pero no podría haberte ayudado en la última tarea si no me hubieses sido fiel cuando Aefa y Gilveen te atrajeron hacia ellas. Ahora están cumplidas las tres tareas y puedes pedir a mi padre a una de sus hijas en matrimonio. Cuando le lleses el Anillo de la Juventud, te pedirá que hagas una elección. Ruego que la elegida sea yo misma.

—A ninguna otra he de tener sino a ti, Fedelma, amor de mi corazón —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

## VIII

El Hijo del Rey de Irlanda entró en la casa antes de la puesta del sol. El Hechicero de los Sombríos Confines estaba sentado en su silla de oro. —¿Me has traído el Anillo de la Juventud? —preguntó.

—Lo he traído —dijo el Hijo del Rey.

—Entrégamelo entonces —dijo el Hechicero.

—No lo haré —dijo el Hijo del Rey—, hasta que me des lo que me prometiste para cuando finalizara mis tareas: una de tus tres hijas por esposa.

El Hechicero lo condujo hacia una puerta cerrada. —Mis tres hijas están dentro de esa habitación —dijo—. Pasa tu mano por el hueco en la puerta, y aquella cuya mano tengas tomada cuando yo la abra, ella es con quien tendrás que casarte.

¿Cuál no sería la aflicción que embargó entonces el alma del Hijo del Rey! Si tomaba la mano de Aefa o de Gilveen, perdería a su amada Fedelma. Permaneció sin extender la mano. —Coloca la mano en el hueco de la puerta o sal de mi casa de una buena vez —dijo el Hechicero de los Sombríos Confines.



El Hijo del Rey de Irlanda se arriesgó a pasar su mano por el hueco en la puerta. Las manos de las doncellas que se hallaban dentro estaban todas reunidas en un haz. Pero tan pronto las tocó, descubrió que una tenía un dedo quebrado. Supo que era la mano de Fedelma, y fue ésa la mano que tomó.

—Ahora puedes abrir la puerta —dijo al Hechicero.

Abrió éste la puerta y el Hijo del Rey de Irlanda atrajo a Fedelma hacia sí. —Ésta es la doncella que escojo —dijo—, y dale ahora su dote.

—La dote que ha de ir conmigo —dijo Fedelma— es el Ligerito Corcel Rojo.

—¿Qué dote quieres con ella, joven? —dijo el Hechicero.

—Ninguna dote que no sea el Ligerito Corcel Rojo.

—Ve al establo y tómallo. Y espero que ningún brujo bien entrenado como tú vuelva por estos lados.

—No soy ningún brujo bien entrenado, sino el Hijo del Rey de Irlanda. Y he encontrado el lugar donde habitas dentro del plazo de un año y un día. Y ahora, arranco los tres pelos de tu barba, Hechicero de los Sombríos Confines!

La barba del Hechicero se erizó como las púas de un puercoespín, y se le desorbitaron los globos de sus ojos. El Hijo del Rey le arrancó los tres pelos de la barba antes de que el Hechicero pudiese levantar una mano ni decir una palabra. —Monten en el Ligerito Corcel Rojo y, ¡fuera los dos! —dijo el Hechicero.

El Hijo del Rey de Irlanda y Fedelma montaron el Ligerito Corcel Rojo y se fueron cabalgando, y el Hechicero de los Sombríos Confines y sus dos hijas, Aefa y Gilveen, enrabiados, los observaron alejarse.

## IX

Cruzaron el Río del Buey, remontaron la Montaña del Zorro y pasaron por la Quebrada del Tejón antes de que saliera el sol. Y allí, al pie del Monte de los Cuernos, se encontraron con un anciano que recogía rocío de la hierba.

—¿Podrías decirnos dónde encontrar al Pequeño Sabio de la Montaña? —preguntó Fedelma al anciano.

—Yo soy el Pequeño Sabio de la Montaña —dijo él—. ¿Qué es lo que queréis de mí?

—Que nos prometáis en matrimonio —dijo Fedelma.

—Lo haré. Venid los dos a mi casa. Y como ambos sois jóvenes y más aptos que yo para caminar, sería apropiado que me dejéis cabalgar en vuestro caballo.

El Hijo del Rey y Fedelma desmontaron, y el Pequeño Sabio de la Montaña se subió al Ligerito Corcel Rojo. Tomaron el sendero que rodeaba el Monte de los Cuernos y al otro lado del monte encontraron una cabaña techada con una gran ala de pájaro. El Pequeño Sabio se bajó del Ligerito Corcel Rojo. —Ahora bien —dijo él—, ambos sois jóvenes, y yo soy un anciano, y sería apropiado que hagáis mi trabajo antes de pedirme que haga algo por vosotros. Y, pues —le dijo al Hijo del Rey de Irlanda—, ¿tomarías esta pala en tu mano e irías al jardín a cavar mis papas para mí? Y, ¿te sentarías tú —le dijo a Fedelma— a la piedra de moler y molerías el trigo para mí?

El Hijo del Rey de Irlanda fue al jardín, y Fedelma se sentó frente a la piedra de moler que estaba justo al lado afuera de la puerta; él cavó y ella molló, mientras el Pequeño Sabio iba a sentarse junto al fuego, mirando en un gran libro. Y, cuando Fedelma y el Hijo del Rey se cansaron de su trabajo, les dio a beber un trago de suero de leche.

Ella hizo tortillas con el trigo que había molido, y el Hijo del Rey lavó las papas; el Pequeño Sabio las hirvió y así hicieron su cena.

Entonces, el Pequeño Sabio de la Montaña fundió plomo e hizo dos anillos; dio un anillo a Fedelma para que se lo diera al Hijo del Rey, y uno dio al Hijo del Rey para que lo diera a Fedelma. Y cuando los anillos estuvieron entregados, dijo: —Ahora estáis comprometidos para vuestro matrimonio.

Se quedaron esa noche con el Pequeño Sabio de la Montaña y, cuando el sol salió, dejaron la casa que estaba techada con la gran ala de un pájaro y se dirigieron a la Pradera del Esplendor y al Bosque de las Sombras, que mediaban entre ellos y los dominios del Rey de Irlanda. Cabalgaron en el Ligero Corcel Rojo, y el Pequeño Sabio de la Montaña hizo con ellos parte del camino. Iba cabizbajo y, cuando le preguntaron la razón, dijo: —Veo caminos que se apartan y lejanos viajes para vosotros dos. —Pero, ¿cómo puede ser —dijo el Hijo del Rey—, puesto que dentro de poco alcanzaremos los dominios de mi padre? —Puede que me equivoque —dijo el Pequeño Sabio—, y si no, recordad que la devoción reúne los caminos que se separan, y que los corazones nobles alcanzan el final de todo viaje. — Entonces les dijo adiós y se volvió a su cabaña, que estaba techada con la gran ala de un pájaro.

Cabalgaron a través de la Pradera del Esplendor, mientras el halcón azul de Fedelma flotaba sobre ellos. —Más allá hay un campo de flores blancas —dijo ella—, y mientras lo estemos cruzando, has de contarme una historia.

—Sólo sé de memoria —dijo el Hijo del Rey— las historias que Maravaun, el Consejero de mi padre, ha vertido en el libro que está escribiendo; el libro se llama "La Coraza de la Enseñanza".

—Entonces —dijo Fedelma—, cuéntame una historia de "La Coraza de la Enseñanza" mientras cruzamos este campo de flores blancas.

—Te contaré la primera historia que hay en él —dijo el Hijo del Rey.

Entonces, mientras cruzaban el campo de flores blancas, el Hijo del Rey contó a Fedelma la historia de:



## EL ASNO Y LA FOCA

### X

Una foca, que había pasado una mañana de curioso aleteando suavemente alrededor de la Isla de Ilaun-Beg, se tendió sobre una roca para mejor proseguir sus investigaciones. Estaba ahora a unas cinco yardas de la isla misma. En la pequeña playa había tres botes en que los isleños se hacían a la mar. Los botes estaban vueltos boca abajo y tenían puestas encima grandes piedras para evitar que fuesen arrastrados por los fuertes vientos. La foca reparó en ellos mientras descansaba sobre la plana roca. También reparó en un burrito que estaba parado más allá de los botes, cobijándose allí donde los acantilados se adentraban formando una cavidad.

Ahora bien, este asno era igual de curioso que la foca y, cuando





vio a la suave criatura que meneaba su cabeza con tanta inteligencia, bajó hasta el borde del agua. Dos de sus patas estaban maneadas con un trozo de cuerda de esparto, pero, acostumbrado a tal impedimento, se aproximó sin ninguna torpeza. Miró a la foca inquisitivamente.

La comeja de cabeza gris del acantilado se posó en una saliente de la roca e hizo de intérprete entre ambos.

—velluda bestia de la isla —dijo la foca—, amigo y seguidor de los hombres, cuéntame acerca de la fabulosa existencia de ellos.

—¿Te refieres a los recolectores de heno? —dijo el asno.

—Tú bien sabes a quiénes se refiere —dijo la comeja de cabeza gris, maliciosamente—. Respóndele ahora.

—Me desconciertas por completo cuando me preguntas sobre los hombres —dijo el asno—. No sé mucho acerca de ellos. Viven para sí mismos, y yo vivo para mí. Sus casas están llenas de humo, y entrar en ellas ciega mis ojos. Aquí solía haber campos verdes y altos pastos que se volvían heno, pero ya no hay nada parecido. Creo que los hombres han dejado de comer lo que crece de la tierra. No veo nada ni huelo nada más que pescado, pescado, pescado.

Todo el tiempo mientras él hablaba, la comeja de cabeza gris tenía una mirada maliciosa clavada en el asno. —Estás diciendo todo eso —dijo— porque dejan que el caballito se quede toda la noche dentro de la casa y a ti te sacan a golpes.

—Amigo mío —dijo la foca—, es evidente que los hombres te engañan por las apariencias. Conozco a los hombres. He seguido sus botes y escuchado los maravillosos sonidos que hacen con sus voces y con sus instrumentos. ¿Es que no extraen los peces de las profundidades con encantamientos? ¿Es que no construyen sus moradas con música? ¿Es que no sacan la luna del mar y la ponen de lámpara en sus casas? Y, ¿no es sabido, acaso, que las más hermosas hijas del mar han amado a hombres?

—Cuando me quedo despierto largo rato en las noches de luna, yo también me siento así —dijo el asno.

Entonces, las evocaciones de esas heladas y largas noches lo hicieron bostezar. Después rebuznó.

—¡Lo que es vivir cerca de los hombres! —dijo la foca, llena de admiración—. ¡Qué maravillosos sonidos!

—Cruzaría el agua y frotaría mi nariz contra la tuya —dijo el asno—, sólo que tengo miedo de los cocodrilos.

—¿Cocodrilos? —dijo la comeja de cabeza gris.

—Sí —dijo el asno—. Es porque vengo de una familia muy antigua. ¿sabes? Ellos eran egipcios. Mi gente nunca gustaba de cruzar aguas en su propio país. Allí había cocodrilos.

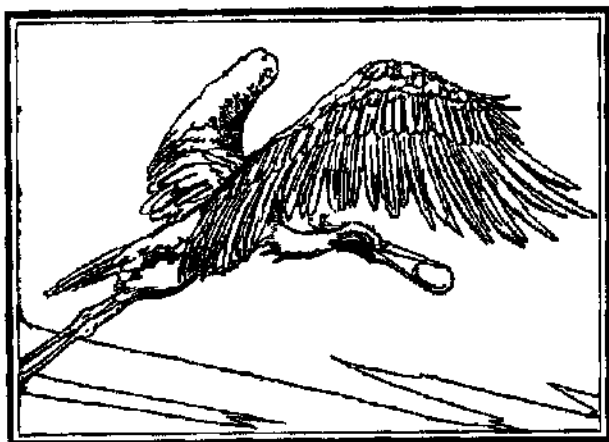
—No quiero perder más tiempo escuchando tonterías —dijo la comeja de cabeza gris. Voló al lomo del asno y le arrancó un poco de fieltro—. Tomaré esto para mi propia morada —dijo, y voló de vuelta al acantilado.

El asno habría coceado con sus patas traseras si dos de sus patas no hubiesen estado atadas con la cuerda de esparto. Dio media vuelta y, sin una palabra de adiós para la foca, se fue trepando por los faldeos de la isla. La foca permaneció un rato meneando la cabeza inteligentemente. Entonces se deslizó al agua y se fue aleteando. —Una sienta sus vidas en música —dijo—; admirables tonos vibran alrededor de la isla donde viven los hombres. Es muy maravilloso.

—Ésa —dijo el Hijo del Rey— es la primera historia en "La Coraza de la Enseñanza": "El asno y la foca". Y ahora tú has de contarme una historia mientras cruzamos el campo de flores azules.

—Será entonces una historia muy corta —dijo Fedelma. Cruzaron un pequeño campo de flores azules, y Fedelma contó:





## EL ENVÍO DEL HUEVO DE CRISTAL

### XI

Los Reyes de Murlas oyeron del Rey Atlas  
que soportar tenía el mundo sobre su espalda,  
por lo que ahí mismo le enviaron el Huevo de Cristal  
que sería el Cisne de los Cuentos sin Fin,  
para que su carga por un lapso de tiempo pudiese yacer  
en la balanza que forman sus hombros,  
equilibrada su carga en tanto él pudiera escuchar  
al Cisne vertiendo los Cuentos:  
los Cuentos del Mundo del Norte,  
mientras él contemplara la Estrella Boreal,  
también Cuentos del Mundo del Este,

habría de escuchar en el sombrío frescor matinal,  
cuando los Leones por Nimrod guardados  
subiendo fueran del abrevadero;  
Cuentos del Mundo del Oeste para el Rey Atlas,  
por mientras lo hacía girar con el Sol  
y luego, susurros de mágicos Cuentos del África, su tierra.

Mas, los Reyes de Murlas hicieron de la Grulla su mensajera,  
la Grulla caprichosa, cuyos pensamientos siempre la están asustando.  
Ella se deslizó de islote en isla, de Cabo a Costa,  
pasó por grietas montañosas, y árboles, que como fantasma, remontó.  
Y, al ver en las hundidas planicies  
la batalla final entre Grullas y Pigmeos,  
desalentada, de vuelta la huida emprendió.  
¿Dónde está entonces el Huevo de Cristal  
que al Rey Atlas fuera enviado?  
Incubado algún día será, y los Cuentos a los hombres serán contados,  
siempre que el Huevo no sea puesto en un antiguo Tesoro Real.  
¡Siempre que la Grulla caprichosa no lo haya perdido cruzando la Mar!

No estuvieron mucho rato atravesando el pequeño campo de flores azules y, cuando ya lo hubieron pasado, llegaron a otro campo de flores blancas. Fedelma pidió al Hijo del Rey que le contara otra historia y, por tanto, éste le contó la segunda historia de "La Coraza de la Enseñanza".



## LA HISTORIA DEL JOVEN CUCLILLO

### XII

El joven cuclillo hacía desesperados esfuerzos por pasar a través de una angosta abertura en el árbol hueco. Chillaba cada vez que no lograba pasar.

Sus padres adoptivos habían permanecido por tanto tiempo a su lado, que estaban agotados y tristes, mientras que los demás pájaros, criada ya su prole, estaban vigorosos y alegres. Escucharon chillar al que había sido criado en su nido, al joven cuclillo, pero esta vez no volaron hacia él. El joven cuclillo chilló nuevamente, pero había algo en ese grito que a los padres adoptivos les recordó a los halcones. Se alejaron volando. Se sentían miserables en su huida estos pájaros,

puesto que sabían que estaban comiendo una traición.

Habían construido su nido en un árbol hueco que tenía una abertura pequeña. Sus propios hijos habían sido desalojados luego de que una cuclillo, que había puesto un huevo en el suelo, lo subiera en su pico y lo depositara en el nido. Se habían agotado procurando provisiones para la terrible y fascinante criatura que había quedado en el nido.

Cuando llegó el momento de que hiciera su primer vuelo, no pudo sacar el cuerpo por la pequeña abertura. Ayer había comenzado a intentarlo. Los dos padres adoptivos volaron una y otra vez hacia él con comida. Pero ahora, el nido en que lo empollaron se les había vuelto extraño. Nunca volverían a acercarse a él. El joven cuclillo había sido abandonado.

Un pájaro carpintero dio una vuelta al árbol. Miró dentro del hueco y vio al pájaro grande todo encogido.

—¡Hola! —dijo el pájaro carpintero—. ¿Cómo te metiste ahí?

—Nací aquí —dijo el joven cuclillo, con resentimiento.

—Ah, no me digas —dijo el pájaro carpintero, y dio otra vuelta alrededor del árbol.

Cuando volvió a la abertura, el joven cuclillo estaba de pie con la boca abierta.

—Aliméntame —dijo.

—Tengo que dar rapidísimas vueltas para obtener algo siquiera para mí mismo —dijo el pájaro carpintero.

—Al menos, alguien debiera traerme comida —dijo el joven cuclillo.

—¿Cómo es eso? —preguntó el pájaro carpintero.

—Bueno, ¿no es que deberían? —dijo el joven cuclillo.

—Yo no diría eso —dijo el pájaro carpintero—, para eso tienes tu ingenio, ¿no es así?— De nuevo dio una vuelta al tronco del árbol y devoró una magra larva. El joven cuclillo forcejeó en la abertura y volvió a chillar.

—No atraigas demasiado la atención sobre ti —aconsejó el pájaro carpintero cuando llegó de nuevo a la abertura—. Podrían tomarte po



un joven halcón, ¿sabes?

—¿Quién podría? —dijo el cuculillo.

—Los vecinos. Harían pedazos a un joven halcón.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo el joven cuculillo.

—¿Qué te dicta hacer tu naturaleza?

—¿Mi naturaleza? —dijo el joven cuculillo—. Mi naturaleza es balancearme sobre las ramas en lo alto de un árbol. Mi naturaleza es extender las alas y volar por sobre lugares agradables. Mi naturaleza es estar solo. Pero no solo como estoy aquí. Solo con el sonido de mi propia voz. ¡Cucú, cucú, cucú! —gritó repentinamente.

—Ahora te reconozco —dijo el pájaro carpintero—. Va a haber una tormenta —dijo—; confía en que un carpintero sabe de eso.

El joven cuculillo forcejeó de nuevo hacia el grande cielo y chilló tan fieramente, que una rata que acababa de salir de la zanja clavó su mirada en él. Aquella criatura le pareció mala al joven cuculillo. La lluvia golpeteó sobre las hojas. Retumbó el trueno. Un rayo cayó sobre el árbol, arrancándole la parte por sobre la abertura.

El joven cuculillo salió arrojado y fue a dar torpemente sobre la hierba entre las azules campánulas. —¡Qué mundo éste! —dijo—. Toda esta agua y fuego y bulla para sacarme del nido. ¡Qué mundo!

El joven cuculillo estaba libre, y ésas fueron las primeras palabras que dijo cuando entró en el mundo.

Fue esa la última historia que el Hijo del Rey contó del libro de Maravaun, "La Coraza de la Enseñanza". Aún tenían que cruzar otro pequeño campo de flores azules y, mientras lo atravesaban, Fedelma contó al Hijo del Rey:



## LA HISTORIA DE LA MUJER-NUBE

### XIII

La Mujer-Nube, Mor,  
hija era de Griann, el Sol,  
y bien que ella concertó una unión  
que igualara aquel esplendor,  
pues su consorte fue Lir, el Mar.

La Mujer-Nube, Mor  
siete fuertes hijos tuvo,  
y los libros de cuentos cuentan  
que sus pulgadas de noche aumentaban  
y que en el día crecían de nuevo.



La Mujer-Nube Mor,  
así como a ellos crecían los huesos,  
crecía en ella el orgullo  
hasta que su arrogancia alejó, dice la gente,  
de su lado a Lir, su consorte.

Entonces vivió en su casa, la Casa de Mor  
y con orgullo hijos y cosecha vigiló,  
hasta que un día en ella el deseo creció  
de ver, desde la cima de la montaña,  
todo, todo lo que ella poseía,  
por lo que, sin detenerse, viajó y viajó.

Y, ¿qué fue lo que vio? Miles de campos,  
y sus propios campos, pequeños, pequeños!  
—Qué lugar tan vasto y hermoso es Etrinn  
—dijo ella—, soy Mor, pero no tan grande, al fin.

Entonces un pastor llegó y le dijo  
que habíanse escabullido sus hijos:  
dejando a los terneros en la hondonada,  
y que no se quedarían con los gansos en manada.

Ellos habían visto tres barcos en el mar  
y nada les haría dejar de partir:  
Mor lloró y lloró al esto oír  
y sus lágrimas formaron regueros al bajar.

Entonces se fue su brillante esplendor;  
y sin dejar trazas, ella partió,  
y nunca más la Mujer-Nube, Mor,  
en aquel lugar de nuevo se la vio.

La orgullosa mujer, Mor,  
que era hija de Griann, el Sol,  
y que concertó una unión  
que igualara aquel esplendor,  
cual sombra, a su fin llegó.

## XIV

Y ésa fue la última historia que contó Fedelma, puesto que habían cruzado ya la Pradera del Esplendor y habían llegado a un lugar sin nombre: un trecho de terreno escabroso donde había negras rocas, hierba seca y desnudas raíces de árboles, con espinos blancos en flor por aquí y por allá. —Este lugar me da miedo. No debemos detenernos aquí —dijo Fedelma.

Entonces, bajó de las rocas una bandada de cuervos que, volando directo hacia ellos, atacaron a Fedelma y al Hijo del Rey de Irlanda. El Hijo del Rey saltó del corcel y tomando en su mano la espada, luchó contra los cuervos hasta que los alejó. Prosiguieron cabalgando. Pero ahora los cuervos volvieron volando y los atacaron nuevamente, y el Hijo del Rey luchó contra ellos hasta que se agotó la fuerza de sus manos. Montó de nuevo sobre el corcel y continuaron cabalgando de prisa. Y los cuervos vinieron por tercera vez y los atacaron con más fiereza que antes. El Hijo del Rey luchó con ellos hasta matarlos a todos menos a tres y hasta quedar cubierto con su sangre y con sus plumas.

Los tres que habían escapado se fueron volando. —Oh, monta el Ligerero Corcel Rojo y cabalguemos rápido —dijo Fedelma al Hijo del Rey.

—El cansancio me embarga —dijo él—. Ordena al corcel que se quede junto a la roca, pon la espada a mi lado y déjame dormir con la



cabeza en tu regazo.

—Temo por nosotros dos si te adormeces aquí —dijo Fedelma.

—Tengo que dormir, y te ruego que me dejes apoyar la cabeza en tu regazo.

—Ignoro qué te despertaría si te adormeces aquí.

—Despertaré —dijo el Hijo del Rey—, pero ahora he de dormir, y quisiera quedarme dormido con la cabeza sobre tu regazo.

Descendió ella del Ligerero Corcel Rojo, ordenándole permanecer junto a una roca; dejó la espada en el lugar donde él dormiría, le tomó la cabeza y la puso sobre su regazo. El Hijo del Rey se durmió.

Un gran temor creció dentro de Fedelma mientras le velaba el sueño. Cada hora, le decía: "¿Estás por despertar, querido mío, querido mío?" Pero en el rostro del Hijo del Rey de Irlanda no aparecía ni el despunte de un despertar.

Vio ella entonces a un hombre que venía cruzando el lugar sin nombre, a través del escabroso terreno con su hierba seca y rocas negras y sus raíces y muñones de árboles. El hombre que se les acercó era más alto que cualquier otro hombre que ella hubiese visto antes: era alto como un árbol. Fedelma lo reconoció por lo que de él había oído decir, lo reconoció como el Rey del País de la Niebla.

El Rey del País de la Niebla vino directo hacia ellos. Se quedó de pie frente a Fedelma, y dijo: —Busco a Fedelma, hija del Hechicero de los Sombríos Confines, la mujer más hermosa de todos los mares de Eirinn.

—Entonces, ve a la casa de su padre y busca a Fedelma allí —le dijo ella.

—La he buscado allí —dijo el Rey del País de la Niebla—, pero ella dejó la casa de su padre para irse con el Hijo del Rey de Irlanda.

—Búscala entonces en el Castillo del Rey de Irlanda —dijo Fedelma.

—Eso no lo haré. Fedelma está aquí, y Fedelma vendrá conmigo —dijo el Rey del País de la Niebla.

—No abandonaré a aquél con quien he celebrado esponsales

—dijo Fedelma.

Entonces, el Rey del País de la Niebla alzó al Hijo del Rey de Irlanda y lo sostuvo en alto, más alto de lo que crece un árbol. —Lo voy a arrojar contra las rocas y a trincar la vida dentro de él —dijo.

—No hagas eso —dijo Fedelma—. Dime. Si voy contigo, ¿qué podría rescatarme?

—Nada sino la espada cuyo golpe pueda matarme: la Espada de la Luz —dijo el Rey del País de la Niebla, Nuevamente sostuvo en alto al Hijo del Rey de Irlanda, y una vez más estuvo a punto de arrojarlo contra las rocas. El halcón azul, que estaba en lo alto, bajó volando y se paró en la roca detrás de Fedelma, quien supo que lo que ella y el Rey del País de la Niebla dijeran ahora, sería llevado a algún lugar y referido a alguien.

—Deja a mi amado, el Hijo del Rey, en su descanso —dijo ella.

—Si no trunco la vida en él, ¿vendrás conmigo, Fedelma?

—Iré contigo si me dices nuevamente lo que me rescataría de ti.

—La Espada de la Luz, cuyo golpe me habrá de matar.

—Iré contigo si juras, por todos tus votos y promesas, no hacerme tu esposa ni tu amada durante un año y un día.

—Juro, por todos mis votos y promesas, no hacerte mi esposa ni mi amada durante un año y un día.

—Iré contigo si permites que caiga en un sueño que dure un año y un día.

—Lo permitiré, oh doncella, la más hermosa de todos los mares de Eirinn.

—Iré contigo si me dices qué es lo que me sacará de ese sueño.

—Si alguien corta un rizo de tus cabellos con un golpe de la Espada de la Luz, eso te sacará de tal sueño.

El halcón azul, que estaba detrás, escuchó lo que dijo el Rey del País de la Niebla. Se elevó y permaneció sobrevolando con sus alas desplegadas. Fedelma se quitó el anillo de su propio dedo, lo puso en el dedo del Hijo del Rey de Irlanda y escribió sobre el suelo en letras

Ogham: "El Rey del País de la Niebla".

—Si no eres tú quien me despierte, amor —dijo ella—, ¡que no despierte nunca!

—Ven, hija del Hechicero —dijo el Rey del País de la Niebla.

—Arranca una rama de espino blanco y dámela, y ¡pueda yo caer en mi sueño aquí! —dijo Fedelma.

El Rey del País de la Niebla arrancó una rama de espino blanco en flor y se la dio. Ella sostuvo las flores contra su rostro y se adormeció. Por un momento, ella y el Hijo del Rey de Irlanda durmieron uno al lado del otro.

Después, el Rey del País de la Niebla tomó a Fedelma en sus brazos y, dando zancadas, cruzó el lugar sin nombre, por sobre el escabroso terreno con su hierba seca y sus negras rocas y sus muñones y raíces de árboles. Y los tres cuervos que habían escapado a la espada del Hijo del Rey de Irlanda lo siguieron adonde iba.

## XV

Muchísimo tiempo después de que el Rey del País de la Niebla se llevara a Fedelma, el Hijo del Rey de Irlanda salió de su sueño. Vio a su alrededor aquel lugar sin nombre con sus negras rocas y desnudas raíces de árboles. Recordó que había llegado allí con Fedelma. Se levantó de un salto y la buscó, pero no había nadie cerca de él. "¡Fedelma, Fedelma!" Buscó y llamó, pero fue como si nadie hubiese estado nunca con él. Encontró su espada; buscó a su corcel, pero el Ligero Corcel Rojo también había desaparecido.

Pensó que el Hechicero de los Sombríos Confines los había seguido y le había quitado a Fedelma. Se volvió para ir hacia el país del Hechicero, cuando descubrió que Fedelma había escrito sobre el suelo en letras Ogham:



"El Rey del País de la Niebla"

No sabía qué dirección tomar para alcanzar los dominios del Rey del País de la Niebla. Cruzó el terreno escabroso y no encontró huella alguna de Fedelma ni de aquél que se la había llevado. Se encontró próximo al Bosque de las Sombras. Lo atravesó. Mientras avanzaba, vio veintenas y veintenas de sombras. Nada más había en el bosque; ningún pájaro, ni ardilla, ni grillo. Las sombras tenían todo el bosque para ellas. Corrían rápidas de árbol en árbol y de vez en cuando una se detenía en un árbol a esperar. A menudo el Hijo del Rey de Irlanda se aproximó a una sombra que estaba esperando. Una de ellas se transformó en algo parecido a un pequeño anciano con barba. El Hijo del Rey vio esta sombra una y otra vez. "¿Qué eran ellas, las sombras?" —se preguntó. Quizás se trataba de criaturas sabias que podrían decirle lo que quería saber.

Le pareció escucharlas murmurando entre ellas. Entonces, una sombra pequeña que arrastraba las piernas, se fue lentamente de árbol en árbol. El Hijo del Rey de Irlanda pensó en tomar y retener a una sombra y hacerla que le dijese dónde ir para encontrar los dominios del Rey del País de la Niebla.

Iba tras una y otra sombra, y esperaba junto a un árbol a que viniera alguna. A menudo le pareció haber visto al pequeño anciano con barba y a la pequeña criatura que arrastraba las piernas. Y después comenzó a ver otras sombras: hombres con cabezas de roca y hombres con curiosas y pesadas espadas sobre sus hombros. Los siguió y los siguió a través del bosque y oyó su murmurar irse haciendo cada vez más alto. Y entonces, le pareció que mientras él avanzaba, las sombras, en vez de deslizarse delante de él, comenzaban a



devolverse y a pasar de largo y rodearlo. Entonces, justo debajo del suelo a sus pies, escuchó a una voz decir: "¡Grita, grita fuerte tu nombre, Hijo del Rey Connal!" Entonces, el Hijo del Rey gritó su propio nombre, y cesaron los murmullos en el bosque y las sombras dejaron de ir hacia adelante y hacia atrás.

Él siguió avanzando y llegó a un arroyo adentro del bosque y caminó contra la corriente toda la noche, así como todo el día, con la esperanza de encontrar algún ser viviente que le dijera cómo poder alcanzar los dominios del Rey del País de la Niebla. Durante la mañana de otro día llegó a donde raleaba el bosque y entonces dejó atrás los últimos árboles.

Vio un caballo pastando, corrió hacia él y descubrió que era el Ligerito Corcel Rojo que los había traído, a Fedelma y a él, desde la casa del Hechicero. Cuando se apoderó del corcel, un sabueso vino corriendo hacia él y un halcón bajó volando, y vio que se trataba del halcón y del sabueso que solían estar con él cuando cabalgaba a las tierras más allá del Castillo de su padre.

Montó y, viendo a su sabueso a sus talones y su halcón volando en círculos arriba, sintió una añoranza por regresar al Castillo de su padre, que sabía estaba cerca y donde podría averiguar en qué lugar tenía sus dominios el Rey del País de la Niebla.

Así, el Hijo del Rey de Irlanda cabalgó de regreso al Castillo de su padre.

su sabueso a su talón,  
en su puño, el halcón.

## CUANDO EL REY DE LOS GATOS VINO A LOS DOMINIOS DEL REY CONNAL







El Hijo del Rey de Irlanda estuvo de nuevo en casa, pero como siempre andaba preguntando acerca de un Rey y un Reino de los que nadie había oído jamás, la gente creyó que, en su búsqueda del Hechicero de los Sombríos Confines, había perdido el juicio.

Cada día cabalgaba a otros parajes para preguntar a los forasteros acaso sabían dónde tiene sus dominios el Rey del País de la Niebla, y regresaba donde su padre cada noche en la esperanza de encontrar en el Castillo a alguien que pudiera decirle dónde estaría el lugar que buscaba. Maravaun quiso relatarle fábulas de "La Coraza de la Enseñanza", mas el Hijo del Rey no escuchaba una palabra de lo que decía Maravaun. Después de un tiempo, prestó atención a las cosas que le relataba Art, el Mayordomo Real, puesto que había sido Art quien señalara al Hijo del Rey el anillo de plomo que había en su dedo. Se lo sacó, recordando el anillo de compromiso que el Pequeño Sabio había hecho, y vio que no era el suyo, sino el anillo de Fedelma el que llevaba. Entonces sintió como si Fedelma le hubiese enviado un mensaje, y sus pensamientos fueron menos desenfrenados.

De ahí en adelante, en los atardeceres, al regresar de sus cabalgatas, habría de cruzar las praderas con Art, el Mayordomo Real, o per-

manecer con él mientras los pastores arreaban el ganado hacia los establos. Entonces prestaría atención a lo que Art le relataba. Y una tarde escuchó a Art decir: —El acontecimiento más notable que haya sucedido es la venida del Rey de los Gatos a este país.

—Prestaré atención a lo que de ello me relates —dijo el Hijo del Rey.

—Entonces —dijo Art, el Mayordomo Real—, al hijo de tu padre en toda verdad le sea relatado:

El Rey de los Gatos se irguió. Era una criatura imponente. Su cuerpo era de color marrón y lo atravesaban rayas, como si alguien hubiera quemado madera con un atizador caliente. Como toda la estirpe de los Gatos Reales de la Isla de Man, era sin cola. Pero poseía unos bigotes extraordinariamente hermosos. Se extendían a cada lado de su cara, del tamaño de un plato. Tenía unos ojos tales que, cuando volvía uno de ellos hacia arriba, el pájaro que cruzara volando caía desde el cielo. Y cuando volvía el otro hacia abajo, podía hacer un hoyo en el suelo.

Vivía en la Isla de Man. Una vez había sido Rey de los Gatos de Irlanda y Britania, de Noruega y Dinamarca, y de todo el Mundo del Norte y de Occidente. Pero, después de que los Nórdicos ganaran en las guerras, los Gatos de Noruega y Britania juraron por Thor y Odín que no le seguirían rindiendo lealtad. Por tanto, durante cien años y un día sólo recibió la lealtad de los Gatos del Mundo de Occidente, es decir, de Irlanda y las Islas más allá de ella.

El tributo que recibía aún valía la pena. En Mayo le habían enviado un barco lleno de arenque. En Agosto le fueron concedidos dos barcos llenos de caballa. En Noviembre le entregaron cinco barriles de ratones en conserva. En otras épocas recibía como tributo uno de cada cien pájaros que cruzaran la isla volando en su camino a Irlanda: herrerillos, gaviotas, jilgueros, pinzones, estorninos, vencejos, reyezuelos, y jóvenes y tiernas lechuzas. También le fue enviado, en

señal de lealtad y respeto, lo siguiente: un salmón, para demostrar su dominio sobre los ríos; la piel de una marra, para demostrar su dominio sobre los bosques; un grillo vivo, para demostrar su dominio en las casas de los hombres; el cuerno de una vaca, para demostrar su derecho a una parte de la leche producida en el Mundo de Occidente.

Pero el tributo que venía del Mundo de Occidente se fue reduciendo cada vez más. Hubo un año en que no llegó el barco con el arenque. La caballa le fue enviada más tarde, pero supo que se la mandaron porque era tanto lo que el mar estaba dando, que los granjeros, al arar, la estaban echando en la tierra para hacer aumentar sus cosechas. Después vino un año en que no obtuvo ni el salmón, ni la piel de marra, ni tampoco el grillo vivo, ni el cuerno de vaca. Entonces, con todo derecho y realaleza, se indignó. Se paró en cuatro patas sobre el piso de su palacio y declaró a su esposa que él en persona iría a Irlanda para saber qué impedía el envío de su legítimo tributo. Llamó entonces a su Primer Ministro, y dijo: —Prepara para Nosotros nuestro Discurso desde el Trono.

El Primer Ministro fue a la Casa del Parlamento y escribió: "Oyez, Oyez, Oyezi!" Pero no pudo recordar nada más del antiguo idioma en el que siempre se escribían los discursos desde el trono. Se fue a su casa y se ahorcó con un trozo de cinta, y su esposa enterró el cuerpo bajo la solera del hogar.

—Discurso o no —dijo el Rey de los Gatos—, voy a hacer una visita real a mis súbditos de Irlanda.

Se fue a lo alto del acantilado y dio un brinco. Aterrizó sobre la cubierta de un barco que llevaba a la hija del Rey de Noruega a casarse con el hijo del Rey de Escocia. El barco estuvo a punto de zozobrar con el impacto de su cuerpo. Trepó por las velas y se ubicó sobre el mástil del barco. Allí juntó las patas y dio un nuevo brinco. Esta vez aterrizó sobre un barco que llevaba madera de roble para construir un Palacio Real en Londres. Se paró donde la madera estaba aplada



más alta y dio otro brinco. Esta vez aterrizó sobre el Camino Empedrado del Gigante, que se extiende desde Irlanda, adentrándose en el mar. Avanzó cuidadosamente, de pedrejón en pedrejón, y luego caminó con postura real y decidida sobre el suelo de Irlanda. Un hombre iba a caballo con una mujer sentada en la montura detrás de él. El Rey de los Gatos esperó a que se aproximaran.

—Mi buen hombre —dijo muy grandiosamente—, cuando vuelvas a tu casa, di al gato cubierto de cenizas que está en el rincón, que el Rey de los Gatos ha venido a Irlanda a verlo.

Sus modales eran tan grandiosos, que el hombre se quitó el sombrero y la mujer hizo una reverencia. Entonces, el Rey de los Gatos saltó a la rama de un árbol del bosque y durmió hasta que hubo pasado el calor del mediodía.

Casi se me olvida decirte que mientras dormía en la rama, los bigotes le rodeaban la cara, hacia ambos lados, del ancho de un plato.

## II

Al día siguiente, el Hijo del Rey cabalgó hacia otros parajes, y adonde fue ese día no vio hombre ni mujer, ni criatura viviente alguna en los alrededores. Pero al regreso, vio un halcón planeando arriba en el aire. Siguió cabalgando y el halcón planeaba encima, sin elevarse nunca muy alto en el aire ni nunca bajar en picada. El Hijo del Rey puso una flecha en su arco y disparó al halcón. De inmediato, éste se elevó en el aire y se alejó volando rápidamente, pero una de sus plumas cayó delante del Hijo del Rey y él la recogió. Era una pluma azul. Entonces, el Hijo del Rey se acordó del halcón de Fedelma, el pájaro que volaba por sobre ellos cuando cruzaron cabalgando las Praderas de la Luminosidad. Podría ser el halcón de Fedelma, al que él le había

disparado, y que quizá hubiera venido a mostrarle el camino al País de la Niebla. Pero el halcón ya no se veía.

Esa tarde, no se mezcló con los forasteros en el Castillo de su padre, sino que permaneció con Art, que estaba vigilando a los pastores conducir el ganado a los establos. Y pasado un rato, Art dijo: —Te contaré más de la venida del Rey de los Gatos a los Dominios del Rey Connal. Y, como antes dije,

—Al hijo de tu padre en toda verdad le sea relatado:

El Rey de los Gatos esperó sobre la rama del árbol, hasta que la luna estuvo en el cielo como un pato asado sobre una fuente de oro, y ningún servidor, vasallo ni súbdito había venido aún a prestarle servicios. Estaba fastidiado, te' digo, por la falta de respeto que se le demostraba.

La razón de por qué ninguno de sus súbditos vino a él por tan largo tiempo, era que el hombre y la mujer a quienes había hablado se fueron a su casa y no dijeron una palabra acerca del Rey de los Gatos hasta que hubieron comido su cena. Después, cuando el hombre iba en su segunda pipa, dijo a la mujer:

—Fue algo extraordinario lo que nos ocurrió hoy. Un gato que se acercó a dos cristianos y les diga: "Digan al minuto centesimo en el rincón de la chimenea de su casa que el Rey de los Gatos ha venido a verlo."

No bien fueran dichas estas palabras, el flaco gato gris cubierto de cenizas que yacía sobre la solera del hogar saltó al respaldo de la silla del hombre.

—Y diré más —dijo el hombre—; son malos tiempos cuando dos cristianos como nosotros son detenidos a su regreso del mercado y se les ordena -ordena, nada menos- dar un mensaje a su propio gato que está echado en la solera de su propio hogar.

—Por mi piel y mis garras, te tomaste mucho tiempo para llegar a su mensaje —dijo el gato en el respaldo de la silla—. Y, ¿cuál era, en todo caso?



—El Rey de los Gatos ha venido a Irlanda a verte a ti —dijo el hombre, muy sorprendido.

—Qué asombroso que siquiera me lo dieras —dijo el gato, yendo hacia la puerta—. ¿Y dónde viste a Su Majestad?

—No tendrías que haber hablado —dijo la esposa del hombre.

—¿Y qué sabía yo que un gato pudiese comprender? —dijo el hombre.

—Cuando terminen de hablar entre ustedes —dijo el gato—, ¿me podrían decir dónde se encontraron con Su Majestad?

—Nada te diré —dijo el hombre— hasta que escuche de ti tu propio nombre.

—Mi nombre —dijo el gato— es Apresa-Rápido, y ustedes bien debieran saberlo.

—Ni una palabra te diremos —dijo la mujer— hasta que oigamos qué está haciendo en Irlanda el Rey de los Gatos. ¿Estará trayendo al país guerras y rebellones?

—Guerras y rebeliones, no, doña —dijo Apresa-Rápido—, sino liberación de la opresión. ¿Por qué los gatos del país son flacos y perezosos y están cubiertos de cenizas? Es porque al gato que sale fuera de la casa a la luz del sol, a cazar o a jugar, se le hace sufrir la pérdida de un ojo.

—Y, ¿quién les hace sufrir la pérdida de un ojo? —dijo la mujer.

—Uno cuyo reino está ahora cerca de su fin —dijo Apresa-Rápido—. Pero díganme dónde vieron a Su Majestad.

—No —dijo el hombre.

—No —dijo la mujer—, puesto que no nos gusta tu impertinencia. ¡De vuelta contigo a la solera del hogar, y a vigilar para nosotros la cueva del ratón!

Apresa-Rápido salió directo por la puerta.

—Que no llegue a esta casa la prosperidad —dijo—, por haberse negado a contestar cuando pregunté dónde se dignó a hablarles el Rey de los Gatos.

Pero puso la oreja en la puerta cuando salió y escuchó decir a la mujer: —El caballo le va a decir que vimos al Rey de los Gatos a una milla de este lado del Camino Empedrado del Gigante.

(Ese era un error. De ninguna manera podría el caballo habérselo dicho, porque los caballos no conocen el lenguaje hablado en las casas; sólo los gatos lo conocen cabalmente, y los perros lo conocen sólo un poco.)

Apresa-Rápido sabía ahora dónde podía ser hallado el Rey de los Gatos. Se fue gateando por los cercos, correteando a través de los campos, bordeando los montes, hasta que llegó al pie del árbol en el bosque sobre cuya rama descansaba el Rey de los Gatos, con sus bigotes del ancho de un plato, alrededor de su cara.

Cuando estuvo bajo la rama, Apresa-Rápido maulló un poco en egipcio, que es el idioma ceremonial de los Gatos. El Rey de los Gatos se acercó al extremo de la rama.

—¿Quién eres tú, vasallo? —dijo en fenicio.

—Un humilde servidor de mi señor —dijo Apresa-Rápido en alto pítico (éste es un idioma muy adecuado para gatos, pero sólo sus historiadores lo usan actualmente).

Prosiguieron su conversación en irlandés.

—¿Qué señal he de mostrar a los demás que les haga saber que vos sois el Rey de los Gatos? —dijo Apresa-Rápido.

El Rey de los Gatos recorrió el árbol de un lado a otro y botó pesadas ramas. —He ahí una señal de mi destreza real —dijo.

—Es una buena señal —dijo Apresa-Rápido.

Estaban por hablar nuevamente, cuando Apresa-Rápido agachó la cola y se subió corriendo a otro árbol, asustadísimo.

—¿Qué te aflige? —dijo el Rey de los Gatos—. ¿Es que no puedes quedarte tranquilo mientras le hablas a tu amo y señor?

—El Viejo Tejón viene hacia acá —dijo Apresa-Rápido—, y cuando clava sus dientes en uno, no suelta más.



Sin decir una palabra, el Rey de los Gatos bajó del árbol de un salto. El Viejo Tejón venía atravesando el claro del bosque. Al ver al Rey de los Gatos que allí se agazapaba, se detuvo y descubrió sus terribles dientes. El Rey de los Gatos se arqueó para saltar. Entonces, el Viejo Tejón dio media vuelta y se devolvió caminando pesadamente.

—Oh, por mis garras y mi piel —dijo Apresa-Rápido—, vos sois el verdadero Rey de los Gatos. Permitidme ser vuestro Consejero. Permitidme aconsejar a Vuestra Majestad en esos tiempos que serán tan difíciles para vuestros súbditos y para vos mismo. Sabed que los Gatos de Irlanda están empobrecidos y oprimidos. Se encuentran bajo una terrible tiranía.

—¿Quién oprime a mis vasallos, servidores y súbditos? —dijo el Rey de los Gatos.

—El Emperador Águlla. Él ha dictado una ley que manda que ningún gato puede salir de la casa de un hombre mientras los pájaros (hace una excepción en el caso de las lechuzas) tengan algo que hacer afuera.

—Le haré pedazos —dijo el Rey de los Gatos—. ¿Cómo puedo llegar a él?

—Ningún gato ha pensado en llegar a él —dijo Apresa-Rápido—; ellos sólo piensan en mantenerse fuera de su camino. Ahora, permitidme dar un consejo a Vuestra Majestad. Ninguno de nuestros enemigos ha de saber que habéis venido al país. Tenéis que adoptar la apariencia de un gato común.

—¿Quién? ¿Yo? —dijo el Rey de los Gatos.

—Sí, Vuestra Majestad, en aras de la liberación de vuestros súbditos, deberéis aparecer como un gato común.

—¿Y ser sumiso? ¿Y comer sobras?

—Eso será sólo durante el día —dijo Apresa-Rápido—; por la noche tendréis vuestra corte y vuestros festejos.

—Que al menos el lugar donde me hospede no sea una pocilga

—dijo el Rey de los Gatos—. Me negaré a entrar en una casa donde haya días de lavado, ropa mojada delante del fuego y todo eso.

—Usaré mi mejor diplomacia para salvaguardar vuestro bienestar y vuestra dignidad —dijo Apresa-Rápido—. Investidme, por favor, como vuestro Primer Ministro.

El Rey de los Gatos invistió a Apresa-Rápido mordándole la piel alrededor del cuello. Después, el Rey y su Primer Ministro se separaron. El Rey de los Gatos se alojó por uno o dos días en una torre redonda. Apresa-Rápido hizo un viaje a través de la campiña. Entró en cada casa y susurró una palabra al oído de cada gato que allí estaba, y así el gato estuviese vigilando la cueva de un ratón, o cazando grillos, o jugando con los gallitos, al escuchar aquella palabra, gato o gata, se sentaba y se quedaba reflexionando.

### III

Temprano, bien temprano al día siguiente, el Hijo del Rey de Irlanda salió a cabalgar en busca del halcón azul, pero a pesar de que cabalgó desde el despunte del día hasta el reunirse de las oscuras nubes, no vio signo alguno de él sobre roca ni árbol ni tampoco en el aire. Muy fatigado, cabalgó de vuelta y, después de que su caballo fuera guardado en el establo, permaneció con Art en las praderas observando arrear el ganado. Y Art, el Mayordomo Real, dijo: —La Venida del Rey de los Gatos a los dominios del Rey Conna es una historia de la que todavía queda por contar.

—Al hijo de tu padre en toda verdad le sea relatado:

Apresa-Rápido, en consulta con los Siete Ancianos de la Gatidad, decidió que la fragua del Herrero sería una residencia adecuada para el Rey de los Gatos. Era limpia y cómoda. Pero la mejor razón de todas

para que se fuera a quedar allí era la siguiente: gentes y animales de todas partes venían a la fragua, y el Rey de los Gatos podría, de sus coloquios, enterarse de dónde estaba el Emperador-Águila y de cómo podría ser destruido.

Su Majestad consideró que la Fragua no era una mala residencia para un Rey que estaba viviendo de incógnito. Era seca y cálida. Le gustó el aspecto de las llamas que remontaban con el soplado del fuelle. Solía sentarse sobre un montón de monturas viejas en el suelo y observar a los caballos mientras eran herrados o esperaban para serlo. Prestaba oídos a las conversaciones de los hombres. La gente de la Fragua lo trataba respetuosamente y a menudo hacían referencia a su porte, a su estampa y sus finos modales.

Cada noche salía a un festejo que los gatos le habían preparado. Apresa-Rápido caminaba siempre con él de vuelta a la Fragua para darle sus consejos de Primer Ministro. Advertía a Su Majestad que no dejara que los hombres supieran que comprendía y podía conversar en su idioma (todos los gatos saben el idioma de los hombres, pero los hombres no saben que los gatos saben). Le decía que no fuese demasiado altanero (como un Rey podría verse inclinado a ser) con ninguna criatura de la Fragua.

El Rey de los Gatos siguió estos consejos. Solía incluso menear sus orejas como muestra de respeto a Mahon, el sabueso, cuya perrera estaba justo fuera de la Fragua, y a los sabuesos que Mahon recibía de visita. También abordaba al Gallo que caminaba afuera para arriba y para abajo.

Este Gallo le resultaba muy molesto al Rey de los Gatos. Solía pavonearse en todas direcciones, diciéndose a sí mismo una y otra vez: "Soy el Gallo-del-Lugar, soy el Gallo-del-Lugar", y a veces venía a la Fragua y se lo decía a los caballos. El Rey de los Gatos se preguntaba cómo los seres humanos podían habérselas con una criatura que era tan estúpida y tan vana. Tenía una cresta roja que le caía sobre un ojo. Tenía plumas color púrpura en su cola. Tenía grandes

espolones en sus talones. Solía iadear la cabeza y bostezar cuando aparecía el Rey de los Gatos.

El Gallo-del-Lugar entraba en la Fragua por la noche a dormir sobre los fuelles. Y cuando el Rey de los Gatos volvía de los festejos, solía despertar y decirse a sí mismo: "Soy el Gallo-del-Lugar, soy el Gallo-del-Lugar. Los Gatos no son gente respetable."

Una vez, a mediodía, había unos hombres en la Fragua que estaban hablando con el Herrero. Uno dijo: —¿Podrías decirnos, Herrero, de dónde vino el hierro?

El Rey de los Gatos lo sabía, pero nada dijo. El Gallo-del-Lugar vino a la puerta y sostuvo la cabeza como si estuviera escuchando.

—Yo no puedo decirles de dónde vino el hierro —dijo el Herrero—, pero, si este Gallo pudiese hablar, él podría decirselos. El mundo sabe que el Gallo es la más sabia y la más antigua de las criaturas.

—Soy el Gallo-del-Lugar —dijo el Gallo a una mohosa herradura de asno.

—Sí, el Gallo es una criatura maravillosa —dijo el hombre que había hecho la pregunta.

—No es maravillosa en absoluto —dijo el Rey de los Gatos—, y si me hubieran preguntado a mí, les podría haber dicho de dónde vino el hierro.

—Y, ¿de dónde vino el hierro? —dijo el Herrero.

—De las Montañas de la Luna — dijo el Rey de los Gatos.

Los hombres que estaban en la Fragua apoyaron las manos sobre sus rodillas y miraron hacia abajo, adonde él estaba. Mahon, el sabueso, entró en la Fragua con otros sabuesos tras él; al ver a los hombres mirando al Rey de los Gatos, Mahon le apegó la nariz. El Gallo-del-Lugar agitó las alas con insolencia. El Rey de los Gatos asestó un golpe con su garra a la roja y colgante cresta. El Gallo voló por los aires. El Rey de los Gatos saltó hacia afuera por la ventana y, al hacerlo, Mahon y los demás sabuesos se abalanzaron tras él.



## IV

Al día siguiente, el Hijo del Rey de Irlanda cabalgó hacia el Este y, durante la primera hora de viaje, vio al halcón azul planeando en alto. Siguió hacia donde el halcón iba, mas éste no se elevó ni tampoco descendió, sino que planeó y planeó batiendo el aire con sus alas sólo de vez en cuando. Por sobre picachos y a través de quebradas, cruzando marjales, el halcón azul volaba y el Hijo del Rey de Irlanda lo seguía. Entonces, su caballo tropezó; el Hijo del Rey no pudo seguir adelante y perdió de vista al halcón azul.

La negra noche caía sobre el suelo cuando regresó al Castillo del Rey. Art, el Mayordomo Real, lo estaba esperando y caminó al lado de su caballo cojo. Y Art dijo, luego de que recorrieron un trecho juntos:

—La Venida del Rey de los Gatos es un historia de la que todavía queda por contar.

—Al hijo de tu padre en toda verdad le sea relatado:

Por medio de los mágicos poderes que poseían, se hizo saber a todos los gatos del país que su Rey estaba siendo perseguido por los sabuesos. Entonces, sobre cada hogar aulló un gato. Los gatos saltaron a las puertas, volcando las cunas encima de los niños. Se pararon en los umbrales y pronunciaron todos la misma maldición: "Que se os quiebren las espaldas, que se os quiebren las espaldas, antes de que agarréis al Rey de los Gatos."

Cuando escuchó los aullidos de sus vasallos, servidores y súbditos, el Rey de los Gatos se tiró de espaldas y arañó al primer sabueso que lo perseguía. Entonces se irguió. Tan firmemente se apoyó sobre sus cuatro patas, que aquéllos que se arrojaban sobre él no lo derribaban. Encorvó su cuerpo y levantó las patas delanteras. Los sabuesos se detuvieron. Sonó un cuerno, y eso les dio pretexto para escapar de las garras y los dientes, del poder y la animosidad del Rey de los Gatos.

Después, a pesar de que podría costarles, a todos y a cada uno de ellos, la pérdida de un ojo, los gatos que lo divisaban acudieron corriendo. —Iremos con vos, mi señor, os ayudaremos, mi señor —gritaban todos juntos.

—Vuelvan a las soleras de los hogares —dijo el Rey de los Gatos—. Vuelvan y compórtense sensatos y tranquilos nuevamente en las casas. Se enterarán de mis hazañas. Voy a buscar las huellas de nuestro enemigo, el Emperador Águila.

Cuando escucharon ese anuncio los gatos se lamentaron, y el ruido de sus lamentaciones fue tan espantoso que los caballos rompían los arneses donde estaban enyugados, hombres y mujeres perdían el color de sus rostros creyendo que algún espantoso castigo del cielo caía sobre el país, cada saco de avena y cebada giró cinco veces a la derecha y cinco veces a la izquierda por el miedo que tuvo, los platos se quebraron, los cuchillos se dieron a girar y el Castillo del Rey se remeció hasta los cimientos.

—No es el momento de buscar las huellas del Emperador Águila —dijo Apresa-Rápido—. Quedaos por un tiempo más en las casas de los hombres.

—Jamás —dijo el Rey de los Gatos—. Jamás me quedaré junto al hogar para someterme a los malos tratos de gallos, sabuesos y hombres. Ahora recorreré el mundo abiertamente y buscaré al enemigo de la Gatidad: el Emperador Águila.

Sin volverse un sola vez, se fue hacia el bosque, que estaba lleno de sus enemigos, los pájaros. Los gatos, al ver la inutilidad de sus peticiones, volvieron cada uno a la casa en que, gato o gata, moraba. Cada cual se sentó ante una cueva de ratón y simuló estar vigilando. Pero, aun cuando los ratones dieron vueltas por todas partes alrededor de ellos, esa noche los gatos de Irlanda no volvieron la cabeza ni una sola vez.

Fue el reyezuelo, el más pequeño de los pájaros, el que lo vio y lo reconoció como el Rey de los Gatos. Voló a través del bosque para



convocar al Clan de los Halcones. Pero el sol estaba ya por ponerse, y los halcones habían tomado su posición de vigilancia a las afueras del bosque para poder capturar a los pollos de los granjeros. No volvieron ni un ojo cuando el reyezuelo les dijo que había un gato en el bosque, a las horas en que estaba prohibido a los gatos estar fuera de las casas de los hombres. —Es el Rey de los Gatos —dijo el reyezuelo. Ninguno de los halcones levantó un ala. Estaban esperando a los pollos que anduvieran sueltos momentos después de la puesta del sol.

Pero si bien el reyezuelo no logró animar al Clan de los Halcones, sí pudo animar a las otras tribus de pájaros. —¡Un gato, un gato, un gato amenaza vuestras vidas! —dijo dando voces mientras volaba a través del bosque. Los grajos, que volvían a casa, se elevaron entonces por encima de los árboles, graznando amenazas. Los mirlos, zorzales y arrendajos chillaban mientras iban volando delante del Rey de los Gatos. Los carpinteros, currucás, herrerillos, petirrojos y jilgueros parloteaban mientras iban volando detrás de él. De vez en cuando, los jóvenes grajos fingían atacarlo y bajaban volando desde la bandada. —Él está aquí, aquí, aquí —graznaban, y se remontaban nuevamente. Los grajos se decían constantemente a sí mismos y a los demás pájaros del bosque, lo que iban a hacer con el Rey de los Gatos. Pero un solo cuervo hizo más contra él que los mil grajos que hacían tanto ruido. Este cuervo estaba en el hueco de un árbol. Con su pico, golpeó en la cabeza al Rey de los Gatos mientras iba pasando.

El Rey de los Gatos se molestó por el alboroto que estaban haciendo los pájaros y se enojó por el golpe del cuervo, pero no quería entrar en batalla con los pájaros. Estaba en camino a la casa de la Vieja del Bosque, a quien entonces se conocía como la Vieja de las Cenizas. Y como es ésta la primera vez que oyes hablar de la Vieja de las Cenizas, tendré que decirte cómo el Rey de los Gatos había sabido de ella y cómo supo dónde estaba su casa en el bosque.

## V

Al día siguiente, el Hijo del Rey puso bridas al Ligero Corcel Rojo y cabalgó de nuevo hacia el Este. Vio al halcón azul y lo siguió adonde volaba. Por sobre picachos y a través de quebradas, cruzando montañas y marjales, avanzaba el halcón azul, y el Ligero Corcel Rojo no se desvió ni tropezó, sino que seguía el vuelo del pájaro. El halcón se posó sobre un pino que crecía solitario. El Hijo del Rey se acercó cabalgando y puso sus manos en el árbol, para trepar. Al apoyar la cabeza contra él, escuchó voces que venían del árbol: "El golpe de la Espada de la Luz matará al Rey del País de la Niebla, y el golpe de la Espada de la Luz que corte un rizo de sus cabellos despertará a Fedelma." Ya no hubo más voces desde el árbol, y el halcón se elevó de sus ramas y voló alto en el aire. Entonces, el Hijo del Rey de Irlanda cabalgó de vuelta al Castillo de su padre.

Se fue a la pradera y estuvo con Art, y escuchó lo que Art tenía que contarle. Y como lo hiciera antes, el Mayordomo Real comenzó...

—Al hijo de tu padre en toda verdad le sea relatado:

Apresa-Rápido había dicho al Rey de los Gatos: —Si alguna vez necesitáis el consejo de un ser humano, no recurráis a nadie más que a la Vieja de las Cenizas, que una vez fue llamada la Vieja del Bosque. En el centro mismo del bosque, cuatro fresnos están unidos por sus copas, y alrededor de estos fresnos halláanse mimbres entretreídos. En la casita así construida vive la Vieja de las Cenizas\*, con nadie a su lado más que un chivo, que es su único amigo desde que se fueran sus nueve hijas.

El Rey de los Gatos se hallaba ahora en el centro del bosque. Vio cuatro fresnos unidos por las copas y saltó hacia ellos.

Sucedía que la Vieja de las Cenizas tenía una mala vecina. Se tra-

\* En Inglés, ashes significa igualmente "cenizas" y "fresnos"





taba de una grulla que había hecho su nido atravesado en el techo de la casita. El nido impedía que el humo saliese por arriba, y la casa, abajo, estaba llena de él. La Vieja apenas podía mantenerse viva a causa del humo, y no podía sacar el nido ni ahuyentar al pájaro.

Ahí se hallaba la grulla cuando el Rey de los Gatos saltó sobre el tejado. Estaba sentada con sus dos patas estiradas, y cuando el Rey de los Gatos cayó junto a ella, se escabulló y planeó sobre los árboles. —Es hora de que me vaya —dijo la grulla. Y desde ese día hasta hoy, nunca regresó a la casa de la Vieja de las Cenizas.

—Oh, te doy las gracias, buena criatura —dijo la Vieja de las Cenizas, saliendo de la casa—. Desarma su nido ahora para que así el humo pueda subir a través del tejado.

El Rey de los Gatos rompió las varillas y la lana de las que estaba hecho el nido de la grulla, y el humo subió a través del techo de la casa. —Oh, te doy las gracias, buena criatura; que has destruido el nido de la adversa grulla. Baja ahora al piso de mi casa y haré todo lo que sea para servirte.

El Rey de los Gatos bajó de un salto al suelo de la casa de la Vieja de las Cenizas y la vio sentada en un rincón. Era una mujercita pequeña, que vestía una capa gris. Cubriendo todo el suelo había cenizas apiladas, puesto que solía encender un fuego en un rincón y, cuando se apagaba, encendía otro junto a las cenizas del primero. El humo jamás había salido por el hueco en el tejado, puesto que la grulla había construido ahí su nido, en el techo de la casa. La cara de la Vieja estaba amarilla por el humo, y sus ojos, semicerrados por la misma razón.

—¿Sabes quién soy, Vieja de las Cenizas? —dijo el Rey de los Gatos cuando estuvo sobre el suelo.

—Eres un gato, encanto —dijo la Vieja de las Cenizas.

—Soy el Rey de los Gatos.

—Por cierto que eres el Rey de los Gatos. Y fuiste tú quien dejó que saliera el humo por el techo de mi casita, al destruir el nido que la grulla adversa había construido encima.

—Yo fui quien hizo eso.

—Que seas bienvenido entonces, Rey de los Gatos. Y, ¿qué servicio puede hacerte en retribución la Vieja de las Cenizas?

—He de ir adonde está el Emperador-Águila. Tienes que mostrar me el camino.

—Por mi capa que lo haré. El Emperador-Águila vive en la cima del Monte de los Cuernos.

—¿Y cómo puedo llegar a la cima del Monte de los Cuernos?

—No tengo idea de cómo podrías llegar allá. Todo el Monte es yermo y desolado. Ningún ser de cuatro patas puede alcanzar la cima ningún ser de cuatro patas, quiero decir, salvo mi chivo, que está atado al espino allá afuera.

—Cabalgaré sobre el lomo de tu chivo a la cima del Monte de los Cuernos.

—No, no, buen Rey de los Gatos. Sólo tengo a mi chivo por compañía. ¿Cómo podría soportar verme separada de él?

—Préstame tu chivo y, cuando vuelva del Monte de los Cuernos revestiré sus cuernos de oro y herraré sus pezuñas con plata.

—No, no, buen Rey de los Gatos. ¿Cómo podría soportar que mi chivo estuviese lejos de mí, y yo sin tener más compañía?

—Si no me dejas montar sobre tu chivo hasta la cima del Monte de los Cuernos, dejaré una señal en tu casa que traerá de nuevo a la grulla adversa a construir su nido encima de ella.

—Toma entonces a mi chivo, Rey de los Gatos, toma mi chivo pero déjalo volver pronto a mí.

—Lo haré. Ven conmigo ahora y ordénale que me lleve a la cima del Monte de los Cuernos.

El Rey de los Gatos marchó fuera de la casa y la Vieja de las Cenizas rengueó tras él. El chivo estaba echado bajo el espino y apuntó sus cuernos hacia el suelo cuando se le aproximaron.

—¿Estarías dispuesto a ir al Monte de los Cuernos? —dijo la Vieja de las Cenizas.



—Por cierto que no haré eso —dijo el chivo.

—Oh, las tiernas ramas de los setos en el camino al Monte de los Cuernos, dulces en el hocico de un chivo han de ser —dijo la Vieja de las Cenizas—. Pero mi pobre chivo quiere quedarse aquí y comer las ramas de los cardos quemados.

—¿Por qué no me contaste antes de los setos en el camino al Monte de los Cuernos? —dijo el chivo, parándose en sus patas—. Al Monte de los Cuernos he de ir.

—¿Y dejarás que un gato cabalgue sobre tu lomo al Monte de los Cuernos?

—Por cierto que no haré eso.

—Entonces, mi pobre chivo, no desataré la cuerda que está alrededor de tu cuello, puesto que no puedes ir al Monte de los Cuernos sin este gato montado en tu lomo.

—Que se siente en mi lomo entonces y que agarre mis cuernos, y no repararé en él.

La Vieja de las Cenizas desató la cuerda que estaba alrededor del cuello del chivo. El Rey de los Gatos se le subió de un salto al lomo y partieron por el sendero a través del bosque. —Oh, cuánto extrañaré a mi chivo hasta que vuelva a mí con oro en sus cuernos y plata en sus pezuñas —gritó tras ellos la Vieja de las Cenizas.

## VI

El Hijo del Rey de Irlanda no salió del Castillo al día siguiente, sino que se quedó a indagar acerca de la Espada de la Luz entre aquéllos que ahí llegaban. Y algunos habían oído de la Espada de la Luz, y algunos no habían oído de ella. En la tarde, él estaba en las recámaras del Castillo y observaba a sus dos mediohermanos, Dermott y Downal, los hijos de la Reina Caintigern, que jugaban ajedrez. Jugaban ellos el

juego sobre un tablero y con piezas que eran de él. Y cuando el Hijo del Rey se aproximó a ellos y les dijo que tenían permiso para usar el tablero y las piezas, le dijeron: —Se nos había olvidado que eras dueño de estas cosas. El Hijo del Rey veía que todo en el Castillo se iba convirtiendo en propiedad de sus mediohermanos.

Encontró otro tablero con otras piezas y jugó una partida con el Mayordomo Real. Y Art dijo: —La Venida del Rey de los Gatos a los Dominios del Rey Connal es una historia de la que aún queda por contar.

—Al hijo de tu padre en toda verdad le sea relatado:

¿Qué haría un chivo sino corretear por los senderos, vagar a través de los campos, deambular por los setos y quedarse a descansar bajo los árboles umbrosos? Todo esto hizo el chivo de la Vieja, pero, al fin, llevó al Rey de los Gatos al pie del Monte de los Cuernos.

Que cómo era el Monte de los Cuernos, pregunta mi amable hijo adoptivo. Eran cerros de piedras sobre la cima de un cerro de piedras. Sólo un chivo podía caminar por ahí, de guijarro en piedra, de piedra en peñasco, de peñasco en risco y de risco en saliente. Estuvo bien, y no mal, lo que hizo el chivo de la Vieja. Pero entonces retumbó el trueno, el relámpago arrancó fuego de las piedras, el viento se mezcló con la lluvia y la tempestad azotó a gato y chivo. El chivo se paró en una saliente. Una ráfaga de viento surgió desde abajo y llevó a los compañeros a la cima del Monte de los Cuernos. El gato se bajó de un salto, pero el chivo se paró en sus patas de atrás para resistir el viento. El viento lo pescó entre la barba y los cuartos traseros y lo barrió de la cima, arrastrándolo hacia abajo por el otro costado del monte (y lo que sucedió después al chivo de la Vieja, eso jamás lo oí). El Rey de los Gatos clavó sus garras en las grietas de una piedra prominente y se sujetó a ella con gran tenacidad. Y entonces, cuando el viento amainó y él miró por sobre su



hombro, descubrió que se hallaba junto al nido del Emperador-Águila.

Era un agujero bordeado de rocas, y alrededor de ese agujero estaban desparramados los cuernos de los ciervos y de las cabras que el Emperador-Águila había capturado y llevado consigo. Y en el agujero había un ternero, una liebre y un salmón. El Rey de los Gatos saltó dentro del nido del Emperador-Águila. Primero comió salmón; después se estiró entre la liebre y el ternero, y esperó al Emperador-Águila.

Éste finalmente apareció. Describiendo círculos en el aire, vino bajando hacia el nido y se posó en el borde rocoso. El Rey de los Gatos se levantó con el cuerpo arqueado para saltar, y si el Emperador-Águila no se asombró ante esta aparición, fue porque un Águila nunca puede asombrarse.

A un hombre valiente le hubiese gustado haber podido ver al Emperador-Águila mientras se agazapaba, allí en el borde rocoso de su nido. Extendió sus alas hacia abajo hasta que se convirtieron en grandes y fuertes escudos. Agachó su cola desplegada. Agachó el cuello de modo que sus ojos pudieran penetrar en la criatura que se le enfrentaba. Y su fuerte pico, encorvado y cruel, estuvo listo para atacar.

Pero el Rey de los Gatos dio un salto al aire. El Águila se elevó, mas el Gato cayó sobre su ancho lomo. El Emperador-Águila lanzó su grito de guerra y voló del monte. Golpeó al Rey de los Gatos con la parte posterior de sus anchas alas. Después, bajó en picada. Sobre las piedras que había abajo destrozaría a su enemigo con pico y garras.

Fue el Gato el que alcanzó el suelo. Y, cuando el Águila iba a atacarlo, el Gato volvió a saltar y le desgarró el pecho al Águila. Entonces, el Emperador-Águila asió al Rey de los Gatos en sus garras y se remontó de nuevo, lanzando su grito de guerra. Gotas de sangre de ambos cayeron al suelo. El Águila no logró aferrar a su enemigo como para vencerlo, y así fue que el Rey de los Gatos pudo asestarle un zarpazo.

Sucedió que Curol, Rey de los Elfos de Munster, marchaba a la

cabeza de su tropa para ir a disputar un partido de *hurling*\* con los Fianna de Irlanda capitaneados por Fergus. En juego estaba la mano de Ainé, hija de Mananaun, el Señor del Mar. Justo cuando la pelota estaba por ser lanzada al aire, el Emperador-Águila y el Rey de los Gatos fueron vistos trenzados en su lucha. Una tropa se puso del lado del Águila y la otra, del lado del Gato. Los hombres del lugar acudieron y también tomaron partido. Entonces, los hombres comenzaron a pelearse entre ellos y más de alguno fue dejado muerto en el suelo. Y esto prosiguió hasta que hubo multitudes de hombres de Irlanda peleándose entre sí por causa del Emperador-Águila y del Rey de los Gatos. El Rey de los Elfos y el Jefe de los Fianna ordenaron a sus hombres retirarse a la cumbre de un cerro, desde donde pudieran observar el combate en el aire y los combates en el suelo. —Si esto continuase —dijo Curol—, nuestras tropas van a incorporarse, y hombres y elfos serán masacrados. Debemos poner fin al combate en el aire.

Diciendo esto, tomó la pelota del juego y la arrojó al Gato y al Águila. Ambos se vinieron al suelo. El Gato estaba a punto de saltar y el Águila, a punto de abalanzarse, cuando Curol, cual dardo, se interpuso entre ellos, golpeando a ambos con su lanza. Águila y Gato se convirtieron en figuras de piedra. Y allí están ahora, un Águila de Piedra con sus alas desplegadas y un Gato de Piedra con sus dientes al descubierto y las patas en alto. Y el Emperador-Águila y el Rey de los Gatos permanecerán así hasta que Curol los golpee nuevamente con su lanza encantada.

Cuando el Gato y el Águila fueron convertidos en piedra, los hombres del lugar quedaron asombrados por un rato, y después se retiraron. Y los Elfos de Munster y los Fianna de Irlanda jugaron su partido por la mano de Ainé, la hija de Mananaun, que es Señor del Mar, y cuál fue el resultado de aquel juego, se cuenta en otro libro.

Y eso pone fin a mi historia de la venida a Irlanda del Rey de los Gatos.

\* antiguo hockey irlandés



El Hijo del Rey de Irlanda dejó a Art y fue a una habitación del Castillo que no se usaba, para buscar una campanita que pudiera ponerle al Ligerero Corcel Rojo. Encontró la campanita, pero ésta se cayó de su mano y se deslizó a través de una grieta en el piso. Él fue y miró a través de la grieta. Abajo vio una habitación, y en ella estaba Caintigern, la Reina, y a su lado había dos mujeres ataviadas con capas de hechiceras. Y al volver a mirar, las reconoció a ambas: eran Aefa y Gilveen, las hijas del Hechicero de los Sombríos Confines y hermanas de Fedelma. —Y, ¿llegarán mis dos hijos a gobernar sobre los dominios de su padre? —escuchó preguntar a Caintigern.

—El Príncipe que obtenga la Espada de la Luz, gobernará sobre los dominios de su padre —dijo Aefa.

—Entonces, uno de mis hijos ha de obtener la Espada de la Luz —dijo Caintigern—. Díganme adónde tienen que ir para enterarse de dónde hallarla.

—Sólo el Gobaun Saor sabe dónde está la Espada de la Luz —dijo Aefa.

—El Gobaun Saor ¿Puede él ser visto por los hombres? —dijo Caintigern.

—Puede ser visto —dijo Aefa—. Y hay alguien, el Pequeño Sabio de la Montaña, que puede indicar qué camino tomar para encontrar al Gobaun Saor.

—Entonces —dijo Caintigern—, mis dos hijos, Dermott y Downal, saldrán mañana cabalgando en busca del Pequeño Sabio de la Montaña y del Gobaun Saor, de modo que uno de ellos pueda encontrar la Espada de la Luz y llegue a gobernar sobre los dominios de su padre.

Cuando el Hijo del Rey de Irlanda escuchó aquello, fue al establo donde se hallaba el Ligerero Corcel Rojo, le puso la brida y cabalgó hacia el Monte de los Cuernos, en una de cuyas laderas estaba la casa techada con la gran ala de un pájaro, donde vivía el Pequeño Sabio de la Montaña.

## LA ESPADA DE LA LUZ

Y LA LEYENDA SIN PAR, CONTANDO

LAS AVENTURAS DE GILLY DE LA PIEL DE CABRA

COMO SE ENTREGA EN

"EL LIBRO DE LA PIEL DE GRULLA"





El Hijo del Rey llegó a la casa que estaba techada con la gran ala de un pájaro, y el Pequeño Sabio de la Montaña, como antes lo hiciera, le pidió que realizara una jornada de trabajo. El Hijo del Rey cosechó el grano para el Pequeño Sabio, y mientras se hallaba cosechándolo, sus dos mediohermanos, Dermott y Downal pasaron cabalgando en sus magníficos caballos. Ellos no supieron quién era el joven que estaba cosechando en el campo y gritaron para que el Pequeño Sabio de la Montaña saliera de la casa y hablara con ellos. —Queremos saber dónde encontrar al Gobaun Saor, ¿quieres darnos la Espada de la Luz? —dijo Dermott.

—Entren —dijo el Sabio— y ayúdenme con mi trabajo diario, y yo buscaré en mi libro alguna indicación.

—Nosotros no podemos hacer algo tan poco principesco como entrar a tu servicio —dijo Downal—. Dinos ahora dónde debemos ir para encontrar al Gobaun Saor.

—Creo que se han equivocado —dijo el Pequeño Sabio—. Soy un hombre ignorante y no puedo responder tal pregunta sin estudio.

—Sigue cabalgando, hermano —dijo Downal—, él no puede decirnos nada.

Dermott y Downal se fueron cabalgando en sus magníficos ca

ballos, mientras tintineaban las campanillas de plata de sus bridas.

Esa noche, después de comer su cena, el Pequeño Sabio dijo al Hijo del Rey a dónde dirigirse. Está prohibido revelar dónde fue que el Hijo del Rey de Irlanda encontró al Constructor y Forjador para los Dioses. En un cierto lugar, llegó a donde el Gobaun Saor había instalado su fragua y colocado su yunque, y vio al Gobaun Saor golpeando sobre una hechura de hierro.

—Tú quieres encontrar la Espada de la Luz —dijo el Gobaun Saor, con su mirada recta como la línea de la hoja de una espada—, pero muéstrame primero tu voluntad, tu ánimo y tu propósito.

—¿Y cómo puedo hacerlo? —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Vigila mi yunque por algunas noches —dijo el Gobaun Saor—. Un Fua sale del río algunas veces e intenta llevárselo.

El Gobaun Saor tenía que hacer un viaje para observar unos árboles que estaban creciendo en el bosque, y el Hijo del Rey le vigiló el yunque. Y por la noche, un Fua salió del río y lanzó grandes piedras procurando alejarlo del yunque. El Hijo del Rey de Irlanda bajó corriendo a la orilla del río para alejarlo, pero la criatura lo agarró en sus largos brazos y trató de ahogarlo en el agua profunda. Estuvo cerca de morir, pero se zafó del Fua y, cuando la criatura lo agarró de nuevo, él la arrastró orilla arriba y la sostuvo contra un árbol. —Te daré el dominio de todas las artes porque tú me has dominado a mí —dijo el Fua.

—No quiero el dominio de las artes, pero quizá puedas decirme dónde encontrar la Espada de la Luz —dijo el Hijo del Rey.

—Eso es lo que quieres saber, ¿no es así? —dijo el Fua, y entonces, dando un giro, se zafó de él y se metió en el río.

El Fua vino a la noche siguiente y lanzó piedras, como la vez anterior, y el Hijo del Rey luchó con él en la mitad misma del río y lo sostuvo de tal manera que no pudo alcanzar la otra orilla. —Te daré montones de riquezas, porque me has dominado —dijo la criatura de ojos grandes y largos brazos.

—Riquezas no, sino el conocimiento de dónde hallar la Espada de



... la criatura lo agarró en sus largos brazos...

la Luz, eso es lo que quiero de ti —dijo el Hijo del Rey de Irlanda. Pero, dando un giro, el Fua se le volvió a escapar.

A la noche siguiente el Fua vino de nuevo y el Hijo del Rey luchó con él en mitad del río, lo persiguió hasta la otra orilla y lo sostuvo contra un árbol. —Te daré la pericia que te hará el más grande los Reyes, porque me has dominado —le dijo el Fua.

—Pericia no, sino el conocimiento de dónde está la Espada de la Luz, es lo que quiero de ti —dijo el Hijo del Rey.

—Sólo uno de los Seres de la Luz puede decirte aquello —dijo el Fua. Se redujo a una especie de criatura pequeña y vacía, y se tendió en el suelo como una sombra.

El Gobaun Saor volvió a su fragua y a su yunque. —Has guardado mi yunque por mí —dijo él— y yo te diré dónde tienes que ir para encontrar la Espada de la Luz. Está en el Palacio de los Ancianos, bajo el Lago. Tú tienes un corcel encantado que puede ir a ese Lago. Pondré su cabeza en esa dirección, e irá derecho a él. Cuando llegues a la orilla del Lago, tira de las ramas del Árbol-Fuente y da a comer las hojas al Liger Corcel Rojo. Monta ahora y ve.

El Hijo del Rey de Irlanda montó en el Liger Corcel Rojo y emprendió viaje nuevamente.

## II

De todas sus ramas, altas y bajas, brotaba agua en pequeños chorros. En verdad se trataba del Árbol-Fuente. El Hijo del Rey de Irlanda no desmontó, sino que tiró de las ramas y las dio a comer al Liger Corcel Rojo. Éste no comió más de tres bocados. Luego pateó sobre el suelo con sus cascos, alzó alto la cabeza y relinchó tres veces. Hecho esto, se sumergió en el agua del Lago y nadó y nadó como si tuviese la fuerza de un dragón. Nadó mientras había luz sobre el agua

y nadó mientras hubo oscuridad sobre el agua y, cuando el sol del día siguiente estuvo del ancho de una mano por encima del lago, llegó a la Isla Negra.

Todo en esa Isla estaba quemado y negro, y había cenizas negras hasta la altura de las rodillas del caballo. Tan pronto el Liger Corcel Rojo hubo puesto sus cascos sobre la Isla, galopó directo al centro de ella. Galopó a través de una abertura en la negra roca y atravesó cientos de pasadizos, cada uno de los cuales llegaba más abajo que el otro, y al fin llegó al amplio espacio de una sala.

La sala estaba iluminada. Cuando el Hijo del Rey miró para ver de dónde venía la luz, vio una espada que colgaba del techo. Y era tal el resplandor de la Espada, que la sala estaba bien iluminada. El Hijo del Rey de Irlanda avanzó al galope en el Liger Corcel Rojo y lo hizo pararse en dos patas. Su mano asió la empuñadura de la Espada. Al tirarla hacia abajo, la Espada chirrió en su mano.

La blandió en todas direcciones y vio qué otras cosas había en la Caverna. Vio a una mujer, y a dos, y a tres mujeres. Se aproximó a ellas y vio que estaban durmiendo. Y al ir blandiendo la espada en todas direcciones, vio otras mujeres que también dormían. Había doce mujeres en la Caverna donde la Espada de la Luz había estado colgada, y las mujeres estaban durmiendo.

Y en las manos de cada una de las mujeres durmientes había una gran copa recamada de gemas. El espíritu del Hijo del Rey se había vuelto altanero desde que sintiera la Espada en sus manos. "Tienes la espada, ¿por qué no habrías de tener la copa?" le decía algo dentro de él. Tomó una copa de las manos de una de las mujeres durmientes y bebió el agua burbujeante que contenía. Su espíritu creció en arrogancia con ese sorbo. De las manos de cada una de las doce mujeres durmientes tomó entonces la copa y bebió el sorbo de agua burbujeante que contenía. Y, cuando hubo bebido los doce sorbos de agua burbujeante, sintió que con la Espada de la Luz en sus manos podía abrirse paso a tajos por la Tierra.



Montó en el Ligero Corcel Rojo y lo condujo a través de la Caverna, y a nado atravesando el Lago sin Nombre. Sostuvo la Espada de la Luz cruzada sobre su montura. El Corcel se dejaba llevar por la corriente, puesto que hacía mucho desde que había comido las hojas del Árbol-Fuente, y el espíritu que lo había hecho vigoroso al venir, estaba débil ahora. La corriente los llevó a la orilla, abajo, allá donde crecía el Árbol-Fuente.

Y allí en la orilla vio un puñado de pequeños hombres, pequeñas mujeres, y niños aun más pequeños, todos de piel color humo, todos con no más de un ojo en sus cabezas, todos gritándose y chillándose unos a otros como aves marinas, y todos sentados alrededor de un fuego de algas secas, cocinando y comiendo anguilas y manzanas silvestres.

El Hijo del Rey de Irlanda puso las manos en las riendas y condujo al Ligero Corcel Rojo fuera del agua. Las mujeres con un ojo derecho, los hombres con un ojo izquierdo y los niños en su desnuda piel color humo, le gritaban: —¿Qué es lo que quieres, qué es lo que quieres, hombre con el caballo?

—Dad de comer y beber a mi corcel por mí —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Somos las Gentes-Golondrina, y nadie nos ordena hacer cosas —dijo un viejo con una barba como nudos de sogas.

—Alimentad a mi corcel con trigo rojo y dadle de beber agua pura de vertiente —dijo con vehemencia—. Soy el Hijo del Rey de Irlanda y la Espada de la Luz está en mis manos, y lo que ordene, ha de hacerse.

—Somos las Gentes-Golondrina y se nos considera gente inofensiva —dijo el viejo.

—¿Y por qué sois inofensivos? —dijo el Hijo del Rey, blandiendo la espada hacia ellos.

—Ven a nuestra cueva, Hijo del Rey —dijo el viejo—. Allí te daremos tu refrigerio, y los niños cuidarán de tu corcel.

Entró en la cueva con algunas de las Gentes-Golondrina. Todos eran rudos. Seguían chillando y gritándose unos a otros; tiraban de las ropas del Hijo del Rey y lo pellizcaban. Uno de ellos le mordió las manos. Cuando llegaron a la cueva, todos ellos se sentaron sobre piedras negras. Uno empujó hacia adentro a un asno negro cargado con redes. Sacaron las redes de su lomo y, antes de que el Hijo del Rey siquiera se enterara de lo que estaba por suceder, lanzaron las redes sobre él. Las mallas de las redes eran pegajosas. Se sintió atrapado. Corrió hacia las Gentes-Golondrina y tropezó con una piedra. Entonces lanzaron más redes alrededor de sus piernas.

El viejo al que había dado órdenes, tomó la Espada de la Luz. Entonces, las Gentes-Golondrina acercaron al asno que había llevado las redes y restregaron su dura pezuña contra la Espada. El Hijo del Rey no supo qué sucedió con ella. Después los oyó gritar: —A esta cosa ya se le fue el brillo.— Sobre una roca negra dejaron la Espada, que ya no despedía luz alguna. Entonces, todas las Gentes-Golondrina salieron gateando fuera de la cueva.

Volvieron comiendo de sus manos, anguilas y manzanas silvestres. No prestaron atención al Hijo del Rey de Irlanda, sino que treparon a una cueva por encima del lugar en que él yacía.

El Hijo del Rey rompió las redes que lo atrapaban. Encontró sobre las negras piedras la Espada que había perdido todo su resplandor después de que la restregaran con la pezuña del asno. Trepó el muro de la otra cueva para escarmentar a las Gentes-Golondrina. Ellas lo vieron antes de que él pudiera verlas en la oscuridad, y todas se metieron en hoyos y se escondieron como si fueran ratas y ratones.

Con la ennegrecida espada en sus manos, el Hijo del Rey de Irlanda salió de la Cueva, y el caballo que había dejado atrás, el Ligero Corcel Rojo, no pudo ser hallado.





### III

Sin el corcel y con una espada ennegrecida, el Hijo del Rey de Irlanda llegó adonde el Gobaun Saor había montado su fragua y plantado su yunque. No hubo agua ni arena que limpiara la Espada, pero él la depositó ante el Gobaun Saor con la esperanza de que éste le mostrase un modo de limpiarla. —La Espada que mate al Rey del País de la Niebla y corte el rizo que despertará a la hija del Hechicero deberá estar resplandeciente —dijo el Gobaun Saor—. Tú permitiste que la Espada fuera ennegrecida. Lleva contigo ahora la ennegrecida Espada.

—Abrillántamela, y yo te serviré —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—No es fácil para mí abrillantar la Espada, pero —dijo el Gobaun Saor—. Pero encuéntrame la Leyenda sin Par, y lo que pasó antes de su comlenzo y lo que viene después de su final, y abrillantaré para ti la espada y te mostraré el camino al País de la Niebla. Ve ahora y busca la Leyenda sin Par.

Se fue el Hijo del Rey de Irlanda y emprendió muchos y lejanos viajes, les puedo contar, sin encontrar a nadie que tuviera conocimiento alguno de la Leyenda sin Par, o que supiera de algún camino para llegar al País de la Niebla. Durante un crepúsculo, en un bosque, vio a un gran pájaro que volaba hacia él. Se posó en un viejo árbol, y el Hijo del Rey de Irlanda vio que era Laheen el Águila.

—¿Sigues siendo mi amiga, Águila? —dijo el Hijo del Rey.

—Sigo siendo tu amiga, Hijo del Rey —dijo Laheen.

—Dime entonces adónde dirigirme para obtener conocimiento acerca de la Leyenda sin Par —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—¿La Leyenda sin Par? Nunca escuché nada acerca de ella —dijo Laheen el Águila, cambiándose de una pata a la otra—. Soy vieja —dijo, agitando las alas— y nunca escuché de la Leyenda sin Par.

El Hijo del Rey miró y vio que Laheen era realmente vieja. Su cue-

llo estaba desnudo de plumas y las alas se le habían vuelto grises. —Oh, si eres tan vieja —dijo el Hijo del Rey— y has ido a tantos lugares y no sabes de la Leyenda sin Par, ¿a quién puedo recurrir para obtener conocimiento de ella?

—Escucha —dijo Laheen el Águila—, hay cinco de nosotros, llamados los Cinco Ancianos de Irlanda, y no se sabe cuál de los cinco es el más viejo. Estoy yo, Laheen el Águila; está Pata Negra el Alce del Ben Gulban; está la Corneja de Achill; el Salmón de Assaroe, y la Anciana de Beare. Nosotros mismos ignoramos cuál de nosotros es el más viejo, pero sabemos que nosotros cinco somos los más ancianos de los seres vivientes. Nunca he oído de la Leyenda sin Par —dijo Laheen—, pero quizá uno de los demás Ancianos haya oído de ella.

—Acudiré a ellos —dijo el Hijo del Rey—. Dime cómo encontrarlos a la Corneja de Achill, al Alce del Ben Gulban, al Salmón de Assaroe y a la Anciana de Beare; dime cómo llegar a ellos, Laheen el Águila.

—No necesitas acudir al Salmón de Assaroe —dijo el Águila—, puesto que el Salmón no habrá escuchado leyenda alguna. Te conseguiré medios de encontrar a los otros tres. Sigue ahora el arroyo, hasta que llegues al río. Espera en el vado, y yo iré volando a encontrarme contigo allí.

Laheen el Águila agitó entonces las alas y se fue volando lentamente. El Hijo del Rey de Irlanda siguió el arroyo hasta que llegó al río; se trataba del Río del Buey.

### IV

Y habiendo llegado al Río del Buey, buscó el vado y esperó allí a Laheen el Águila. Era ya pleno mediodía cuando vio la sombra del Águila en el agua del vado. Levantó la mirada. Laheen dejó caer algo en los bajos del agua. Era una rueda. Entonces, Laheen se posó so-



bre las rocas de una cascada que había por encima del vado, y habló al Hijo del Rey de Irlanda.

—Hijo del Rey Connal —dijo ella—, haz rodar esta rueda delante de ti y síguela adonde vaya. Te llevará primero donde mora Pata Negra el Alce. Preguntá al Alce si es que tiene conocimiento de la Leyenda sin Par. Si no tiene conocimiento de ella, haz girar la rueda nuevamente. Te llevará entonces donde mora la Corneja de Achill. Si la Corneja no puede decirte nada de la Leyenda sin Par, deja que la rueda te lleve donde vive la Anciana de Beare. Si ella no te puede decir nada de la Leyenda sin Par, yo no puedo prestarte ninguna ayuda más.

Laheen el Águila desplegó entonces sus alas y, elevándose por sobre la neblina de la cascada, se alejó volando.

El Hijo del Rey de Irlanda sacó la rueda de las aguas bajas y la puso a rodar delante suyo, y la rueda continuó rodando sin que él la volviese a tocar. Entonces, él anduvo y anduvo sin parar, con el claro día yendo delante de él y la noche oscura viniendo detrás de él, pasando por campos cubiertos de matorrals y por toscas marismas, subiendo por abruptas laderas a lo largo de desnudos riscos, hasta que por fin llegó a un alto montículo en una montaña solitaria. Y tan alto como el montículo y tan solitario como la montaña era el Alce que estaba allí parado, con amplios cuernos. La rueda cesó de rodar.

—Vengo de parte de Laheen el Águila —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

El Alce movió su cabeza de amplios cuernos y lo miró hacia abajo.

—Y, ¿por qué has venido a mí, hijo? —dijo el Alce.

—Vine a preguntarte si tienes conocimiento de la Leyenda sin Par —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—No tengo conocimiento de la Leyenda sin Par —dijo el Alce con voz profunda.

—¿Y acaso no eres tú Pata Negra el Alce del Ben Gulban, una de las cinco criaturas más viejas del mundo? —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Soy el Alce del Ben Gulban —dijo Pata Negra—, y puede ser que en el mundo no haya una criatura más vieja que yo. Los Fianna me cazaban con sus sabuesos antes de que los Hijos de Millé vinieran a la isla de los Bosques. Si se tratara de una leyenda de Finn, Caelta o Goll, de Oscar, Oisín o Conan, te la podría contar. Pero no sé nada de la Leyenda sin Par.

Entonces, Pata Negra el Alce del Ben Gulban giró su cabeza de amplios cuernos y miró a la vieja luna llena que se levantaba en el cielo. Y el Hijo del Rey de Irlanda recogió la rueda y fue a buscar un albergue. Encontró un cobertizo para ovejas en la ladera de la montaña, se acostó y durmió entre las ovejas.

## V

A la salida del sol, levantó la rueda y la echó a rodar delante suyo. Él anduvo y anduvo sin parar, bajando largas laderas y cruzando extensas planicies, hasta que llegó donde se alzaban viejos árboles y tocones, apenas lo suficientemente cerca unos de otros como para acompañarse mutuamente. La rueda se fue a través de este antiguo bosque y se detuvo ante un roble caído. Y, sentada en una rama de ese roble, con la cabeza gris inclinada y las alas sin plumas recogidas alrededor del cuello, se hallaba una comeja.

—Vengo de parte de Laheen el Águila —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—¿Qué es lo que dijiste? —dijo la Comeja, abriendo un ojo.

—Vengo de parte de Laheen el Águila —repitió el Hijo del Rey de Irlanda.

—Ah, de Laheen —dijo la Comeja, y volvió a cerrar su ojo.

—Y vine a pedir conocimiento acerca de la Leyenda sin Par —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Laheen —dijo la Corneja—, recuerdo a Laheen el Águila.

Manteniendo los ojos cerrados, se rió y siguió riéndose hasta quedar totalmente ronca—. Recuerdo a Laheen el Águila —dijo de nuevo—. Laheen nunca descubrió lo que le hice una vez. Robé de su nido el Huevo de Cristal. Bien, ¿y cómo está Laheen el Águila? —dijo, cortante, abriendo un ojo.

—Laheen está bien —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—. Me envió a preguntar si tú tenías conocimiento de la Leyenda sin Par.

—Soy mayor que Laheen —dijo la Corneja—. Recuerdo a las Gentes de Páralon. El Salmón de Assaroe siempre decía que él ya estaba antes que las Gentes de Páralon. Pero, ¡no importa! Laheen no puede decir eso. Si sólo lograra que las plumas se quedasen en mis alas, le haría a Laheen una visita algún día. ¿Cómo están Laheen y sus bandadas de pájaros?

—Oh, Corneja de Achill —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—, fui enviado a preguntar si tú tenías conocimiento de la Leyenda sin Par.

—¡La Leyenda sin Par! No, nunca escuché acerca de ella —dijo la Corneja. Volvió a recoger las alas hasta el cuello e inclinó su cabeza gris.

—Piensa, oh Corneja de Achill —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—. Te traeré la lana más abrigadora para tu nido.

—Nunca escuché de la Leyenda sin Par —dijo la Corneja—. Dí a Laheen que pregunté por ella.

Nada pudo despertar de nuevo a la Corneja de Achill. El Hijo del Rey de Irlanda echó a rodar la rueda y la siguió. Entonces, anduvo y anduvo sin parar, con el claro día delante de él y la noche oscura viniendo tras él. Llegó a un amplio campo donde se hallaban reunidos zorzales y alondras de tierra. Lo cruzó. Llegó a una planicie de altas margaritas donde había miles de mariposas. La cruzó. Llegó a un campo de botones de oro donde se alimentaban azules pichones. Lo cruzó. Llegó a un campo de lino florido de azul. Lo cruzó y llegó a una casa de piedra ennegrecida de humo, hundida profundamente en la tierra. Ante ella, la rueda cesó de rodar, y él entró en la casa.

Una anciana estaba sentada en el suelo ante el fuego, tardeando un ganso. Tenía puesta una gorra de piel de conejo en su cabeza calva, y su rostro no tenía cejas. Tres extrañas aves comían de la marmita: un cuclillo, una codorniz y una golondrina. —Acércate al fuego, gañán —dijo la anciana cuando volvió la cabeza.

—No soy un gañán, sino el Hijo del Rey de Irlanda —dijo él.

—Bueno, como sea. ¿Qué quieres de mí?

—¿Eres tú la Anciana de Beare?

—He sido llamada la Anciana de Beare desde los tiempos de tu tata-tatarabuelo.

—¿Qué edad tienes, anciana madre?

—No lo sé. Pero, ¿ves los tres pájaros que picotean en mi marmita? Durante dos veintenas de años la golondrina estuvo viniendo a mi casa y construyendo su nido afuera. Luego vino y lo construyó adentro. Después, durante tres veintenas de años estuvo entrando en mi casa para construir aquí. Ahora ya no cruza más el mar. Y, ¿ves la codorniz? Durante cinco veintenas de años estuvo viniendo a la pradera de allá afuera. Luego comenzó a entrar corriendo en la casa para ver lo que aquí sucedía. Por dos veintenas de años entraba y salía corriendo. Después se quedó aquí del todo. Ahora ya no cruza más el mar. Y ¿ves al cuclillo que está allí? Durante siete veintenas de años solía venir a un árbol que estaba afuera y repetir sus trinos. Luego, cuando el árbol desapareció, solía posarse sobre el tejado de mi casa. Después, solía entrar para contemplarse en un espejo. No sé por cuántas veintenas estuvo el cuclillo yendo y viniendo, pero sí sé que hace muchas veintenas desde que cruzaba el mar.

—Fui de Laheen el Águila a Pata Negra el Alce, y del Alce del Ben Guiban a la Corneja de Achill, y de la Corneja de Achill vengo a ti, a preguntar si tienes conocimiento de la Leyenda sin Par.

—La Leyenda sin Par, por cierto —dijo la Anciana de Beare. Alguien vino a mí, recién anoche, a relatarme la Leyenda sin Par. Es el joven que está contando los cuernos.



—¿Qué joven es él y cuáles cuernos está contando?

—Él no es ningún Hijo de Rey, sino un gañán, y se llama Gilly de la Piel de Cabra. Se halla contando los cuernos que están en dos fosos allá afuera. Una vez que los cuernos estén contados, sabré el número de mis medios años.

—¿Cómo es eso, anciana madre?

—Mi padre solía matar un buey cada año para mi cumpleaños, y después de la muerte de mi padre, mis sirvientes, uno después de otro, solían matar un buey para mí. Los cuernos de los bueyes fueron puestos en dos fosos, uno al lado derecho de la casa y otro al lado izquierdo. Si se llegara a conocer el número de cuernos, se sabría el número de mis medios años, puesto que cada par de cuernos hace un año de mi vida. Gilly de la Piel de Cabra está contando los cuernos para mí ahora, y cuando termine de contarlos, le permitiré relatar la Leyenda sin Par.

—Pero, también a mí has de permitirme escuchar la leyenda, Anciana de Beare.

—Si cuentas los cuernos en uno de los fosos, te dejaré escuchar la leyenda. Ve afuera entonces y cuéntalos.

El Hijo del Rey de Irlanda salió. Al lado derecho de la casa encontró un profundo foso de cantera. Alrededor del borde había cuernos de todas clases, cuernos negros y cuernos blancos, cuernos rectos y cuernos curvos. Y abajo en el foso vio a un joven cavando para sacar los cuernos que estaban hundidos en la tierra. Tenía puesto un jubón hecho de la piel de una cabra.

—¿Quién eres? —dijo el joven en el foso.

—Soy el Hijo del Rey de Irlanda. ¿Y quién puedes ser tú?

—Quién soy, no lo sé —dijo el joven en la piel de cabra—, pero me llaman Gilly de la Piel de Cabra. ¿A qué has venido aquí?

—Para obtener conocimiento de la Leyenda sin Par.

—Y fue para relatar esa Leyenda sin Par que yo mismo vine aquí. ¿Por qué quieres conocer la Leyenda sin Par?

—Eso haría una larga historia. ¿Por qué quieres tú contarla?

—Eso haría una historia más larga aún. Hay un foso lleno de cuernos al lado izquierdo de la casa, y ha de ser tu tarea contarlos.

—Los contaré —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—. Pero tú habrás terminado antes que yo. No cuentes la Leyenda a la Anciana de Beare hasta que nosotros dos nos sentemos juntos.

—Si eso te conviene a ti, también me conviene a mí —dijo Gilly de la Piel de Cabra, y comenzó a cavar nuevamente.

El Hijo del Rey de Irlanda fue hacia el lado izquierdo de la casa. Encontró el foso y se metió en él a contar los cuernos que allí había: cuernos negros y cuernos blancos, cuernos rectos y cuernos curvos. Y ahora, mientras el Hijo del Rey de Irlanda está dentro del foso, le contaré las aventuras de Gilly -el Muchacho o el Sirviente- de la Piel de Cabra, cuyas aventuras están escritas en "El Libro de la Piel de Grulla".

## VI

Nunca se empinó fuera de la cuna hasta que pasó de los doce años, permaneciendo allí noche y día, días largos y días cortos; la única vestimenta que siempre llevó fue su piel de cabra; un cazador la había puesto una vez en el suelo junto a su cuna, y él la alcanzó con ambas manos, la recogió y se echó encima la piel de cabra. Obtuvo nombre y abrigo al mismo tiempo, por lo que de ahí en adelante se le llamó "Gilly de la Piel de Cabra".

Pero, aun cuando nunca se levantó de la cuna, Gilly de la Piel de Cabra tuvo maneras de entretenerse. Solía disparar flechas con un arco a través de la puerta de la casa y hacer blanco en un árbol que tenía frente a él. Y, ¿de dónde obtuvo el arco y las flechas? El arco cayó del techo de la casa a la cuna. En cuanto a las flechas, solía hacerlas de las varillas que las Brujas traían para hacer canastos. Pero las Bru-

Las nunca lo vieron usar el arco ni lanzar las flechas. Todo el día estaban recorriendo los arroyos recogiendo varillas de mimbre para los canastos que hacían.

Él no conocía a nadie, excepto a las tres Brujas de los Dientes Largos, y nunca había escuchado nombre de padre ni madre. A menudo, cuando estaba pelando las varillas con un cuchillo de negra empuñadura, la Bruja de la Casa solía contar a Gilly de la Piel de Cabra las dificultades que a él le estaban reservadas: el peligro de la espada, de la lanza y el cuchillo, del agua y el fuego, de las bestias de la tierra y los pájaros del aire. Se deleitaba contándole acerca de los males que le sobrevendrían y solía reírse al contarle que él era un jorobado y que la gente le arrojaría piedras.

Un día, cuando las Brujas se hallaban fuera recogiendo varillas de mimbre, Gilly dio vuelta la cuna y se quedó bajo ella. Quería ver lo que harían cuando no lo vieran sentado en la cuna. Entraron, Gilly miró a través de una rendija en la cuna y vio a las Brujas: eran viejas y encorvadas, y tenían largos dientes que llegaban hasta más abajo de sus mentones.

—¡Se ha ido, se ha ido, se ha ido! —gritó la Bruja de la Casa, al no ver a Gilly en la cuna.

—Se ha ido —dijo una de las Brujas de largos dientes—. Les dije que se iría. ¿Por qué no le arrancaron el corazón ayer, o el día anterior?

—Fíjense en lo que les digo —dijo la otra Bruja de los Dientes Largos—. Fíjense en lo que les digo. El hijo de su padre se convertirá en un poderoso campeón.

—Él no —dijo la Bruja de la Casa, con gran enojo—. Jamás será un campeón. Sólo es un hombrecito jorobado, sin armas y sin más vestimenta que su piel de cabra.

—Mejor sería matarlo cuando regrese —dijo la primera de las Brujas con Dientes Largos.



... si es una vara de avellano la  
que tiene en su arco  
nos matará a todas...

—Y si no regresa, dígansele al Gigante Crom Duv —dijo la segunda.

Gilly de la Piel de Cabra salió arrastrándose de debajo de la cuna; apoyó su arco sobre el fondo de la cuna, que ahora estaba vuelto hacia arriba; recogió algunas de las varillas que estaban sobre el suelo, y dio entonces un grito a las Brujas. —Oh, si es una vara de aveallano la que tiene en su arco, nos matará a todas —gritaron a un mismo tiempo.

Él estiró la cuerda, disparó la vara de mimbre y dio de lleno en el pecho a la Bruja del medio. Las tres Brujas cayeron al suelo. El caldero que siempre colgaba sobre el fuego se volcó, y la casa se llenó de humo. Gilly de la Piel de Cabra, con el arco en su mano, saltó por encima de la cuna, a través del umbral de la puerta y hacia afuera, hacia la amplitud y la altura, el largo y el ancho, y las tinieblas y el fulgor del mundo.

## VII

Se encontró afuera, como he dicho, en la amplitud y la altura, en el largo y el ancho, y en las tinieblas y el fulgor del mundo. Disparó flechas al aire, brincó sobre zanjas, rodó laderas abajo, corrió por planicies, hasta que llegó a lo que le sorprendió más que todas las cosas del mundo: un río. Nunca antes había visto un agua semejante y se maravilló al verla moviéndose con rapidez. "¿Adónde irá? —dijo Gilly de la Piel de Cabra—. ¿Es que corre así de noche igual como en el día?" Corría por su orilla y le gritaba al río. Vio un pájaro de amplias alas que lo cruzaba volando. Era el ave que llamamos la grulla o la garza. Y mientras Gilly observaba a la criatura de grandes alas, vio que sostenía un animal pequeño en sus garras. Gilly disparó una flecha y la grulla se precipitó al suelo. El pequeño animal que estaba en

sus garras cayó. La grulla se volvió a levantar y voló de vuelta cruzando el río.

El pequeño animal que había estado en las garras de la grulla vino hacia Gilly de la Piel de Cabra. Era más chico que el gato con un solo ojo que solía sentarse junto al fogón de la Bruja de la Casa. Mantenía su cabeza en alto y su apariencia era muy atrevida. —Buenos días, Muchacho de la Piel de Cabra —dijo a Gilly—. Tú salvaste mi vida y te estoy muy agradecida. —¿Qué eres tú? —dijo Gilly de la Piel de Cabra. —Soy la Comadreja. Soy la más atrevida y valiente de las criaturas de este país. Soy el león de estos lugares, lo soy. Y —dijo la Comadreja—, nunca serví a nadie antes, pero seré tu sirviente por un cuarto de año. Dime en qué dirección vas, e iré contigo. —Voy en la dirección que va él —dijo Gilly, indicando con la cabeza hacia el río—, y seguiré a su lado hasta que quiera devolverse. —Ah, entonces tendrás que seguir un largo camino —dijo la Comadreja—, pero yo iré contigo, no importa cuán lejos vayas.— La Comadreja caminó junto a Gilly, muy valiente y muy atrevida.

—Oh, mira —dijo Gilly a la Comadreja—, ¿qué es eso que está en el agua?

La Comadreja miró y vio un huevo de cristal en las aguas bajas.

—Es un huevo —dijo la Comadreja—. A menudo me como uno. Lo subiré desde el fondo para ti. Soy buena para acarrear huevos.

La Comadreja se metió al agua, acercó el hocico al huevo e intentó levantarlo. No pudo moverlo. Trató de levantarlo con sus patas, tanto como con el hocico, pero tampoco le resultó. Saltó entonces a la orilla, y dijo a Gilly: —Pensarás que soy una pobre especie de sirviente, puesto que no puedo sacar un huevo del agua. Pero si no puedo lograrlo de un modo, lo lograré de otro modo.— Se metió entre las cañas del río, y dijo: —¡Escúchenme, ranas! Hay un ejército que viene a sacarlas de los cañaverales y a comérselas crudas.— Entonces Gilly vio a las estrafalarias ranas levantando sus cabezas. —Oh, ¿qué haremos, qué haremos? —gritaban a la Comadreja. —Sólo hay una cosa

que hacer —dijo la Comadreja—. Junten todos los guijarros que haya en el lecho del río y haremos un gran muro en la orilla para defenderlas.— Las ranas se sumergieron en seguida en el agua y rastrearon guijarros. Gilly y la Comadreja los apilaron en la orilla. Después, tres ranas acarrearón el Huevo de Cristal. La Comadreja se los quitó cuando lo dejaron en la orilla. Después, trepó a un árbol y gritó a las ranas: —El ejército está atemorizado y huye. —Oh, gracias, gracias —dijeron las ranas—. Nunca olvidaremos tu bondad para con nosotras. Entonces, se sentaron en la ciénaga y se contaron unas a otras qué escapada por un pelo habían tenido.

La Comadreja dio a Gilly el Huevo de Cristal. Era pesado y él lo llevó en su mano por algún rato. Prosiguieron. Al rato, Gilly de la Piel de Cabra dijo: —Está cayendo la noche, y el río no da señales de devolverse. Quisiera que hubiese un buen lugar para cobijarnos.— Tan pronto hubo dicho estas palabras, él y la Comadreja se encontraron ante la puerta abierta de una hermosa casita. Entraron. Un fuego luminoso estaba ardiendo en el hogar; había un sillón delante de él, y una cama se hallaba tendida al otro lado del fuego. —Esto es bueno —dijo Gilly—, y ahora quisiera que tuviéramos algo para comer.— Tan pronto hubo dicho estas palabras, apareció una mesa sobre la que había pan y carne, fruta y vino. —Me preguntó de dónde vienen estas buenas cosas —dijo Gilly de la Piel de Cabra. —Es mi parecer —dijo la Comadreja—, que todas estas cosas nos vienen por causa del huevo que tienes en tu mano. Es un huevo mágico.— Gilly de la Piel de Cabra puso el huevo sobre la mesa y deseó poder verse a sí mismo como se había visto en el río. Nada apareció. Entonces tomó el huevo en su mano y pidió el deseo de nuevo. Y entonces apareció ante él un espejo en el muro, y se vio en él mejor de lo que se había visto en el río. Gilly de la Piel de Cabra supo que, para obtener todo aquello en que pudiese pensar, sólo tenía que sostener el Huevo de Cristal en su mano y desear.

## VIII

Gilly de la Piel de Cabra deseó amplias ventanas en su casa, y las obtuvo. Deseó una luz dentro cuando afuera hubiese oscuridad, y obtuvo una lámpara de plata que ardía hasta el momento de querer dormirse. Deseó cantos de pájaros, y tuvo un mirlo cantando sobre el dintel de la puerta, una alondra encima de la chimenea, una cardelina y un verde jilguero en la ventana y un tímido reyezuelo cantando desde el aparador al atardecer. Después deseó escuchar la conversación de las bestias, y todas las criaturas de los campos y del bosque y de la cima de la montaña vinieron a su casa.

La liebre solía venir temprano en la mañana. Era siempre el primer visitante y nunca se quedaba por mucho rato y, cada vez que estaba ahí, se lo pasaba todo el tiempo corriendo de arriba para abajo por la casa y, en general, terminaba su visita saltando a través de la ventana abierta. Las martas, los hermosos gatos salvajes del bosque, vinieron una vez a ver a Gilly; eran muy orgullosas y no le decían nada. Los pequeños conejos negros se impresionaron mucho con las martas y, todo el tiempo que las martas estuvieron allí, ellos permanecieron debajo de la cama y de las sillas. Dos o tres veces, el propio Rey del Bosque, el Jabalí de las Cerdas y los Largos Colmillos, vino a ver a Gilly; solía abrir la puerta de un empujón, para después quedarse parado en medio de la sala, gruñendo y gruñendo. Una vez trajo consigo a su mujer, y también venían con ellos seis o siete de sus cerditos que corrían por el piso con las orejas colgándoles sobre los ojos. Los puercoespines solían venir, pero siempre se hacían desagradables. Simplemente yacían junto al fuego y roncaban y, al despertar, se peleaban entre ellos. Todos decían que los hijos de los puercoespines estaban muy mal criados y muy descuidados. Las ardillas, que eran tan limpias y cuidadosas y tan cariñosas con sus hijos, pensaban que los puercoespines eran cria-



turas en verdad muy malas. —Es muy de ellos tener a su alrededor sucias y pegajosas espinas, en vez de una hermosa piel limpia —dijo mamá ardilla. —Pero, mi amor —dijo papá ardilla—, no todos los animales pueden tener piel. —Qué bien —dijo ella—, los conejos tienen piel, aunque cualquiera sabe que son criaturas que no cuentan mucho. Todo es no más para que veamos que están un poco emparentados con ese horrible, horrible jabalí, que va irrumpiendo y marchando a través del bosque.

Los venados nunca entraban en la casa, y Gilly había hecho levantar afuera un cobertizo para ellos. Venían y se quedaban en él por muchas noches y días, y Gilly solía salir y hablar con ellos. Sabían de lejanos países, de extraños senderos y pasos, pero no sabían tanto acerca de los hombres ni de los quehaceres de otras criaturas, como sí sabía el Zorro.

El Zorro acostumbraba venir por la tarde y quedarse hasta cerca del amanecer, tanto si Gilly se dormía como si se quedaba despierto. El Zorro era un buen conversador. Se echaba junto al hogar con sus patas estiradas y solía contar acerca de éste o aquél, y de lo que dijo ella y de lo que dijo él. Si el Zorro venía a verte, y si estaba de buen humor para hablar, te quedabas despierto toda la noche para escucharlo. Yo sé que yo lo habría hecho. Fue el Zorro quien contó a Gilly lo que la Comeja de Achill le hizo a Laheen el Águila: había robado el Huevo de Cristal que Laheen estaba por incubar, el Huevo de Cristal que la Grulla había dejado sobre una roca desnuda. Fue el Zorro quien contó a Gilly cómo vino al mundo el primer gato. Y fue también el Zorro quien contó a Gilly acerca de las progenituras de la anguila. Todo lo que digo es que es una lástima que no se pueda confiar en el Zorro, puesto que sería difícil encontrar a alguien mejor para conversar o contar una historia. Siempre estaba recogiendo y comiéndose cosas que habían sobrado: una papa asándose en las cenizas, una manzana dejada sobre una fuente, un trozo de carne que estuviera tapado. Gilly no escatimaba estas cosas a Rory el Zorro y siempre

dejaba algo en una bolsa para que lo llevara a casa para los jóvenes zorritos.

Casi se me estaba olvidando contarles acerca de la amiga de Gilly la valiente Comadreja. Ella se había construido un hogar bajo el techo. Algunas veces se iba por un día, o algo así, y nunca decía a Gilly dónde había estado. Cuando se quedaba en casa, hacía las veces de portero de la casa de Gilly. Si cualesquiera de las criaturas se ponía desagradable, peleándose una con otra o siendo descortés con Gilly la Comadreja se le aproximaba, mirándola fijo a los ojos. Luego, esa criatura se iba. Siempre mantenía la cabeza en alto, y si Gilly le pedía consejo, pronunciaba tres palabras: "No tengas miedo, no tengas miedo."

Un día, Gilly quiso un manojito de cerezas para su cena y fue a buscar el Huevo de Cristal, de modo de poder desearlas. El Huevo de Cristal no estaba en el lugar en que lo había dejado. Llamó a la Comadreja, y los dos buscaron por toda la casa. El Huevo de Cristal no se encontraba en parte alguna. —Una de las criaturas ha robado el Huevo —dijo la Comadreja—, pero a quienquiera lo haya robado, se lo haré traer de vuelta. Pronto descubriré quién lo hizo.— La Comadreja se acercaba a cada criatura que entraba, lo o la miraba a los ojos, y decía: —¿Robaste tú el Huevo de Cristal?— Y cada criatura que entraba, decía: —No, Pequeño León, yo no lo robé.— Al día siguiente ya habían interrogado a todas las criaturas, excepto al Zorro. El Zorro no había estado la noche pasada ni tampoco la noche anterior. No vino la tarde que echaron de menos el Huevo de Cristal ni tampoco la tarde que siguió a esa tarde. Esa noche, la Comadreja dijo: —Tan seguro como que hay dientes en mi cabeza, el Zorro robó el Huevo de Cristal. Tan pronto haya luz, lo buscaremos y le haremos devolvernos el Huevo.





## IX

La Comadreja tenía razón: Rory el Zorro era quien había robado el Huevo de Cristal de Gilly. Una noche, justo cuando abandonaba la casa de Gilly, la luna brilló de pleno sobre el Huevo de Cristal. En un dos por tres, Rory el Zorro había dado un saltito y había tomado el Huevo en el hocico. Luego se deslizó por la puerta tan rápido y tan silencioso como una hoja llevada por el viento.

No pudo evitar robarse el Huevo, cuando la ocasión se presentó. Había tenido un sueño acerca de ello. Había soñado que el Huevo era empollado y que de él salía el pájaro más apetitoso que zorro alguno agarrase nunca por el cuello. Dormido, dio dentelladas al soñar con eso. El Zorro contó a sus cachorros sobre el pájaro con el que había soñado: un pájaro tan grande como un ganso y tan gordo de cuello y de pechuga, que apenas podía estar sino sentado. Los cachorros habían chasqueado los labios y dado dentelladas. Y ahora, cada vez que llegaba a casa, le decían: —Padre, ¿nos has traído el Pájaro Bobo?— No era de extrañarse pues que los ojos de Rory se volvieran hacia el Huevo de Cristal cuando se sentaba en la casa de Gilly. Y entonces, porque la luna brilló sobre él justo al estarse yendo y porque sabía que Gilly estaba vuelto de espaldas, no pudo abstenerse de dar un saltito y tomar el Huevo de Cristal suavemente en su hocico.

Se metió entre los oscuros, oscuros árboles, con el suave y fácil trote de un zorro. Sabía bien lo que tendría que hacer con el Huevo. Había soñado que era empollado por la vieja y reumática gansa de la Mujer-Adivina. Esta gansa se llamaba la Comadre Empolladora, y el Zorro nunca se la había apropiado porque sabía que siempre estaba empollando gansitos para su mesa. Se fue por entre los árboles y a través de los campos, hacia la casa de la Mujer-Adivina.

La Mujer-Adivina vivía de decir a las gentes la buena ventura y de descifrarles los sueños. Es la razón de que la llamaran la Mujer-Adivi-

na. Las gentes le daban mercancías a cambio de leerles sus sueños y buenaventuras, y ella abandonaba su tierra y ganado a lo que viniera. Las cercas de sus campos estaban rotas y podridas. Sus gallinas habían sido raptadas por el Zorro. Su cabra se había vuelto salvaje. No tenía buey, ni asno, ni oveja, ni cerdo. El Zorro atravesó entonces su cerca, como un relámpago atravesaría un arbusto de grosella silvestre, y apareció delante de su granero. Había un hueco en la puerta de granero y pasó a través de él. Y, en el rincón noroeste del granero, vio a la Comadre Empolladora sentada sobre un nido de paja y supo que debajo de ella había una nidada de huevos. Ella cacareó al ver a Zorro en el suelo del granero, pero no se levantó del nido. Rory dejó en el suelo lo que tenía en su hocico. La Comadre Empolladora ladeó la cabeza y miró el Huevo, que resaltaba a la plena luz de la luna.

—Este huevo, Comadre Empolladora —dijo Rory el Zorro—, es de la Señora Gansa de la Reina de Irlanda. La Reina le pidió a la Señora Gansa que me pidiera a mí dejarlo contigo. Ella piensa que no hay ave en el mundo aparte de ti que sea digna de empollarlo y criar al pequeño ganso que saiga de él.

—Así es, así es —dijo la Comadre Empolladora—. Ponlo aquí, ponlo aquí.

La Comadre levantó su ala y el Zorro puso el Huevo de Cristal dentro del nido de incubar.

Salió del granero, volvió a atravesar el campo y se metió entre los oscuros, oscuros árboles. Prosiguió ahora lentamente, puesto que empezó a ocurrírsele que Gilly podría descubrir quién había robado el Huevo de Cristal y molestarse con él. Entonces, se acordó de la Comadreja. Al Zorro se le ocurrió que habría de lamentar su propia suerte, si es que la Comadreja seguía sus huellas.

Rory no fue a la casa de Gilly a la noche siguiente ni a la que siguió. A la tercera noche, mientras se dirigía a su casa de vuelta de un paseo, la Lechuza le ululó. —¿Por qué me ululas, Gran Mariposa Nocturna? —dijo el Zorro, deteniéndose en su trote. (Siempre llama-

ba a la Lechuza "Gran Mariposa Nocturna" para aparentar que creía que ella no era para nada un pájaro, sino que una mariposa nocturna. Aparentaba esto porque estaba molesto por no haber logrado nunca cazar una lechuza para comérsela.) —¿Por qué me ululas, Gran Mariposa Nocturna? —dijo él. —La Comadreja va a usar tus huesos de pasaderas y tu sangre de traguito matinal —dijo la Lechuza funestamente, mientras se metía entre los oscuros, oscuros árboles. El Zorro se detuvo largamente a considerarlo. Después, se fue a su madriguera y dijo a los cachorros que tendrían que mudarse de casa. Los puso en movimiento con las primeras luces. Dio a cada uno un sapo por desayuno y los condujo a través del campo. Llegaron a una madriguera que el Viejo Tejón acababa de abandonar; Rory el Zorro hizo entrar en ella a sus cachorros, y los dijo que ésta sería su nueva casa.

## X

A la tarde siguiente, cuando Rory el Zorro estaba durmiendo su siesta, escuchó a uno de sus cachorros dar un agudo grito. Estaban jugando afuera de la madriguera. Miró hacia allá y vio que sus tres cachorros estaban asustados por algo que se hallaba entre ellos y la madriguera. Miró de nuevo y vio a la Comadreja.

—Ejem —dijo Rory el Zorro—, y ¿cómo estamos esta mañana?

La Comadreja había marcado a uno de los cachorros de Rory para atacarlo. Aun cuando Rory hablara, ella nunca sacó los ojos del cachorro que tenía en la mira.

—Mi querida amiga —dijo el Zorro—, yo estaba a punto de decir: si andas en busca de algo, quizá yo pudiera decirte dónde encontrarlo.

—Huevo de Cristal —dijo la Comadreja sin apartar nunca del cachorro de Rory la mirada sedienta de sangre.

—Ah, el Huevo de Cristal. Sí, seguro. Yo podría llevarte en seguida adonde está el Huevo de Cristal —dijo Rory el Zorro. Salió de la madriguera y vio a Gilly detrás, de pie sobre un promontorio.

—Creo que es hora de que mis niños vuelvan a su madriguera —dijo Rory el Zorro—. Por favor, discúlpennos, amigos míos.— La Comadreja quitó los ojos del cachorro que había marcado, y los tres zorritos correataron hacia la madriguera.

—Por aquí, amigos —dijo el Zorro, y partió hacia la casa de la Mujer-Adivina, con el trote fácil y liviano de un zorro. Gilly y la Comadreja fueron tras él. Cruzaron un campo de lino, un campo de cáñamo y un campo de cebada. Llegaron a la cerca rota ante la casa de la Mujer-Adivina, y frente a la casa vieron a la propia Adivina, que lloraba lloraba.

El Zorro se escondió tras la cerca; la Comadreja trepó a la zanja, el propio Gilly fue hacia la mujer.

—¿Qué es lo que te aflige? —le dijo Gilly.

—Mi gansa, la única ave que me quedaba, se la han llevado unos ladrones.

—Pregúntale dónde está la nidada de huevos que la gansa estaba empollando —dijo Rory el Zorro, ansioso, asomando su cabeza por encima de la cerca.

—Y, ¿dónde está la nidada de huevos, doña, que su gansa estaba empollando?

—Los ladrones se llevaron el nido con la gansa, y los huevos junto con el nido —dijo la Mujer-Adivina.

—Y el Huevo de Cristal estaba con los demás huevos —dijo el Zorro a Gilly. No dijo más. Dio una rápida vuelta y escapó antes de que la Comadreja pudiera saltar sobre él. Volvió corriendo a su madriguera. Les dijo a los zorritos que tenían que mudarse nuevamente. Esa noche yacieron en un bosque y, con la primera luz, cruzaron las aguas y se fueron a vivir a una isla donde la Comadreja nunca iba.



—¿Adónde se irían los ladrones con la gansa, el nido y los huevos? —dijo Gilly de la Piel de Cabra.

—Se fueron al río —dijo la Mujer-Adivina—. Yo los seguí en cada pulgada de su camino. Subieron a un barco e izaron las velas. Remaron y remaron, tanto que la gruesa arena del fondo fue traída a la superficie, y la espuma de la superficie fue llevada hacia abajo, al fondo del río. Y dondequiera que estén —dijo la Mujer-Adivina—, están lejos de nosotros ahora.

—¿Vendrás conmigo? —dijo Gilly a la Comadreja—. Los rastrearemos hasta atraparlos y traeremos de vuelta el Huevo de Cristal.

—Yo me comprometí a estar contigo por la cuarta parte de un año —dijo la Comadreja—, y los tres meses han pasado ya, Gilly. El invierno se avecina y he de atender mis propios asuntos.

—Adiós, entonces, Comadreja —dijo Gilly—. Buscaré yo mismo el Huevo de Cristal. Pero primero tengo que pedirle a la mujer que me permita descansar en la casa y que me dé algunas provisiones para el viaje.

La Comadreja levantó la mirada hacia el rostro de Gilly y le dijo adiós. Después, Gilly siguió a la Mujer-Adivina al interior de la casa. «¡Ochone\* —se decía a sí misma—, mi sueño me dijo que había de perder a mi pobre gansa, y aun así no hice nada por dificultar a los ladrones el que me la quitaran!»

## XI

Ahora bien, Gilly permaneció en la casa de la Mujer-Adivina por tres cuartas partes de un año. A menudo salía en busca de los ladrones que se habían llevado el Huevo de Cristal junto con la gansa de la Adivina, pero nunca pudo encontrar huella alguna de ellos ni de su

botín. Se encontró con pájaros y animales que eran sus amigos, pero no podía charlar con ellos sin el Huevo que le permitía tener cualquier cosa que desease. Trabajó para la Mujer-Adivina; arregló sus cercas y le reparó el granero, y cada tarde trajo desde el bosque *bróna\** para su fuego. En la noche, antes de que él se fuera a dormir, la Adivina solía contarle sus sueños de la noche anterior y también acerca de las personas que habían venido a su casa a que les leyera la suerte.

Un lunes por la mañana, ella le dijo: —He tenido una visión, hijo de mi corazón, y sé que mi compadre, el Patán de la Aldea del Infortunio, va a venir y va a tomarte a su servicio.

—Y, ¿qué clase de hombre es tu compadre, el Patán de la Aldea del Infortunio? —preguntó Gilly.

—Un hombre cruel. A dos Jóvenes que me sirvieron se los llevó, uno después del otro, y lo que les hizo los tiene sumidos en la desgracia. Temo el que seas llevado a la Aldea del Infortunio.

—¿Por qué lo temes, Mujer-Adivina? —dijo Gilly—. De seguro estaré muy contento de ver el mundo.

—Eso es lo que dijeron los otros dos Jóvenes —dijo la Adivina—. Ahora te diré lo que hace mi compadre, el Patán de la Aldea del Infortunio: hace un trato con el joven que entra a su servicio, diciéndole que le dará una guinea, una moneda de plata de tres peniques, y un testón\*\* por sus tres meses de servicio. Y le advierte al joven que, si dice que lamenta haber hecho el trato, deberá perder su paga y despedirse de una franja de su piel, de una pulgada de ancho, desde el cuello a los talones. ¡Oh, es un hombre cruel, mi compadre, el Patán de la Aldea del Infortunio!

—Y, ¿no hay modo de sacarle ventaja? —preguntó Gilly.

—La hay, pero es difícil —dijo la Mujer-Adivina—. Si alguien pudiera hacerlo decir que él, el amo, lamenta haber hecho el trato, el propio Patán perdería una franja de su piel, de una pulgada de ancho, desde

\* en irlandés, "leña menuda"

\*\* moneda de plata, llamada así por tener una cabeza en su cara



el cuello a los talones, y tendría que entregar la paga completa, sin importar por cuán corto tiempo el joven lo haya servido.

—Es un trato en todo caso —dijo Gilly—, y si viene, entraré al servicio del Patán de la Aldea del Infortunio.

El primer día húmedo trajo al Patán de la Aldea del Infortunio. Cabalgaba sobre un caballo moteado, cojo, cabezón y de cola mocha. Llevaba una mata de fresno en la mano para azotar al caballo y golpear a los perros que se cruzaban en su camino. Tenía azules los labios, ojos bizcos y cejas como una retama de escobas. Llevaba por delante de él una bolsa llena de patas de cerdo cocidas. Ahora bien, cuando subió cabalgando hacia la casa, tenía una pata de cerdo en la boca y se la comía. Se bajó del caballo moteado, cojo, cabezón y de cola mocha, y entró.

—Me enteré de que había un joven muchacho en tu casa y quiero que entre a mi servicio —dijo a la Mujer-Adivina.

—Si el trato es bueno, entraré a tu servicio —dijo Gilly.

—Está bien, amigo mío —dijo el Patán—. He aquí el trato, y es tan justo como el que más. Te daré una guinea, una moneda de plata de tres peniques y un testón, por tus tres meses de trabajo conmigo.

—Creo que es buena paga —dijo Gilly.

—Lo es. En todo caso, si alguna vez dices que lamentas haber hecho el trato, perderás tu paga y, además de eso, perderás una franja de piel de una pulgada de ancho, desde el cuello hasta los talones. Tengo que incluir eso, o bien nunca lograría que alguien haga algún trabajo para mí. Los muchachos del servicio siempre están diciendo "no puedo hacer eso" y "lamento haber hecho el trato contigo".

—¿Y si eres tú el que dice lamentar haber hecho el trato?

—Ah, entonces yo tendré que perder una franja de mi piel, de una pulgada de ancho desde el cuello a los talones y, además de eso, tendré que entregarte la paga completa, sin importar por cuán corto tiempo me hayas servido.



*Cabalgaba sobre un caballo moteado, cojo, cabezón y de cola mocha.*



—Bien, si eso te conviene a tí, me convendrá a mí —dijo Gilly de la Piel de Cabra.

—Camina entonces junto a mi caballo y llegaremos a la Aldea del Infortunio esta noche —dijo el Patán. Después hizo restallar su mata de fresno contra Gilly y le ordenó alistarse. La Mujer-Adivina enjugó las lágrimas de su rostro con el delantal, dio a Gilly un bizcocho con su bendición, y él partió con el Patán en dirección a la Aldea del Infortunio.

## XII

¿Qué es lo que hacía Gilly de la Piel de Cabra en la Aldea del Infortunio? Se levantaba temprano y se acostaba tarde; se le mantenía cavando y haciendo fosas y zanjas, hasta quedar tan cansado, que podía dormirse encima de un arbusto de retama; tomaba un desayuno que lo dejaba hambriento cinco horas antes de la hora de almorzar, y comía un almuerzo que hacía parecer largo el tiempo hasta la hora de la cena. Si se quejaba, el Patán decía: —Bien, entonces, es que lamentas tu trato.

—No —decía Gilly, antes que perder la paga que había ganado y una franja de su piel, según era el trato.

Un día, el Patán le dijo: —Anda al pueblo a buscar sal para mi cena; toma el camino corto que atraviesa el campo de pastoreo, y asegúrate de no dejar crecer el pasto bajo tus pies. —Esté bien, amo —dijo Gilly—. Y, tal vez podrías traer mi capote desde la casa, de modo que no tenga que hacer dos viajes.— El Patán entró en la casa por el capote de Gilly. Cuando volvió, encontró a Gilly en el hermoso pasto del campo de pastoreo, encendiendo un manojito de heno. —¿Para qué haces eso? —le dijo el Patán. —Para quemar el pasto del campo de pastoreo —dijo Gilly. —¿Para quemar el pasto de mi campo de pas-

toreo, villano, el pasto que es para alimentar a mi buen caballo de carreral ¿Qué es lo que quieres decir con eso?

—Claro, tú me dijiste que no dejara crecer el pasto bajo mis pies —dijo Gilly—. ¿No sabe todo el mundo que el pasto crece cada minuto, y cómo voy a evitar que crezca bajo mis pies si no lo quemó?— Diciendo eso, se agachó para prender fuego al campo de pastoreo, con el heno encendido. —Detente, detente —dijo el Patán—. Lo que quise decir fue que habrías de ir al pueblo sin holgazanear en el camino. —Bueno, es una lástima que no hablaras más claro —dijo Gilly—, puesto que ahora el pasto está ardiendo.— El Patán tuvo que pisotear el pasto para apagar el fuego. Se quemó las canillas y eso lo hizo enojar muchísimo. —Eres un tonto —dijo a Gilly—. Lamento... —¿Lamentas haber hecho un trato conmigo, Amo? —No, iba a decir que lamentaba no haber sido más claro contigo. Ve ahora al pueblo y trae sal para mi cena lo más rápido que puedas.

Después de eso, cuando el Patán daba a Gilly una orden, tenía mucho cuidado de hablarle con toda exactitud. Esto se convirtió en una gran preocupación para el Patán, puesto que las gentes de la Aldea del Infortunio siempre solían decir: "No dejes crecer el pasto bajo tus pies", cuando querían decir "Date prisa", y "No estés allá hasta que vuelvas", cuando querían decir "Ve rápido", y "Ven con patas de caballo", cuando querían decir "Ven con gran celeridad". Se cansaba de hablar a Gilly al pie de la letra, por lo que decidió darle una orden que no era posible cumplir, y así tener una oportunidad de despedirlo sin la paga que se había ganado.

Un lunes por la mañana, llamó a Gilly a la puerta de la casa y le dijo: —Lleva esta piel de oveja al mercado y tráeme de vuelta su precio y la piel. —Muy bien, Amo —dijo Gilly. Se puso la piel al brazo y fue hacia el pueblo. La gente en el camino le decía: —¿Cuánto quieres por la piel de oveja, muchacho? —Quiero la piel y el precio de ella —decía Gilly. La gente se reía de él, y decía: —Te harás larga la jornada, muchacho.



Recorrió el mercado pidiendo la piel y el precio de ella. Todos hacían bromas a costa de él. Entró entonces al recinto del mercado y llegó junto a una mujer que estaba comprando cosas que nadie más compraría. —¿Qué quieres, joven? —dijo ella. —El precio de la piel y la piel misma —dijo Gilly. Ella tomó la piel y arrancó de ella la lana. Puso la lana en su bolsa y puso la piel de vuelta sobre el mesón. —Ahí está la piel —dijo—, y aquí está su precio.— Ella dejó sobre la piel un testón y tres monedas de plata de tres peniques.

El Patán había terminado su cena cuando Gilly entró en la casa.

—Bien, Amo, he vuelto donde ti —dijo Gilly. —¿Me trajiste el precio de ella y la piel misma? —dijo el Patán. —Ahí está la piel —dijo Gilly, poniendo sobre la mesa la piel de oveja a la que se le había sacado la lana—. Y aquí está el precio de ella: un testón y tres monedas de plata de tres peniques —dijo, dejando el dinero encima de la piel.

Después de aquello, el Patán de la Aldea del Infortunio comenzó a temer que Gilly de la Piel de Cabra fuese demasiado listo para él y que, al final de los tres meses, fuera a partir con su paga —de una guinea, una moneda de plata de tres peniques, y un testón— en el puño. Este pensamiento dejó al Patán muy abatido, puesto que por muchos meses hasta ahora había conseguido de sus muchachos de servicio la ejecución de trabajo pesado sin entregarles ni siquiera un cruzado por paga.

### XIII

El día que siguió a la Navidad, dijo el Patán a Gilly: —Éste es el Día de San Esteban. Voy a ir al granero de un fulano para ver a los mimos representar una obra. Hay bobos que dan dinero a esos ociosos por su representación, pero yo no haré nada semejante. Iré a ver un poco de lo que están haciendo, beberé algunas copas y me escaparé antes

de que empiecen a recolectar dinero de la gente que los está mirando. Llamen a esta recolección nada menos que sus "honorarios".

—¿Y qué puedo hacer por ti, Amo? —dijo Gilly.

—Entra corriendo al granero a medianoche, y grita: "Amo, Amo, tu molino se incendia." Eso me dará una disculpa para salir corriendo. ¿Comprendes ahora lo que quiero que hagas?

—Comprendo, Amo.

El Patán se puso su capote y tomó en la mano su bastón. —Recuerda lo que te he dicho —dijo—. No te retrases ni un minuto pasado la medianoche. Asegúrate de entrar con gran prisa: entra con pata de caballo, ¿me comprendes?

—Te comprendo, Amo —dijo Gilly.

Los mimos estaban ejecutando una danza antes de comenzar su representación, cuando el Patán llegó al granero. —Ese es un hombre rico —le dijo un mimo a otro—. Hemos de ver que ponga un buen puñado en nuestra bolsa.— El Patán se sentó en la banca con el granjero que tenía una veintena de vacas; con el herrero que herraba los caballos del Rey, y con el mercader que había estado en lugares foráneos y que usaba grandes arêtes en sus prejas. De la mitad de la gente que allí estaba no podría contarles, pero sí estaban allí:

La Chismosa Temprana  
Jack Haraplento Walsh  
La Tía Simplona  
Lundy Pie  
Matt el Trillador  
Nora Criona  
Conan Maol, y  
Shaun el Omadhaun.

Algunos decían que el Hijo del Rey de Irlanda estaba allí también. La obra era *El Unicornio que viene de las Estrellas*. Los mimos lo hicieron



ron muy bien, a pesar de que no tenían a nadie que representara el papel del Unicornio.

Estaban en mitad de la obra, cuando Gilly de la Piel de Cabra se precipitó al granero. —Amo, Amo —gritó—, tu molino, tu molino se incendia. — El Patán se puso de pie, y entonces empinó su vaso y vació lo que en él había. —Ábranme paso, buenas gentes —dijo él—. Déjenme salir de aquí, buenas gentes. — Algunos que estaban cerca de la puerta comenzaron a hablar de lo que Gilly sostenía en sus manos. —¿Qué tienes ahí, mi sirviente? —dijo el Patán. —Un par de patas de caballo, Amo. Sólo pude traer dos de ellas.

El Patán agarró a Gilly por el cuello. —Un par de patas de caballo —dijo—. ¿De dónde sacaste un par de patas de caballo?

—De un caballo —dijo Gilly—. Tuve problemas para cortárselas. Estuvo mal de tu parte decirme que viniera aquí con patas de caballo.

—Y, ¿al caballo de quién le cortaste las patas?

—Al tuyo, Amo. A ti no te habría gustado que le cortara las patas al caballo de otra persona. Y pensé que las patas de tu caballo de carrera eran las más adecuadas para ser cortadas.

Los mimos y la gente se habían agolpado a su alrededor y vieron la cara del Patán ponerse negra de indignación.

—¡Ay, qué desgracia la mía, haberte conocido alguna vez! —dijo el Patán.

—¿Lamentas haber hecho el trato, Amo? —dijo Gilly.

—¿Lamentarlo? Lo lamentaré cada día y cada noche de mi vida —dijo el Patán.

—Escucháis lo que dice mi Amo, buenas gentes —dijo Gilly.

—Sí, seguro. Él dice que lamenta haber hecho el trato que hizo contigo —dijeron algunas de las personas.

—Entonces —dijo Gilly—, desnudadlo y ponedlo atravesado en la banca hasta que yo corte una franja de su piel de una pulgada de ancho, desde su cuello a sus talones.

Ninguna de las personas hubo de consentir en hacerlo. —Bien, os diré algo que os hará consentir —dijo Gilly—. Este hombre hizo que dos pobres muchachos de servicio trabajaran para él; no les dio paga alguna y les sacó una franja de su piel, de modo que hasta hoy están enfermos y adoloridos. ¿Os hará eso desnudarlo y atravesarlo en la banca?

—No —dijeron algunas gentes.

—Me ordenó venir aquí esta noche y gritar "Amo, amo, tu molino se incendia", de manera que pudiera irse sin pagar sus honorarios a los mimos. Y no hay fuego alguno en su molino.

—Desnudadlo —dijo el primer mimo.

—Ponedlo atravesado en la banca —dijo otro.

—Aquí tienes un cuchillo de desollar —dijo un tercero.

Los mimos tomaron al Patán, lo desnudaron y atravesaron en la banca. Gilly tomó el cuchillo y empezó a afilarlo en el suelo.

—Ten piedad de mí —dijo el Patán.

—Tú no tuviste piedad de los otros dos pobres sirvientes —dijo Gilly.

—Te daré tu paga completa.

—Eso no basta.

—Te daré doble paga, para darla a los otros muchachos de servicio.

—¿Y pagarás los honorarios de los mimos por todos los aquí presentes?

—No, no, no. Eso no lo puedo hacer.

—Estira tu cuello entonces para que marque el lugar donde empezaré a cortar la piel.

—No me toques con el cuchillo. Pagaré por todos —dijo el Patán.

—Escuchasteis lo que dijo —dijo Gilly a las gentes—. Me dará la paga completa; me dará doble paga para dar a los muchachos de servicio a quienes ha hecho daño, y pagará a los mimos por todos.

—Lo escuchamos decir eso —dijeron las gentes.



—Ponte de pie y vístete —dijo Gilly al Patán—. ¿Para qué quiero yo una franja de tu piel? Pero espero que todos los presentes volverán a tu casa contigo y permanecerán en ella hasta que hayas pagado todo el dinero que se te reclama.

—Iremos con él a su casa —dijeron los mimos.

—Nos quedaremos en lo suyo hasta que haya pagado todo el dinero que acordó pagar —dijeron los demás.

—Y ahora tengo que deciros, vecinos —dijo Gilly—, que nunca corté las patas de un caballo vivo, ni del suyo ni del de nadie más. Este par de patas fueron sacadas a un pobre caballo muerto, por los desolladores que lo estaban cortando.

Entonces, todos se fueron a la casa del Patán y permanecieron allí hasta que abrió su arcón de piedra, sacó su caja del dinero y pagó a los mimos los honorarios por todas las gentes, lo que pasaba de seis peniques. Y dio a Gilly su paga completa: una guinea, una moneda de plata de tres peniques, y un testón, y le entregó doble paga para que se la diera a cada uno de los muchachos sirvientes a quienes había lastimado. Gilly tomó el dinero y abandonó la casa del Patán de la Aldea del Infortunio, y las mujeres y los mimos lo acompañaron, aclamándolo mientras se ponía en camino.

## XIV

Así, sin que nada bueno ni malo le aconteciera, Gilly llegó de nuevo a la casa de la Mujer-Adivina. Estaba sentada en el peldaño de la puerta moliendo el grano con un molinillo, cuando él llegó frente a ella. Y lloró abrazada a él, pues no podía creer que hubiera vuelto sano y salvo de la Aldea del Infortunio. Y durante todo el tiempo que él estuvo con la Adivina, ella habló de la "pobre espalda" de Gilly.

Y se quedó con ella por dos temporadas. Reparó sus cercas y

limpió el pozo; molió su grano y trajo de vuelta el enjambre de abejas; entrenó un perro para que espantara a las comejas de su campo; se encargó de herrar al asno, de lavar a las ovejas, y de manear a la cabra. La Adivina le estaba muy agradecida por todo lo que hacía por ella, y un día le dijo: —Te llaman Gilly de la Piel de Cabra, pero ahora tienes derecho a otro nombre. —Y, ¿quién me dará otro nombre? —dijo Gilly de la Piel de Cabra. —¿Que quién te lo dará? Quién sino la Anciana de Beare —dijo la Mujer-Adivina.

Al día siguiente, ella le dijo: —Tuve un sueño anoche y ya sé lo que has de hacer. Ahora debes ir donde la Anciana de Beare por el nombre al que tienes derecho. Y antes de que te lo dé, tienes que contar, a ella y a quienquiera que esté en su casa, tanto como sepas de la Leyenda sin Par.

—Pero si no sé nada de la Leyenda sin Par —dijo Gilly de la Piel de Cabra.

—Hay siempre un vacío antes de un comienzo —dijo la Adivina—. Esta tarde, cuando esté moliendo el grano en el molinillo, te contaré la Leyenda sin Par.

Esa tarde, cuando se sentó en el peldaño de la puerta de su casa y el sol se ponía tras los sauces, la Mujer-Adivina contó a Gilly una tercera parte de la Leyenda sin Par. Después, horneó un bizcocho, mató un gallo para él y le dijo que partiera a la mañana siguiente hacia la casa de la Anciana de Beare.

Temprano en la brillante mañana, y dejando tras de sí a la Adivina en gran prosperidad, partió entonces Gilly. Se alejó cruzando altos montes, pasando por hondonadas y manteniéndose en su rumbo sin detención ni descanso, mientras iba el claro día y llegaba la oscura noche, pernando cada atardecer donde encontrara albergue, hasta que por fin llegó a la casa de la Anciana de Beare.

Entró en la casa y halló a la anciana haciendo marcas en las cenizas de su fuego mientras su cuclillo, su codorniz y su golondrina recogían granos de la mesa.





—Y, ¿qué puedo hacer por ti, buen joven? —dijo la Anciana de Beare.

—Darne un nombre —dijo Gilly—, y escuchar la historia que tengo que contarte.

—No lo haré hasta que hayas hecho una tarea para mí —dijo la Anciana de Beare.

—¿Qué tarea puedo hacer para ti? —dijo Gilly de la Piel de Cabra.

—Quiero saber —dijo ella— cuál de nosotros cuatro es la criatura más vieja del mundo: yo misma, Laheen el Águlla, Pata Negra el Alce o la Corneja de Achill. Dejo enteramente fuera de esta cuenta al Salmón de Assaroe.

—¿Y cómo puede un joven como yo ayudarte a saber eso? —dijo Gilly de la Piel de Cabra.

—Un buey fue muerto el día en que yo nací y, después, en cada uno de mis cumpleaños. Los cuernos de los bueyes están en dos fosos allá afuera. Tienes que contarlos y decirme cuánto suma la mitad de ellos, y entonces sabré mi edad.

—Eso haré si me alimentas y me das albergue —dijo Gilly de la Piel de Cabra.

—Come a tu gusto —dijo la Anciana de Beare. Le acercó una hogaza de pan y una botella de agua. Cuando él cortó una rebanada del pan, fue como si no hubiese cortado nada y, cuando sacó una copa de agua, fue como si tampoco hubiera sacado nada. Una vez que hubo comido y bebido, dejó la hogaza completa y la botella llena en el estante, saltó y comenzó a contar los cuernos en el lado derecho.

Al segundo día llegó un joven desconocido, lo saludó y se fue a contar los cuernos en el foso del lado izquierdo. Este joven no era otro que el Hijo del Rey de Irlanda.

Al tercer día tuvieron contados todos los cuernos. Entonces, Gilly de la Piel de Cabra y el Hijo del Rey de Irlanda se reunieron debajo de un arbusto. —¿Cuántos cuernos has contado? —dijo el Hijo del Rey de

Irlanda. —Tantos —dijo Gilly de la Piel de Cabra. —¿Y cuántos cuernos has contado tú? —Tantos —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

Justo cuando estaban sumando ambos números, los dos oyeron sonidos en el aire; eran como los sonos que hacen los Bardos al cantar sus versos. Y cuando miraron hacia arriba, vieron un cisne volando en círculos por encima de ellos. Y el cisne cantaba la historia de la venida de los Milesios a Eirinn y, mientras escuchaban, los dos jóvenes olvidaron el número de cuernos que habían contado. Y cuando el cisne se hubo ido volando, se miraron mutuamente y, como tenían hambre, entraron en la casa y comieron rebanadas de la hogaza inacabable y bebieron copas de la botella de agua Inagotable. Después, la Anciana de Beare despertó y les pidió que le dijeran el número de sus años.

—No podemos decírtelo, a pesar de que contamos todos los cuernos —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—, puesto que justo cuando estábamos sumando los números, un cisne nos cantó y olvidamos la cantidad que habíamos contado.

—No hicisteis vuestra tarea correctamente —dijo ella—, pero como prometí a este joven un nombre y escuchar la historia que tenía que contar, tendré que dejar las cosas así. Ahora puedes contar la historia, Gilly de la Piel de Cabra.

Se sentaron junto al fuego y, mientras la Anciana de Beare hilaba hebras en un huso muy antiguo, y mientras la codorniz, el cucullillo y la golondrina picoteaban granos y murmuraban para sí, Gilly de la Piel de Cabra les contó la Leyenda sin Par. Y la historia, tal como Gilly de la Piel de Cabra la contara, dice así:





## LA LEYENDA SIN PAR

Un Rey y una Reina caminaban un día junto al estanque azul que había en sus dominios. Un cisne había venido al estanque azul y las flores de radiante amarillo de la genista se hallaban por encima del agua. —Och —dijo la Reina—, si pudiera tener una hija que luciera tales colores, el azul del estanque en sus ojos, el brillante amarillo de la genista en su cabello y el blanco del cisne en su piel, dejaría a mis siete hijos irse con los gansos salvajes. —Calla —dijo el Rey—. Invoocas una fatalidad, y puede ser enviada.— Un escalofrío le sobrevino a la Reina. Volvieron al Castillo, y esa tarde el ama les dijo que un hombre gris había pasado describiendo un círculo alrededor de sus siete hijos, y diciendo: "Si ha de ser como lo desea vuestra madre, que sea como ella lo ha dicho."

Ahora bien, antes de que la retama volviera a florecer y antes de que el cisne viniera al estanque azul, a la Reina le nació una criatura.

Fue una niña. El Rey estaba sentado con sus siete hijos cuando las mujeres vinieron a decirle del nuevo nacimiento. —Oh, hijos míos —dijo él—, que estéis conmigo toda la vida.— Pero sus hijos se apartaron de él mientras lo decía. Salieron por la puerta y subieron al montículo que quedaba al frente. Allí se convirtieron en grises gansos salvajes y los siete volaron hacia los montes baldíos.

Ningún consejero a quien el Rey consultase pudo ayudarle a recobrarlos, y ningún cazador que él mandara a través del país pudo traer noticias ni pormenores sobre ellos. El Rey y la Reina se quedaron con una sola criatura, la niña recién nacida. La llamaron "Sheen", una palabra que significa "tormenta", porque su venida fue una tormenta que arrasó con sus siete hermanos. La Reina murió, mis oyentes. Entonces la pequeña Sheen fue olvidada por su padre, y los sirvientes de la casa la criaron y le hicieron compañía.

Un día, cuando Sheen alcanzó la edad que tenía su hermano mayor cuando fuera transformado desde su forma humana, ella fue con Mor, la hija del Leñador, y con Slav, la criatura adoptada por el cestero, a recoger bayas en el bosque. Yendo de aquí para allá, quedó separada de Slav y Mor. Llegó a un lugar donde había muchísimas bayas y fue, paso a paso, recogéndo las. Sus pies se hundieron en una ciénaga. Les gritó a Mor y Slav, pero de ellos no llegó respuesta. Gritó una y otra vez. Sus gritos sobresaltaron a siete gansos salvajes que se remontaron, volando a su alrededor. —Salvadme —les gritó. Entonces, uno de los gansos salvajes le habló: —A cualquiera, menos a una niña salvaríamos de la ciénaga, pues a tal no podemos salvar, porque fue una niña quien nos hizo perder nuestras formas humanas y la amorosa compañía de nuestro padre.— Entonces Sheen supo, pues los sirvientes a menudo le habían contado la historia, que quien hablaba era uno de sus siete hermanos. —Lo supe desde siempre —dijo ella—. Toda mi aflicción es el haber sido la causa de que vosotros perdierais vuestra forma humana y la compañía de nuestro padre, a quien ahora se le llama el Rey Solitario. Creedme —dijo ella—, que me



hubiese afanado y afanado por recobrarlos.— Había tanto sentimiento en su voz, que sus siete hermanos, a pesar de que se habían endurecido pensando en su infortunio, fueron tocados en sus corazones y bajaron volando a ayudarla. Lo sostuvieron los brazos en alto, la tomaron por los hombros y le alzaron los pies. La transportaron fuera de la ciénaga. Entonces ella se arrodilló, y les gritó: —Oh, mis hermanos queridos, ¿es que hay algo que yo pueda hacer para restituiros vuestras formas humanas? —Lo hay —dijo el primero de los siete gansos salvajes. Ella les rogó que se lo dijiesen. —Es una larga y fatigosa labor la que te impondríamos —dijo uno—. Si con tus propias manos recogieras el fino pelillo que crece sobre las ciénagas —dijo otro—, y si lo hilaras en hebras, y tejieras con las hebras un paño, y cosieras del paño una camisa, y lo hicieras una y otra vez hasta que hayas confeccionado siete camisas para nosotros, todo ese tiempo sin reír ni llorar, ni pronunciar palabra alguna, podrías salvarnos. Una camisa podrías tejer, hilar y coser en un año. Y no sería sino hasta que las siete camisas nos fueran puestas, que se restituiría la forma humana a cada uno de nosotros. —Estaría feliz de hacer todo eso —dijo Sheen—, y no vertería ni una lágrima, no reiría ni una risa ni tampoco pronunciaría palabra durante todo el tiempo que estuviera haciendo esta tarea.

Entonces, el hermano mayor dijo: —La ciénaga está entre tú y la casa de nuestro padre, y entre tú y los compañeros que estaban contigo hoy. Si vas a hacer la tarea que nos podría devolver nuestra forma humana, mejor sería que no regresaras. Más allá de los árboles se encuentra la casa de una mujer solitaria, y allí puedes vivir hasta que tu tarea esté terminada.— Los siete gansos salvajes volaron entonces de vuelta a la ciénaga, y Sheen se dirigió a la casa más allá de los árboles. Allí vivía la Mujer-Adivina. Tomó a Sheen por una niña muda y le proporcionó comida y albergue por los servicios que prestaba: traer agua del pozo por la mañana y moler el grano en el molinillo al crepúsculo. Tenía el resto del día y la noche para su propia tarea. Recogía el pelillo de la ciénaga entre el mediodía y el ocaso, e hilaba la hebra por

la noche. Cuando tuvo una cantidad de hebra hilada, comenzó a tejerla en el telar. Al cabo de un año, tenía hecha la primera camisa. Al otro año hizo la segunda, después la tercera, entonces la cuarta, la quinta, la sexta. Y en todo ese tiempo no dijo una palabra, no rió una risa ni vertió una lágrima.

Estaba recogiendo el pelillo de la ciénaga para la séptima y última camisa. Salló una vez en un día en que la nieve estaba derretida y sintió livianos sus pasos. Cientos de pájaros se hallaban en el suelo comiendo en abundancia y llamándose unos a otros. Sheen apenas podía mantener alejada de su boca la canción que estaba en su mente. Ella habría de cantar y reír y hablar cuando la última hebra hubiese sido hilada y tejida; cuando se hubiese dado la última puntada, y una vez que las camisas del pelillo de la ciénaga, que ella había hecho en silencio, hubieran devuelto a sus hermanos sus propias formas humanas. Recogió, con una mano, las escasas cabezuelas de la espadaña o pelillo de la ciénaga, mientras sostenía la otra mano contra sus labios.

Algo cayó a sus pies. Era un blanco urogallo que se quedó acurrucado en el suelo. Sheen levantó la vista y en lo alto vio un halcón. Y, al mirar en derredor, vio a un hombre que venía cruzando la ciénaga. El halcón voló hacia él y se le posó en el hombro.

Sheen estrechó contra su pecho al urogallo blanco. El hombre se acercó a ella y le habló, y su voz la hizo enderezarse. Él vestía traje de cazador. Su rostro era moreno y delgado, y sus ojos, de un azul resplandeciente, como las gencianas. Sheen no le dijo palabra, y él pasó de largo con el halcón sobre el hombro. Entonces, ella, con el urogallo apretado contra el pecho, volvió a la casa de la Mujer-Adivina.

Esa noche, mientras hilaba su hebra, pensaba en el hombre de los ojos azules y el rostro moreno. Se preguntaba si alguno de sus hermanos habría de ser como él cuando fuera devuelto a su apariencia humana. Alimentó al urogallo blanco con granos de trigo y lo dejó des-

cansar en el nicho de la ventana sobre su cama. Después, se quedó despierta y trató de comprender el significado de la canción que cantaba la Mujer-Adivina mientras se sentaba a hilar la lana en el rincón de la chimenea:

¡No te adormecerías

¡La crecida del río se lleva  
al cisne de donde anida!  
¡No te adormecerías  
si te tendieras sobre mi pecho!  
Las gotas de lluvia recargan  
el penacho del espino;  
Innumerables son mis pensamientos:  
no te adormecerías  
si te tendieras sobre mi pecho,  
hermanita,  
te meceré para que descanses.

Pasó la noche entre que se dormía y despertaba y, cuando llegó la luz, vio al urogallo blanco agazapado en la abertura de la ventana. Ella abrió la puerta y salió para dejar que el urogallo volara de sus manos.

Y ahí, en el suelo ante ella, ¡había una espada! Sheen supo que era la espada del hombre al que había visto el día anterior, y supo que el hombre había estado ante la puerta durante la noche. Se arrodilló en el suelo para mirar la brillante hoja azul. Oh, mis oyentes, de haber estado yo ahí, habría estado en las corneas que bajan volando pesadamente, graznando mientras picotean algo que les apetece; en las palomas torcazas que arrullan en los árboles; en los pájaros peque-

ños que ríen en la techumbre de paja de la casa, y en la brisa que sopla en derredor, la primera brisa del día.

La Mujer-Adivina salió y vio lo que Sheen estaba mirando: la espada en el suelo. —Está forjada con una habilidad que sólo poseen los herreros de Reyes —dijo ella. Tomó la espada y la colgó de la rama de un árbol, de modo que el rocío del sueño no pudiera enmohecerla—.

Otro día, Sheen fue a recoger el pelillo de la ciénaga. Esta vez cruzó el río por las pasaderas y llegó a un campo, donde había mucho ganado. Quedó asombrada por su cantidad y deseó que tales vacas y tales terneros pudiesen pertenecer a la Mujer-Adivina. Lo que vio en seguida fueron dos caballos negros que luchaban entre sí. Se mostraban los dientes mutuamente, se mordían y coceaban. Después se vinieron echando carrera hacia ella. "Oh —se dijo Sheen—, son los potros salvajes de Breogan." Corrió, pero los caballos lograron correr en círculos alrededor de ella. "Los potros salvajes de Breogan —se dijo—, ellos trumpearán y me pisotearán hasta matarme." Entonces escuchó que alguien gritaba órdenes a los caballos. Vio a un hombre golpear a uno de los potros con una varilla, haciendo que se encabritara. Lo vio hacer que el otro se alzase, con la autoridad que había en su voz. Ella corrió al río, pero resbaló en las pasaderas; cayó, y sintió que el agua la cubría. El hombre vino y, levantándola, la portó a esa orilla del río a la que ella pertenecía. La condujo a través de la ciénaga y, cuando ella lo miró, vio el delgado rostro y los ojos azules como flores de genciana: vio el rostro del hombre a quien llamaban el Rey-Cazador. Él la dejó en el suelo cuando pasaron la ciénaga, y ella siguió su camino sin hablar.

Nada de esto, ni tampoco de lo demás que le sucedió, ni nada de lo que pensó, contó Sheen a la Mujer-Adivina. Pero, una y otra vez,



deseó que el Rey-Cazador pasara por ahí mientras hubiera una luz en la casa, que entrase, y hablara a la Mujer-Adivina, de modo que ella misma, mientras hilaba la hebra, pudiera oír su voz y escuchar las cosas de las que él hablase. A menudo se paraba en la puerta y observaba a través de la ciénaga para ver si algo venía hacia ella.

Una vecina vino una tarde cruzando el peldaño de la puerta, y Sheen entró en la casa tras ella, pues sintió que algo iba a ser contado. Había un hombre muerto en una casa. Se le había hallado en el bosque. Era conocido como el Rey-Cazador. Sheen permaneció junto a la cama y oyó lo que decía la vecina.

El Rey-Cazador estaba siendo velado en la casa de la vecina, y su hija mayor había sido la veladora la primera noche. Por la mañana encontraron que la mano de la muchacha había sido secada. La segunda hija de la mujer fue la veladora la segunda noche, y le había quedado temblorosa la mano derecha. Ésta era la tercera y última noche que el Rey-Cazador sería velado, y no había nadie para velar su cadáver.

Sheen pensó que nada sucedería nunca más en el mundo, ahora que el Rey-Cazador estaba muerto. Pensó que no había soledad mayor que aquella de su cadáver sin nadie para velarlo en la última extraña noche antes de ser puesto bajo tierra. La vecina salió de la casa de la Mujer-Adivina, y Sheen fue tras ella. Estaba de pie en el peldaño de la puerta de su casa. —Oh, muchacha —dijo la vecina—, necesito una niña que vele un cadáver en mi casa esta noche, la tercera y última de velar. Si estás dispuesta, yo te daré una peineta para tus cabellos.— Sheen dio a entender que prestaría este servicio a la mujer, y entró en la casa de velación. Al principio tuvo temor de mirar hacia la cama. Después, se acercó y vio al Rey-Cazador con el rostro quieto, los ojos cerrados, y el platillo de sal sobre su pecho. Su desolado sabueso gris estaba tendido atravesado sobre sus pies.

cos de las ventanas y a la cabeza del cadáver. Después se retiraron a su recámara y dejaron a Sheen en su velar. Ella se sentó junto al fuego e hizo arder un haz de leña tras otro. Había traído su canasta de pelillo de la ciénaga y comenzó a hilar una hebra en la rueca de la vecina.

Terminó la hebra y la puso alrededor de su cuello. Después, comenzó a buscar más velas, de manera que pudiese encender otra cuando alguna se consumiera. Pero, cuando se puso de pie, todas las velas se apagaron de golpe. El sabueso se espantó de los pies de la cama. Entonces, ella vio que el cadáver se sentaba rígidamente en el lugar en que había sido tendido.

Algo en Sheen se sobrepuso a su terror y, adelantándose hacia el cadáver, tomó la sal que estaba sobre su pecho y se la puso en los labios. Entonces una voz salió de entre los labios: —Hermosa Doncella —dijo la voz—, ¿tienes el coraje de seguirme? Las otras dos me fallaron y han sido lastimadas. Y tú, ¿eres fiel? —Te seguiré —dijo Sheen. —Entonces —dijo el cadáver—, pon tus manos sobre mis hombros y ven conmigo. Debo recorrer la Ciénaga que Retiembla, atravesar el Bosque en Llamas y cruzar el Mar Glacial.

Sheen le puso sus manos sobre los hombros. Vino una tormenta que los arrebató a través de la techumbre de la casa, y fueron transportados a través de la noche. Así fue que descendieron al suelo, y el muerto se apartó de Sheen de un salto. Ella fue a seguirlo y encontró que sus pies estaban sobre una temblante tierra herbosa. Supo que estaban en la Ciénaga que Retiembla. El cadáver del Rey-Cazador siguió adelante, y ella comprendió que no debía perderlo de vista. Él prosiguió velozmente. La tierra herbosa se le escurrió a ella bajo los pies, y se encontró en el acuoso lodo. Luchó por salir y saltó por encima de un charco que estaba oculto por el brezo. Todo el tiempo temía que se le perdiera la figura que, tan rápidamente, iba delante de ella. Se hundió y luchó y saltó a través de charcos y cenagales. Todo el tiempo, lo que había sido el cadáver del Rey-Cazador iba delante de ella.





Entonces, ella vio que el cadáver se sentaba rígidamente...

Entonces, vio fuegos contra el cielo y supo que se aproximaban al Bosque en Llamas. La figura delante de ella saltó a través de una zanja y entró en el bosque. Sheen la saltó también. Ramas ardiendo caían atravesándosele en el camino mientras avanzaba. Vientos calientes le quemaban la cara. Las llamas la encandilaban y el humo la aturdió. Pero la figura delante de ella proseguía recto hacia adelante, y Sheen proseguía recto hacia adelante también.

El bosque terminaba en un acantilado. Abajo estaba el mar. La figura delante de ella se lanzó al agua, y Sheen se lanzó también. El frío la caló hasta la médula. Pensó que el frío sacaría de ella la vida. Pero vio la cabeza de alguien nadando delante de ella, y siguió nadando.

Y entonces se hallaron en tierra de nuevo. —Hermosa Doncella —dijo el cadáver del Rey-Cazador—, vuelve a poner tus manos sobre mis hombros. Ella puso las manos sobre sus hombros. Vino una tormenta y los arrebató. Fueron precipitados a través de la techumbre de la casa de la vecina. Los pabillos de las velas se sacudieron, y la luz volvió a ellas. Sheen vio al sabueso parado en el centro del piso. Vio el cadáver sentado donde había sido tendido, y sus ojos estaban ahora abiertos.

—Hermosa Doncella —dijo la voz del Rey-Cazador—, me has devuelto a la vida. Soy un hombre bajo un hechizo. Hay una bruja en el bosque a quien di mi amor. Me hechizó de manera que el alma me quedó fuera del cuerpo, y errante. Fue a mi alma a la que tú seguiste. Y el hechizo habría de romperse cuando encontrara un corazón tan fiel que siguiera a mi alma por sobre la Ciénaga que Retiembla, a través del Bosque en Llamas y a cruzar el Mar Glacial. Me has devuelto mi alma y mi vida. Entonces, ella salió corriendo de la casa de la vecina.

A la noche siguiente, en la casa de la Mujer-Adivina, terminó de tejer las hebras que estaban en el telar. Luego, a la siguiente noche, cosió la tela e hizo la sexta camisa. Al otro día, fue a la Ciénaga a

recoger el pelillo para la séptima camisa. Había recogido una canastada e iba por el bosque, cerca de la hora del ocaso. Al borde del rafo bosque vio de pie al Rey-Cazador. Él le tomó las manos, y eran las suyas unas manos cálidas. Su rostro moreno y sus ojos azul genciana eran altivos y nobles. Y Sheen sintió un júbilo como el filo de una espada cuando él le cantó acerca del brillo de su cabello y el azul de sus ojos. —Oh, Doncella —dijo él—, ¿hay algo que te ate a este lugar?— Sheen le mostró el pelillo de la ciénaga en el canasto y la hebra

Y ahora Sheen era la esposa del Rey-Cazador. Ella habría sido feliz si las hermanas de su esposo hubieran sido bondadosas. Pero estaban celosas y procuraron que todo en el Castillo se le hiciera inhóspito. Y a menudo hablaban ante su hermano diciendo que Sheen no era noble en absoluto, y que la razón de que no hablara era que su lenguaje era vulgar. La observaban cuando salía a recoger el pelillo durante el día y la observaban cuando hilaba sola por la noche. Sheen anhelaba que transcurrieran los días y las noches, tal que las últimas hebras pudieran ser hlladas y tejidas, y dar las últimas puntadas a la séptima camisa. Entonces sus hermanos habrían de estar con ella. Podría contarle al Rey acerca de sí misma y silenciar la maldicencia de sus hermanas. Sin embargo, a medida que se acercaba al final de su tarea, se volvió más y más temerosa.

Las hebras fueron hlladas y tejidas para la séptima camisa. La tela estuvo hecha, y dadas estuvieron las primeras puntadas. Entonces, nació el pequeño hijo de Sheen. En ese momento, el Rey se encontraba lejos, reuniendo a sus hombres en lugares apartados de su Reino, y envió un mensaje diciendo que Sheen y su pequeño habrían de

estar bien atendidos y que, hasta que él regresase, sus hermanas no deberían abandonar la habitación donde Sheen se encontraba.

La tercera noche, cuando Sheen estaba en su cama con el pequeño junto a ella, y mientras sus cuñadas estaban en la recámara, una extraña música se escuchó afuera. Estaba siendo tocada en todo el entorno de la casa del Rey. Quienquiera la escuchaba, caía en un profundo sueño. Los soldados que estaban de guardia se durmieron. Las doncellas, que cuchicheaban entre ellas, se adormecieron. Y un

Sus cuñadas despertaron mientras Sheen aún dormía. Fueron a atender al niño y se encontraron con que había desaparecido. Entonces, sintieron temor de lo que su hermano les haría por permitir que esto sucediera. Urdieron una confabulación para librarse de culpa y antes de que Sheen despertara habían matado un animal pequeño y esparcido su sangre sobre las almohadas de la cama.

Cuando el Rey entró en la habitación de su esposa, vio a sus hermanas en el suelo lamentándose y arrancándose los cabellos. Fue hacia donde estaba durmiendo su esposa y vio sangre en sus manos y en las almohadas. Se volvió hacia sus hermanas con la espada en la mano. Clamaron no haber podido evitar el hecho ocurrido: que la Reina, después de agredir al niño y habiéndolo matado, arrojó su cuerpo al lobo gris que había estado acechando afuera.

Y, mientras hablaban, Sheen despertó. Extendió los brazos, pero su hijo no estaba a su lado. Encontró sangre sobre las almohadas. Entonces, oyó que sus cuñadas la acusaban al Rey de haber matado a su hijo y haber arrojado su cuerpo al lobo gris que estaba afuera.

Cayó en un desvanecimiento y, cuando salió de él, había perdido la razón.

El Rey se arrodilló ante ella y le suplicó que le contara lo que había sucedido. Pero ella sólo sabía de la obligación de no pronunciar palabra. De ahí en adelante, él solía observarla y se preguntaba por qué no derramaba ni una lágrima. Al cuarto día, Sheen se levantó de su cama y buscó por el Castillo el trozo de tela que había hilado y tejido del pelillo de la ciénaga. Lo encontró y comenzó a coserlo para la séptima camisa. Las hermanas del Rey se acercaron a él, y dijeron: —La mujer que trajiste aquí es de otra raza que la nuestra. Se ha olvidado de que le nació un hijo y de que lo mató y arrojó su cuerpo al lobo gris. Ahora sólo se sienta ahí, cosiendo una prenda.

El Rey fue y la vio cosiendo y cosiendo, como si su vida dependiera de cada puntada que daba a la tela. Él le habló, y ella levantó la mirada, pero sin hablar. Entonces el corazón del Rey se endureció. La tomó y la condujo fuera de las puertas del Castillo. —Regresa a las gentes de quienes vienes —dijo él—, puesto que no puedo soportar que estés aquí y no me hables de lo que ha sucedido. —Sheen supo que estaba siendo expulsada de la casa a la que él la había traído. Un llanto amargo surgió de ella. Entonces, la tela cosida que estaba en su mano se volvió pelillo de la ciénaga y fue llevado por la brisa. Cuando vio que esto sucedía, se alejó del Castillo del Rey y corrió a través de los bosques, llorando y llorando.

Caminó a través de los bosques durante muchos días, viviendo de bayas y del agua de las vertientes. Al fin, llegó a la casa de la Mujer-Adivina. Ésta se hallaba ante la puerta y dio a Sheen la bienvenida. Le dio a beber pociones que había preparado de extrañas hierbas, y después de una temporada volvieron a Sheen la razón y la salud, y supo todo lo que había sucedido.

Pensó que podría recuperar a sus siete hermanos y, con su ayuda, recuperar entonces a su hijo y a su esposo. Pero sabía que tendría que recoger el pelillo de la ciénaga, hilar las hebras y tejer todo de

nuevo, puesto que sus lágrimas y gritos habían destruido su tarea. Contó su historia a la Mujer-Adivina. Después, entró de nuevo en su silencio, recogiendo el pelillo e hilando la hebra.

Pero, cuando la primera hebra estuvo hilada, el recuerdo de su hijo golpeó contra su corazón, y ella derramó lágrimas. La hebra que había hilado se volvió pelillo, que fue llevado por el viento. Durante días lloró y lloró. Entonces la Mujer-Adivina le dijo: —Encomienda al hijo que has perdido a Diachbha, es decir, al Destino. Y Diachbha puede hacer que él sea quien devuelva a tus siete hermanos sus formas humanas. Y cuando hayas encomendado a Diachbha a tu hijito perdido, vuelve donde tu esposo y cuéntale todo aquello por lo que has pasado.

Sheen, creyendo en la sabiduría de la Mujer-Adivina, hizo lo que se le dijo. Con hojas confeccionó una imagen de su pequeño hijo perdido y la dejó sobre el tejado de la casa, desde donde fue llevada por los vientos. Entonces, estuvo lista para volver con su esposo y contarle todo lo que había sucedido en la vida. Pero el día en que estaba trayendo el último cántaro de agua desde el pozo, lo encontró ante ella en el sendero. —¿Te acuerdas de que te llevé en brazos a través de la ciénaga? —dijo él. —Y, ¿recuerdas que yo seguí tu alma? —dijo ella. Éstas fueron las primeras palabras que ella le hablara jamás.

Volvieron juntos a la casa de la Mujer-Adivina, y Sheen le contó a él todo lo que había ocurrido en su vida. Él le contó de cómo sus hermanas habían reconocido haber hablado falsamente contra ella.

Él la llevó de regreso a su propio Reino, y allí, como Rey y Reina, viven aún. Pero el nombre que ella lleva ya no es Sheen ni Tormenta. A ella le nacieron dos hijos más. Sin embargo, sus siete hermanos todavía son siete gansos salvajes, y la Reina no ha encontrado rastro alguno de su hijo primogénito. Pero la Mujer-Adivina ha tenido un sueño, y el sueño le ha revelado que el Hijo que Sheen perdió está en el mundo y, que si la doncella que llegue a amarlo diere siete gotas de la





sangre de su corazón, los siete hermanos de la Reina recobrarán sus formas humanas.

—Conque ésa es la Leyenda sin Par —dijo la Anciana de Beare—. Si alguna vez averiguas lo que pasó antes y lo que viene después de ella, vuelve aquí y cuéntamelo. Pero no creo que consigas el resto —dijo ella—, considerando que vosotros dos no fuisteis capaces de contar los cuernos que están afuera.— Y siguió hablando y hablando, y Gilly y el Hijo del Rey, oyendo lo que decía cuando ella de repente alzaba la voz, y no oyendo, cuando seguía murmurando como si hablara a las cenizas, al caldero o a la codorniz, al cuclillo o a la golondrina que picoteaban granos del suelo. —Si vuelves a ver a Laheen el Águila, o a Pata Negra el Aice, o a la Corneja de Achill, díles que vengán a visitarme alguna vez. Estoy completamente sola aquí, salvo por mi golondrina, mi cuclillo y mi codorniz. Y ten presente que grandes Reyes y Príncipes solían venir a verme.— Y así siguió hablando en tonos bajos y en repentinos tonos altos.

—Tienes que venir conmigo y ayudarme a conseguir el resto de la Leyenda sin Par —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Eso haré —dijo Gilly de la Piel de Cabra—. Pero primero he de obtener un nombre. Anciana madre —dijo él a la Anciana de Beare—, ahora tienes que darme un nombre.

—Te daré un nombre —dijo la Anciana de Beare—, pero tú tienes que ponerte de pie frente a mí y despojarte de la piel de cabra que te tapa.

Gilly tiró de las cuerdas, y la piel de cabra cayó al suelo. La Anciana de Beare asintió con la cabeza. —Tienes en tu pecho las estrellas que denotan al Hijo de un Rey —dijo ella.

—¡Yo, el Hijo de un Rey! —dijo Gilly de la Piel de Cabra.

—Tienes las estrellas en tu pecho —dijo la Anciana de Beare.

Gilly se miró y vio las tres estrellas en su pecho. —Si soy el Hijo de un Rey, nunca lo supe hasta ahora —dijo.

—Eres el Hijo de un Rey —dijo la Anciana de Beare—, y te daré un nombre cuando vuelvas a mí. Pero quiero, antes que nada, que averigües lo que sucedió con el Huevo de Cristal.

—¡El Huevo de Cristal! —dijo Gilly con gran sorpresa.

—El Huevo de Cristal, por cierto —dijo la Anciana de Beare—. Has de saber que fue robado del nido de Laheen el Águila y que la criatura que lo robó fue la Corneja de Achill. Pero, qué sucedió con el Huevo de Cristal después de eso, nadie lo sabe.

—Yo mismo lo tuve después de eso —dijo Gilly—, y a mí me fue robado por Rory el Zorro. Después fue colocado bajo una gansa, para que lo empollara.

—¡Una gansa empollando el Huevo de Cristal, después de que un Águila lo hubiera empollado a medias! Sí, sí, sin duda, así es —dijo la Anciana de Beare—. Y ahora tienes que ir a averiguar lo que pasó con él. Ve ahora y, cuando vuelvas, te daré tu nombre.

—Eso haré —dijo Gilly de la Piel de Cabra, y se volvió hacia el Hijo del Rey—. Tres días antes de la Culminación del Verano, reúnete conmigo en el camino a la Aldea del Castillo Rojo, y yo iré contigo a averiguar lo que pasó antes y lo que viene después de la Leyenda sin Par.

—Me reuniré contigo —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

Los dos jóvenes fueron a la mesa y comieron rebanadas de la hogaza inacabable y bebieron sorbos de la botella inagotable. —Permaneceré aquí para practicar estocadas y mandobles con mi espada —dijo el Hijo del Rey—, hasta cuatro días antes de la Culminación del Verano.— Los dos jóvenes se dirigieron hacia la puerta.

—Siete ojeadas de buena ventura para ti. Anciana de Beare —dijo Gilly de la Piel de Cabra.

—Que tu doble sea muerto y tú misma perdures —dijo el Hijo del Rey.

Entonces, los dos jóvenes salieron juntos, aunque no tomaron el mismo camino.



## XV

Esa noche, Gilly durmió mientras viajaba, pues se topó con un hombre que conducía una carga de heno a la feria; cuando entró en la carreta, se tendió en el heno y durmió. Cuando se separó del carretero, cortó una vara de acebo y viajó solo por el camino. Al caer la noche, llegó a un lugar que lo hizo pensar que había estado ahí antes; miró a su alrededor y supo entonces que éste era el lugar en que había vivido cuando tenía el Huevo de Cristal. Miró para ver si la casa aún se encontraba en ese lugar; ahí estaba, y en ella vivía gente, pues vio humo que salía por la chimenea. Ahora estaba oscuro, y Gilly pensó que no podía hacer nada mejor que buscar albergue en esa casa.

Se dirigió a la puerta y golpeó. Tras ella había mucho barullo. Y entonces, una vieja encorvada le abrió la puerta. —¿Qué quieres? —dijo ella.

—¿Puedo albergarme aquí por esta noche, señora? —dijo Gilly.

—Aquí no puedes albergarte —dijo la vieja—, y te aconsejo que te vayas.

—¿Me permite preguntar quién vive aquí? —dijo Gilly, metiendo un pie dentro.

—Seis hombres muy honrados, cuyos asuntos los mantienen fuera hasta las dos y tres de la mañana —dijo la vieja encorvada.

Gilly adivinó que los hombres honrados, cuyos asuntos los mantenían fuera hasta las dos y tres de la mañana, eran los ladrones de los que había oído. Y pensó que podrían ser precisamente los hombres que se habían llevado la gansa de la Mujer-Adivina y, con ella, el Huevo de Cristal. —¿Podrías decirme, buena mujer —dijo Gilly—, acaso tus seis hombres honrados trajeron alguna vez a esta casa una vieja gansa empolladora?

—Lo hicieron, por cierto —dijo la mujer encorvada—, y la vieja gan-

sa empolladora es una majadera. Da vueltas y vueltas a la casa, tratando de empollar los pocillos que voy largando por ahí.

Entonces Gilly abrió de par en par la puerta de un empujón y entró en la casa.

—No permanezcas en la casa —dijo la vieja encorvada—. Ahora te diré la verdad. Mis amos son ladrones, y te desollarán vivo si te encuentran aquí cuando vuelvan por la mañana.

—Es más probable que los desolte vivos yo a ellos —dijo Gilly, y pareció tan feroz, que asustó mucho a la vieja—. Y si no me satisfaces con comida y una cama, te dejaré colgando de la puerta para que los recibas.

La encorvada vieja quedó tan aterrorizada, que le dio una comida de avena y le mostró una cama en que dormir. Él se acostó y durmió. Fue despertado por una vela sostenida ante sus ojos. Se despabiló y vio seis ladrones de pie a su alrededor con cuchillos en las manos.

—¿Qué te trae bajo nuestro techo? —dijo el Capitán—. Respóndeme ahora, antes de que te desollemos como desollaríamos a una anguila.

—Habla y responde al Capitán —dijeron los ladrones.

—¿Por qué no habría de estar bajo este techo? —dijo Gilly—. Yo soy el Ladrón Maestro del Mundo.

Los ladrones se pusieron las manos en las rodillas y se rieron de eso. Gilly saltó de la cama. —He venido a mostraros las artes de la rapiña y de la bellaquería —dijo él—. Os mostraré algunos trucos que os permitirán mantener la cabeza en alto entre los ladrones y rateros del mundo.

Se veía tan osado y hablaba también con tanta osadía, que los ladrones empezaron a pensar que quizá tuviera alguna razón para hablar como lo hacía. Lo dejaron y se fueron a sus camas. Gilly volvió a dormirse. Al pleno mediodía, estaban todos sentados desayunan-



do; Gilly y los seis ladrones. Un granjero pasó por ahí llevando una cabra a la feria.

—¿Alguno de vosotros podría robar esa cabra sin violentar al hombre que la conduce? —dijo Gilly.

—Yo no podría —dijo un ladrón. —Yo no podría —dijo otro ladrón.

—Apenas si sería capaz de hacerlo yo mismo —dijo el Capitán de los Ladrones.

—Yo puedo hacerlo —dijo Gilly—. Volveré con la cabra antes de que terminéis vuestro desayuno. — Y salió. Conocía bien esos parajes y corrió a través del bosque hasta que estuvo un recodo del camino más adelante que el granjero que llevaba su cabra a la feria. Se sacó un zapato y lo dejó en medio del camino. Entonces, siguió corriendo hasta adelantarse hasta otro recodo del camino. Se sacó el otro zapato y lo dejó en el suelo. En seguida, se escondió tras un seto y esperó.

El granjero llegó adonde estaba el primer zapato. —No es un mal zapato —dijo—, y si tiene un compañero, valdría la pena recogerlo. — Prosiguió entonces y llegó adonde se hallaba el otro zapato. —Aquí está el compañero —dijo—, y vale la pena que vuelva por el primero.

Amarró la cabra al hito del camino y volvió. Y, tan pronto como el granjero hubo dado vuelta la espalda, Gilly sacó el collar a la cabra y lo dejó sobre el hito del camino, conduciendo a la cabra a través de un claro en el seto. La llevó a la casa antes de que los ladrones terminaran su desayuno. Todos ellos se sorprendieron terriblemente. El Capitán empezó a morderse las uñas.

El granjero, con los dos zapatos bajo el brazo, llegó a donde había dejado la cabra. La cabra había desaparecido, y su collar había quedado en el hito del camino. Supo que un ladrón había tomado su cabra. —Y yo que había prometido a Ana, mi mujer, comprarle un nuevo chal en la feria —dijo él—. Nunca dejaré de reprenderme si vuelvo donde ella con las manos vacías. Lo mejor que puedo hacer es sacar una oveja de mi campo y venderla. Después, cuando esté de

buen humor por tener su chal, le contaré de la pérdida de mi cabra. — Así fue que el granjero volvió al campo.

Los seis ladrones y Gilly estaban sentados jugando a las cartas después del desayuno, cuando vieron al granjero que pasaba con la oveja. —Apostaría que vigilará esa oveja más de cerca que lo que vigilió a la cabra —dijo uno de los ladrones. —¿Puede alguno de vosotros robar esa oveja sin violentarlo? —dijo Gilly. —Yo no podría —dijo uno de los ladrones. —Yo no podría —dijo otro ladrón. —Apenas podría hacerlo yo mismo —dijo el Capitán de los Ladrones. —Yo traeré aquí la oveja antes de que terminéis vuestro juego de naipes —dijo Gilly.

El granjero recién había pasado el hito cuando vio a un hombre colgando de un árbol. —Que los santos estén entre nosotros y el mal —dijo el granjero—, ¿es que cuelgan hombres en este camino? — Ahora bien, el hombre que colgaba del árbol era Gilly. Se había amarrado a una rama con el cinturón, poniéndolo bajo sus axilas. Se descolgó de la rama y corrió hasta que ganó la delantera al granjero. El granjero vio a otro hombre colgando de un árbol. —¡Que los santos nos protejan —dijo—, no puede ser que hayan colgado a dos hombres en este camino! — Gilly se descolgó de ese árbol también y siguió corriendo hasta que nuevamente ganó la delantera al granjero. El granjero vio a un tercer hombre colgado de un árbol. —¿Es que estoy perdiendo el juicio? —dijo—. Volveré para ver si los otros hombres están ahí colgando, como creí que estaban. — Arrojó la oveja a un arbusto y se devolvió. Tan pronto se dio vuelta, Gilly se descolgó del árbol, llevó la oveja a través de un claro y estuvo de vuelta con los ladrones antes de que hubieran terminado con su juego. Todos los ladrones dijeron que lo que había hecho era una cosa maravillosa. El Capitán de los Ladrones se quedó solo, rascándose la cabeza.

El granjero no encontró hombre alguno colgando de los árboles y pensó que había perdido la razón. Volvió y encontró que su oveja

había desaparecido. —¿Qué haré ahora? —dijo—. No me atrevo a contar a Ana que perdí una cabra y una oveja, hasta que la ponga de buen humor mostrándole el chal que le compré en la feria. Ahora no hay nada más que hacer que tomar un buey del campo y venderlo en la feria.— Fue al campo entonces, tomó un buey y pasó por la casa justo cuando los ladrones estaban encendiendo sus pipas. —Si vigiló de cerca a la cabra y a la oveja, vigilará al buey nueve veces más de cerca —dijo uno de los ladrones.

—¿Cuál de vosotros podría tomar el buey sin ejercer violencia alguna sobre el hombre? —dijo Gilly. —Yo no podría —dijo un ladrón. —Yo no podría —dijo otro ladrón. —Si tú pudieras hacerlo —dijo a Gilly el Capitán de los Ladrones—, renunciaré a mi mando y te lo entregaré a ti. —Hecho —dijo Gilly, y salió de la casa otra vez.

Atravesó rápidamente el bosque y, cuando estuvo cerca de donde se hallaba el granjero, comenzó a balar como una cabra. El granjero se detuvo y prestó oídos. Entonces, Gilly comenzó a dar balidos como una oveja. —Eso bien suena como si fueran mi cabra y mi oveja —dijo el granjero—. Quizá no fueron llevadas en realidad, sino que sólo se extraviaron. Si las consigo ahora, no necesitaré dar ninguna excusa a Ana, mi mujer.— Ató el buey a un árbol y se adentró en el bosque. Tan pronto lo hizo, Gilly salió sigilosamente, tomó el buey por la cuerda y se apresuró en volver a la casa. Los ladrones estaban reunidos en la puerta, atentos a su regreso. Cuando lo vieron con el buey, lanzaron al aire sus sombreros. —Este hombre tiene que ser nuestro Capitán —dijeron. El Capitán se estaba mordiendo los labios y las uñas. Al fin, se sacó el sombrero con plumas y lo entregó a Gilly. —Tú eres ahora nuestro Capitán —dijeron los ladrones.

Gilly ordenó que la cabra, la oveja y el buey fuesen puestos en el establo, que le echaran llave a la puerta y que la llave le fuera entregada a él. Todo eso se hizo. Entonces, dijo a todos los ladrones: —Exijo saber qué fue del Huevo de Cristal que estaba con la gansa que voso-

tros le robasteis a la Mujer-Adivina. —El Huevo de Cristal —dijo uno de los ladrones— fue incubado, y de él salió un pájaro raro. —¿Dónde está ahora ese pájaro? —dijo Gilly. —Sobre las olas del lago cercano —dijeron los ladrones—. Lo vemos todos los días. —Llévame al lago para que vea el Pájaro salido del Huevo de Cristal —dijo Gilly. Echaron llave a la puerta de la casa tras ellos y, los siete, con Gilly a la cabeza llevando el sombrero con plumas, bajaron al lago.

## XVI

Entonces, le mostraron el ave que estaba sobre las olas del lago: era un cisne y flotaba majestuosamente. El cisne vino hacia ellos y, al aproximarse más, pudieron escuchar su voz. Los sonidos que hacía no eran como cualquier sonido de pájaro, sino como los sonidos que hacen los bardos cantando sus versos. Las palabras venían en notas altas y notas bajas, pero eran como palabras en un idioma extranjero. Y el cisne cantaba constantemente mientras se aproximaba a la orilla donde se hallaban Gilly y los seis ladrones.

Extendió las alas y, levantando el cuello, lo curvó, mientras permanecía observando a los hombres en la ribera. —Escuchad al Cisne de los Cuentos sin Fin, el Cisne de los Cuentos sin Fin —cantó en palabras que ellos conocían. Después, se elevó por sobre el agua, giró en el aire y voló de vuelta al centro del lago.

—Cuando en el lago hay un ave que puede hablar así, va siendo tiempo de que nosotros abandonemos el lugar —dijo Mogue, el que había sido el Capitán de los Ladrones—. Esta noche me voy de la región.

—Yo también me voy —dijo otro ladrón. —Y yo también —dijo otro. —Y puede ser que yo me aleje de este lugar —dijo Gilly de la Piel de Cabra.

Los ladrones se alejaron de él y volvieron a la casa, mientras Gilly se sentó al borde del lago, esperando por si el Cisne de los Cuentos sin Fin volviese a contarle algo. Pero no vino. Mientras Gilly estaba ahí sentado, el granjero que había perdido su cabra, su oveja y su buey, acertó a pasar. Arrastraba un pie tras otro y parecía muy abatido. —¿Qué es lo que pasa contigo, buen hombre? —dijo Gilly.

El granjero le contó cómo había perdido su cabra, su oveja y su buey. Le contó cómo le pareció escuchar a su cabra balar y dar balidos a su oveja, y cómo anduvo por el bosque buscándolas, y cómo su buey había desaparecido cuando volvió al camino. —Y no sé qué decir a mi esposa Ana —dijo—, sobre todo porque no le he traído ningún chal para ponerla de buen humor. Pesada será la culpa que hará caer sobre mí por haber perdido una cabra, una oveja y un buey.

Gilly sacó una llave de su bolsillo. —¿Ves esta llave? —dijo—. Tómalala y abre la puerta del establo en tal lugar, y en el establo encontrarás tu cabra, tu oveja y tu buey. Hay ladrones en esa casa, pero si intentan impedir que te lleves lo que te pertenece, díles que todos los trilladores del lugar vienen a golpearlos con sus mayales.— El granjero tomó la llave y se fue muy agradecido de Gilly. La historia cuenta que recobró su cabra, su oveja y su buey, y que a su esposa Ana dio como excusa, por no haber ido a la feria a comprarle un chal, el haber visto tres urracas en el camino. Los ladrones se asustaron mucho cuando les dijo que venían los trilladores y se fueron de esa parte del país.

En lo que se refiere a Gilly, tuvo la idea de volver donde la Anciana de Beare para obtener su nombre. Tomó el sendero por la orilla del lago. Mientras viajaba con su vara de acebo en la mano, escuchó al Cisne de los Cuentos sin Fin, que cantaba.

## LA ALDEA DEL CASTILLO ROJO.





Flann fue el nombre que la Anciana de Beare dio a Gilly de la Piel de Cabra, cuando éste volvió para contarle que el Cisne de los Cuentos sin Fin había sido empollado del Huevo de Cristal. Él entonces se fue de la casa de la Anciana de Beare y llegó adonde lo aguardaba el Hijo del Rey de Irlanda. Los dos compañeros tomaron un camino bien concurrido. Mientras marchaban, se toparon con hombres que conducían manadas de jacas; hombres que portaban bultos sobre sus espaldas; hombres con herramientas para trabajar el oro y la plata, el bronce y el hierro. Cada hombre a quien preguntaban, les contestaba: "Vamos a la Aldea del Castillo Rojo, y a la gran feria que allí ha de realizarse." El Hijo del Rey y Flann pensaron que ellos también debían ir a la Aldea del Castillo Rojo, puesto que, donde hubiera tanta gente, tendrían posibilidad de enterarse de lo que pasó antes y lo que viene después de la Leyenda sin Par. De manera que siguieron adelante.

Y cuando hubieron llegado a un pozo que se hallaba bajo una gran roca, aquéllos con quienes iban, se detuvieron. Dijeron que era la costumbre, para mercaderes y vendedores, aguardar aquí por un día y entrar en la Aldea del Castillo Rojo al día siguiente. "En este día —dijeron—, la gente de la Aldea celebra la Festividad de la Culmina-

ción del Verano y no les parece bien que grandes multitudes ingresen a su Aldea, hasta que la Festividad haya finalizado."

El Hijo del Rey de Irlanda y Flann siguieron adelante y a ellos sí se les permitió entrar en la Aldea. La gente había encendido grandes fogatas en la plaza del mercado, y hacían pasar su ganado a través de las fogatas: "Si en vosotros hay mal —exclamaban— que arda, que arda." Temían que brujas y hechiceros pudieran venir a la aldea junto con los mercaderes y vendedores, y esa era la razón de que no permitieran entrar a grandes multitudes.

Ese día, los fuegos habían sido apagados en todas las casas, y no habrían de volver a encenderse sino de las fogatas por las que el ganado había pasado. Se dejaba arder los fuegos con altas llamadas. El Hijo del Rey y Flann estuvieron horas observándolos, y observando a las multitudes que estaban alrededor.

Después, llegó el momento de llevar fuego a las casas. Quienes venían por fuego eran todas jóvenes doncellas. Cada una entraba en la luz de uno de los grandes fuegos, tomaba brasas de uno que hubiese ido bajando, las colocaba en una vasija nueva de greda, y se iba. Flann pensó que todas las doncellas eran bellas y maravillosas, a pesar de que el Hijo del Rey le dijera que había algunas que tenían la cara negra, otras el cabello mocho, y algunas que eran gibadas. Entonces vino una doncella que estaba tan por encima de las demás, que Flann no tuvo palabras para hablar de ella.

Llevaba plata en su cabeza y plata en los brazos, y toda la gente alrededor de los fuegos se inclinó ante ella. Tenía el cabello negrísimo y un rostro sonriente, pero con una sonrisa de orgullo, no de alegría. Flann creyó ver que con ella había bajado una estrella. Y una vez que, tomado el fuego, se hubo ido, Flann dijo: —Ella es seguramente la hija del Rey!

—Lo es —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—. Las gentes aquí han pronunciado su nombre. —Y, ¿cuál es su nombre? —preguntó Flann. —Es Lassarina —dijo el Hijo del Rey—, Llama-de-Vino.



Entonces vino una doncella...

—¿Es que la veremos otra vez? —dijo Flann.

—Eso no lo sé —dijo el Hijo del Rey—. Ven ahora, y preguntemos a las gentes de aquí si tienen conocimiento de la Leyenda sin Par.

—Espera —dijo Flann—, ellos están hablando de la Princesa Llana-de-Vino. —Y no se movió, sino que prestó atención a lo que se decía. Todos decían que la hija del Rey era orgullosa. Algunos decían que era hermosa, pero otros contestaban que sus labios eran delgados y que sus ojos eran buriones. Y no vinieron más doncellas en busca de fuego. Flann permaneció, piensa que te piensa, frente a aquel fuego que aún ardía. El Hijo del Rey preguntó a muchos si tenían conocimiento de la Leyenda sin Par, pero nadie había oído de ella. Algunos le decían que habría mercaderes y vendedores de muchas partes del mundo en la feria que tendría lugar al día siguiente, y que habría posibilidad de encontrar a alguno que tuviera conocimiento de ella. Entonces, el Hijo del Rey se fue con alguien que lo llevó a un Bruffir, esto es, a una Casa de Hospitalidad mantenida por el Rey, para forasteros. En cuanto a Flann, estuvo sentado mirando el fuego hasta que se extinguió, y después se durmió ante él.

## II

Flann fue despertado por un gansarón y su manada de gansos, que se dispusieron a su alrededor, batieron las alas y emitieron un graznido de ganso. Ya era de día, a pesar de que aún había una estrella en el cielo. Flann lanzó raíces de retama negra donde quedaba un fulgor e hizo arder un fuego nuevamente. Entonces, los perros de la aldea vinieron a mirarlo y después se escabulleron.

Afuera se tocaron trompetas y el guardián abrió las puertas. Flann se despabiló y se puso de pie para ver a la gente que iba entrando. Primero venían los hombres que traían las jacas montañosas, que

hasta hace poco pacían con los ciervos en lugares silvestres. Después venían hombres con chalecos de cuero y que conducían toros de amplias cornamentas: un toro negro y un toro blanco, un toro blanco y un toro negro, uno tras otro. Después había hombres que traían altos y veloces sabuesos, tres en cada tralla. Mujeres con capas color marrón llevaban jaulas con pájaros. Hombres había que portaban, en sus hombros y sus cintos, herramientas para trabajar el oro y la plata, el bronce y el hierro. Y había terneros y ovejas, y grandes caballos pesados carruajes, y coloridos paños y fardos de objetos que los mercaderes llevaban a hombros. Los bardos, cuentistas y arpistas famosos no llegarían hasta el mediodía, cuando el quehacer de la feria hubiera disminuido, pero con la multitud de mendigos, trovadores y aquellos que contaban historias que se llamaban "Ida-Poste-de-la-Hoguera-del-Mercado", porque se contaban alrededor de poste en el mercado y eran muy populares.

Y, a la cola de los que venían, Flann vio nada menos que a Mogue el Capitán de los Ladrones!

Mogue llevaba un gorro de piel de liebre; el ojo izquierdo le sobresalía como siempre y caminaba cojeando. Llevaba un morral a la espalda y conducía un caballo de color rojizo, pequeño y de aspecto veloz. Flann lo llamó cuando iba pasando, y Mogue tuvo un gran sobresalto. Cuando vio que era Flann, sonrió forzosamente y se le aproximó.

—Mogue —dijo Flann—, ¿qué haces en la Aldea del Castillo Rojo?

—Estoy aquí —dijo Mogue— para vender algunas cosas: este pequeño caballo y otras cosas que llevo en mi morral.

—¿Y dónde están tus amigos? —preguntó Flann.

—¿Quieres decir, mi banda? —dijo Mogue—. Ciertamente, todos ellos me abandonaron cuando tú probaste ser el mejor ladrón. Y, ¿qué estás haciendo tú aquí?

—No tengo ningún asunto en particular —dijo Flann.





—¡Por el Avellano! Me gusta oírte decir eso. Únete a mí entonces. A ti y a mí nos iría bien juntos.

—No me uniré a ti —dijo Flann.

—Preferiría tenerte a ti más que a toda la banda. ¿Qué eran ellos, en todo caso? ¡Cabezas huecas!

Mogue guiñó su ojo saltón. —Espera hasta que me vuelvas a ver —dijo—. Tengo las cosas más grandiosas en mi morral.— Y Mogue siguió su camino, conduciendo al pequeño caballo. Después, Flann partió a buscar al Hijo del Rey.

Lo encontró en la puerta del Bruñir, y juntos bebieron cuencos de leche y comieron pan de avena, y después fueron a las puertas de la aldea a observar a la gente notable que iba entrando.

Y, entre los bardos y arpistas, y los enviados del Rey que entraban, el Hijo del Rey vio a sus dos mediohermanos, Dermott y Downal. Los saludó, y ellos lo reconocieron y vinieron hacia él con alegría. El Hijo del Rey les presentó a Flann, diciendo que también él era hijo de un Rey.

Lucían gallardos, Downal y Dermott, en sus capas rojas, con las cabezas erguidas y una cierta jactancia en el andar y en sus palabras. Dejaron los caballos con los mozos y caminaron con Flann y el Hijo del Rey. Eran altos y rubicundos; el Hijo del Rey era de cabello más trigüeño y tenía un aspecto más halconado en el rostro; los tres eran diferentes al muchacho de cabello y ojos oscuros y rojos labios, a quien la Anciana de Beare había dado el nombre de Flann.

Que nadie había visto al Rey que vivía en el Castillo Rojo, les contaron Dermott y Downal a los otros dos. Se le llamaba el Rey Rostro-Torcido y, a causa de su deformidad, no permitía que nadie lo viese, salvo sus Consejeros.

—Hoy hemos de ir a su Castillo —dijeron Dermott y Downal.— Ven tú también, hermano —dijo este último al Hijo del Rey.

—Y tú también, camarada —dijo Downal a Flann—. ¿Por qué no habríamos todos de ir? ¡Por Ogmál! ¿Es que no somos todos hijos de Reyes?

Flann se preguntaba si vería a la hija del Rey, Llama-de-Vino. Él iría al Castillo de todas maneras.

Bebieron cerveza fuerte, jugaron ajedrez y conversaron hasta que se hizo la tarde. Entonces, los mozos que estaban con Downal y Dermott trajeron capas rojas nuevas a los cuatro jóvenes. Éstos se las pusieron y partieron hacia el Castillo del Rey.

—Hermano —dijo Dermott al Hijo del Rey—, quiero contarte que no vamos a regresar al Castillo de nuestro padre ni a su Reino. Hemos hecho del mundo nuestra almohada. Una buena mañana vamos a dejar a los mozos durmiendo y partiremos como el salmón baja por el río.

—¿Por qué quieren dejar el Reino de nuestro padre?

—Porque no queremos gobernar ni aprender a gobernar. Te dejaremos a ti, hermano, hacer todo eso. Nosotros vamos a aprender el oficio de forjador de espadas. Podríamos hacer magníficas espadas. Con el Rey de Senlabor se halla un famoso forjador de espadas, y de él vamos a aprender el oficio.

Los cuatro partieron al Castillo Rojo y, después que se les hizo pasar, fueron a sentarse en las bancas, a la espera del Mayordomo Real, quien habría de recibirles. Mientras esperaban, observaron el juego de un zorro manso en el patio del castillo. Flann se preguntaba todo el tiempo si la Princesa Llama-de-Vino pasaría por el patio o si entraría al vestíbulo donde ellos esperaban.

Entonces, la vio venir hacia el patio. Ella vio a los jóvenes en el vestíbulo y se dio vuelta para observar al zorro manso por un momento. Después entró a la sala y se detuvo cerca de la puerta.

Llevaba un antifaz sobre el rostro, pero su frente, su boca y su mentón quedaban a la vista. Los jóvenes la saludaron, y ella inclinó la cabeza hacia ellos. La seguía, portando una jaula, una de las mujeres que había llevado pájaros a la Feria. Llama-de-Vino había a esta mujer en un idioma extraño.

Aunque hablaba a la mujer, Flann vio que miraba a sus tres compañeros. En él no reparó, puesto que la banca en la que él estaba sentado se hallaba detrás de las otras. Llana-de-Vino miró primero al Hijo del Rey y luego apartó sus ojos de él. Incluyó después la cabeza para escuchar lo que Downal y Dermott estaban diciendo. A Flann ni siquiera lo miró, y a él el Castillo Rojo le hizo doler el corazón.

El Mayordomo Real entró al Vestíbulo y, cuando anunció quiénes eran los jóvenes «tres hijos del Rey de Irlanda que viajan con su hermano adoptivo», Llana-de-Vino se aproximó y les habló. Esperamos poder verlos mañana, Hijos de Reyes —dijo ella—. Mañana es nuestra fiesta de la Recolección de Manzanas. Podría resultarles agradable escuchar música en el Jardín del Rey.— Ella sonrió a Downal y Dermott y al Hijo del Rey, y salió de la Sala.

El Mayordomo Real agasajó a los cuatro jóvenes y más tarde hizoles regalos. Pero Flann no prestó atención a lo que comió, ni a lo que oyó, decir, ni a qué regalo le fuera dado.

### III

Los cuatro jóvenes abandonaron el Castillo y, al llegar a la pasarela que cruzaba el río, Downal y Dermott tomaron su propio camino. Entonces, cuando lo estaban cruzando, el Hijo del Rey y Flann vieron dos figuras reunirse ante el Campo del Toro: un hombre de mediana edad y robusto y una anciana mujer de aspecto frágil. —Es el Gobaun Saor —dijo el Hijo del Rey. —Es la Mujer-Adivina —dijo Flann.— Fueron hacia ellos, cada uno con el deseo de saludar a su amigo y benefactor.

Vieron allí a un hombre robusto de mediana edad y a una mujer anciana de aspecto frágil. Pero la mujer, al mirar al hombre, lo veía como alguien en posesión de plena sabiduría para planificar y plena fuerza para construir, cuya sabiduría y cuya fuerza no podían crecer ni

menguar. Y el hombre, al mirar a la mujer, veía a alguien cuyo semblante tenía toda la quietud, cuyo corazón tenía toda la benignidad. —Salve, Gobaun, Constructor para los Dioses —dijo la mujer. —Salve, Granla Ol, Reconciliadora para los Dioses —dijo el hombre.

Entonces, los dos jóvenes se apresuraron a ir hacia ellos, y el Hijo del Rey saludó al hombre de mediana edad, y Flann besó las manos de la anciana.

—¿Qué ha sido de tu búsqueda, Hijo del Rey? —dijo el Gobaun Saor.

—He encontrado la Leyenda sin Par, pero no lo que pasó antes ni lo que viene después de ella —dijo el Hijo del Rey.

—Voy a limpiar de su mancha la Espada de la Luz cuando me traigas completa la Leyenda sin Par —dijo el Gobaun Saor.

—La buscaría por el mundo entero —dijo el Hijo del Rey—. Pero ahora el tiempo se me hace corto.

—Sé veloz y diligente —dijo el Gobaun Saor—. He instalado mi fragua en las afueras de la ciudad, entre dos altas piedras. Cuando me traigas completa la Leyenda sin Par, limpiaré tu espada.

—¿No quieres decirle, Gobaun Saor —dijo la Mujer-Adivina—, dónde puede encontrar a aquél que le cuente el resto de la historia?

—Si ve en esta aldea a uno que él conozca —dijo el Gobaun Saor—, que monte un caballo que él haya montado antes, que persiga a aquél y lo fuerce a contar qué pasó antes y qué viene después de la Leyenda sin Par.

Diciendo esto, el Gobaun Saor se dio media vuelta y partió por el camino que conducía fuera de la aldea.

La Mujer-Adivina había traído a la aldea escobas para vender. Mostró a los dos jóvenes la casita en que habría de vivir mientras allí permaneciera. Estaba llena con las ramas de brezo que ataba para hacer las escobas.

Dejaron a la Mujer-Adivina y se fueron a través de la aldea, el Hijo del Rey de Irlanda buscando en todas partes a un hombre que cono-



ciera o un caballo que hubiese montado antes, mientras Flann pensaba en la Princesa Liama-de-Vino y cuán poco ella lo consideraba, comparado con el Hijo del Rey y Dermott y Downal. Llegaron a donde se hallaba una multitud ante la tienda de un mago. Se detuvieron y quedaron esperando que apareciera el mago. Éste salió y puso una escalera en posición vertical, que no se apoyaba en nada, y comenzó a escalar. Subía y subía y subía, y la escalera se hacía más y más alta mientras escalaba. Flann pensó que escalaría hasta el cielo. Entonces, la escalera se hizo más y más pequeña, y Flann vio que el mago descendía por el otro lado. —Ha venido aquí para llevarse ese caballo —dijo una voz detrás del Hijo del Rey de Irlanda.

El Hijo del Rey miró a su alrededor y, al linde de la multitud, vio a un hombre con un gorro de piel de liebre y un ojo saltón, que sostenía un caballo rojizo mientras observaba al mago. El Hijo del Rey de Irlanda reconoció al caballo: era el Ligerito Corcel Rojo, que los había conducido a él y a Fedelma desde la casa del Hechicero a la Cavema donde había encontrado la Espada de la Luz. Miró de nuevo al mago y vio que no era otro que el Hechicero de los Sombrios Confines. Entonces cruzó por su mente lo que le había dicho el Gobaun Saor.

Había visto a un hombre que conocía y a un caballo que había montado antes. Tenía que montar al caballo, seguir al hombre y forzarlo a contar el resto de la Leyenda sin Par.

El Hijo del Rey retrocedió hacia el linde de la multitud. Arrebató las riendas de las manos de Mogue, el hombre que las sostenía, y saltó sobre el lomo del Ligerito Corcel Rojo.

Tan pronto hizo esto, la escalera, que estaba vertical, cayó al suelo. La gente gritó y se dispersó. Y entonces, el Hijo del Rey vio al Hechicero saltar por encima de una casa y tratar de ganar las puertas de la aldea.

Pero si el Hechicero podía saltar por encima de una casa, también podía hacerlo el Ligerito Corcel Rojo. El Hijo del Rey le volvió la cabeza, tiró de la rienda, y también el corcel saltó por sobre la misma casa.

A más corría, más veloz se volvía el Hechicero. Saltó por encima de las puertas de la aldea, mientras el Ligerito Corcel Rojo iba tras él. Atravesó velozmente la campiña dando altos saltos sobre zanjas y cercados. Ninguna otra cabalgadura sino el Ligerito Corcel Rojo podría haber mantenido a su jinete teniendo al Hechicero a la vista.

## IV

Cerro arriba y valle abajo iba el Hechicero, pero, montado en el Ligerito Corcel Rojo, el Hijo del Rey de Irlanda iba en febril persecución. El Hechicero corrió ladera arriba de la séptima colina y, cuando el Hijo del Rey llegó a la cima, no encontró a nadie a la vista.

Siguió su carrera, sin embargo, y pasó por donde había un hombre muerto colgado de un árbol. Siguió y siguió su carrera, pero aún no se veía al Hechicero. Entonces, vino a su mente el pensamiento de que el hombre que estaba colgando del árbol y que él pensó estaba muerto, era el viejo y hábil Hechicero. Giró al Ligerito Corcel Rojo y corrió de vuelta. El hombre que había estado colgando del árbol, ya no estaba ahí.

El Hijo del Rey llevó al caballo por entre los árboles y empezó a buscar al Hechicero. No encontró rastro alguno de él. —He perdido nuevamente —dijo. Soltó entonces la rienda sobre el cuello del caballo, y dijo: —Toma ahora tu propio camino, mi Ligerito Corcel Rojo.

Cuando dijo eso, el Ligerito Corcel Rojo enderezó sus orejas y galopó hacia el Oeste. Fue atravesando bosques y cruzando arroyos y, cuando las comejas volaban a casa y los milanos volaban a otras tierras, llevó al Hijo del Rey a una casa de piedra que se hallaba en medio de un pantano. —Puede ser que el Hechicero se encuentre en esta casa —dijo el Hijo del Rey. Se apeó del Ligerito Corcel Rojo, abrió la puerta de la casa de un empujón, y ahí, sentado en una silla en

medio de la habitación, con una mujer a su lado, estaba el Hechicero de los Sombríos Confines. —Así es que —dijo el Hechicero— mi Ligero Corcel Rojo te ha traído a mí.

—Así es que —dijo el Hijo del Rey— te he encontrado, mi hábil y viejo Hechicero.

—Y ahora que me has encontrado, ¿qué es lo que quieres de mí? —dijo el Hechicero.

—Tu cabeza —dijo el Hijo del Rey, desenvainando la empañada Espada de la Luz.

—¿Es que nada sino mi cabeza te ha de contentar? —dijo el Hechicero.

—Nada sino eso... a menos que fuera lo que pasó antes y lo que viene después de la Leyenda sin Par.

—La Leyenda sin Par —dijo el Hechicero—. Te contaré lo que sé de ella.

Por consiguiente, comenzó:

—Yo fui un Druida, e Hijo de un Druida, y había aprendido el lenguaje de los pájaros. Y una mañana, mientras caminaba por los alrededores, escuché a un mirlo y a un petirrojo que conversaban y, cuando escuché lo que decían, sonreí para mis adentros.

"Ahora bien, la mujer con quien acababa de casarme notó que yo me sonreía, y me interpeló: '¿Por qué te estás sonriendo solo? No quise decirselo.

—¿No es esa la verdad? —dijo el Hechicero a la mujer que estaba sentada a su lado. —Es la verdad —dijo ella.

"Al tercer día, aún estaba sonriendo para mis adentros, y mi esposa me interpeló: al no responderle, me lanzó a la cara las lavazas de la vajilla. 'Que la ceguera caiga sobre ti si no me dices por qué estás sonriendo' —dijo ella. Entonces le conté por qué sonreía para mis adentros. Había escuchado lo que decían los pájaros. El mirlo decía al petirrojo: '¿Sabes que justo debajo de donde nos encontramos

hay tres varillas mágicas, y que si alguien tomara una y con ella golpeará a un hombre, éste se transformaría en cualquier criatura que uno nombrara?' Eso es lo que había oído decir a los pájaros y me sonreía porque yo era la única criatura que sabía acerca de las varillas mágicas.

"Mi esposa me hizo mostrarle dónde estaban las varillas. Cortó una de ellas cuando yo me hallaba fuera. Esa tarde, se me acercó por detrás y me golpeó con la varilla. 'Sal ahora y vaga como un lobo' —dijo ella, y ahí mismo fui convertido en lobo.

—¿No es eso cierto? —dijo él a la mujer. —Es cierto —dijo ella.

"Y, estando convertido en lobo, me fui a través de los bosques buscando carne para lobos.

Y ahora has de pedirle a mi esposa que te cuente más de la historia. El Hijo del Rey de Irlanda se volvió hacia la mujer que estaba sentada en el sitial junto al Hechicero y le pidió que le contara más de la historia. Y, por consiguiente, ella comenzó:

—Antes de que sucediera todo eso, yo era conocida como la Doncella del Manto Verde. Un día, un Rey cabalgaba montaña arriba con cinco veintenas de seguidores, y una niebla cayó sobre ellos mientras cabalgaban. El Rey dejó de ver a sus seguidores. Llamó después de un rato, y cuatro veintenas le respondieron. Y llamó de nuevo, pasado otro rato, y dos veintenas le respondieron. Y pasado otro rato, volvió a llamar, y sólo una veintena le respondió a través de la niebla. Y, cuando llamó de nuevo, absolutamente nadie le respondió.

"El Rey subió la montaña hasta que llegó al lugar donde yo vivía con los Druidas que me criaron. Se quedó por mucho tiempo en ese lugar. El Rey me amó por un tiempo, y yo amé al Rey y, cuando se fue, fui tras él.

"Y como no quiso volver conmigo, lo hechicé de manera que hubo momentos en que quedó entre la vida y la muerte. En una ocasión en que estuvo muerto en apariencia, una muchacha veló a su lado y



siguió a su espíritu hacia muchos lugares terribles y así rompió mi hechizo.

—Sheen era el nombre de la muchacha —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Sheen era su nombre —dijo la mujer—. Él la llevó a su Reino y la hizo su reina. Después de eso me casé con el hombre que está aquí ahora, el Hechicero de los Sombríos Confines, el Hijo del Drulda de la Roca Gris. Pídele ahora que te cuente el resto de la historia.

—Cuando me convirtió en un lobo gris —dijo el Hechicero—, me fui a través de los bosques buscando lo que comería un lobo, pero no pude encontrar nada con qué aplacar mi hambre. Entonces, volví y me planté al lado afuera de mi casa, y la mujer que había sido llamada la Doncella del Manto Verde vino a mí. Te devolveré tu forma humana —dijo ella—, si haces lo que te ordeno.

“Le prometí hacer lo que ella ordenase.

“Me ordenó ir a la casa de un Rey donde había nacido un niño. Me ordenó que robase el niño. Fui a la casa del Rey. Entré en la habitación y robé el niño del lado de la madre. Luego, atravesé los bosques corriendo. Pero al final caí en una trampa que el Gigante Crom Duv había puesto para los lobos que perseguían a su ganado disperso.

“Por una noche yací en el fondo de la trampa, con el niño a mi lado. Entonces Crom Duv vino e hizo a lobo y niño. Las tres Brujas de los Dientes Largos estaban ahí cuando nos sacó de la trampa, y el gigante entregó el niño a una de ellas, diciéndole que lo criara de modo que pudiera ser un sirviente para él.

“Me metió en un saco, prometiéndose a sí mismo que me daría una buena paliza. Me dejó sobre el piso de la casa. Pero mientras él fue por su garrote, me libré del saco a dentelladas y escapé. Regresé a mi propia casa, y mi esposa me golpeó con la vara mágica y me transformó de nuevo, de lobo en hombre.

—¿No es eso cierto? —dijo a la mujer. —Es cierto —dijo ella.

—Eso es todo lo que sé de la Leyenda sin Par —dijo el Hechicero de los Sombríos Confines—, y ahora que te lo he contado, envaina tu espada.

—No envainaré espada alguna —dijo el Hijo del Rey de Irlanda— hasta que me digas qué Rey y Reina fueron el padre y la madre del niño que fue criado por las Brujas de los Dientes Largos.

—No prometí decirte eso —dijo el Hechicero de los Sombríos Confines—. Ya tienes la historia que pediste, y ahora déjame que vea tu espalda saliendo por mi puerta.

—Sí, tienes la historia, y ahora, ¡mándate mudar! —dijo la mujer sentada junto al fuego.

El Hijo del Rey de Irlanda envainó su espada, fue hacia la puerta y abandonó la casa del Hechicero de los Sombríos Confines. Montó en el Ligero Corcel Rojo y se alejó cabalgando. Ahora sabía lo que pasó antes y lo que viene después de la Leyenda sin Par. El Gobaun Saor habría de limpiar la empuñadura en la hoja de la Espada de la Luz y mostrarle cómo llegar al País de la Niebla. Entonces él recobraría a su amada Fedelma.

Pensó también en las nuevas que tenía para su camarada Flann: que Flann era el Hijo del Rey llamado el Rey Cazador y de Sheen, los hermanos de la cual habían sido convertidos en siete gansos salvajes. Tiró de las riendas de su caballo y se encaminó de vuelta a la Aldea del Castillo Rojo.

## V

Flann pensaba en la Princesa Llana-de-Vino. Y, después de que el Hijo del Rey se fuera cabalgando en pos del Hechicero, caminó a través de la aldea, sin reparar en nada, hasta que escuchó que lo



llamaban y vio a Mogue de pie junto a una pequeña tienda que había instalado ante el Campo del Toro.

Flann fue hacia Mogue y lo encontró muy desconsolado por la pérdida del caballo que había traído a la aldea. —Mala aldea es ésta para estar en ella —dijo Mogue— y, a menos que te convenza de que nos hagamos socios, me habrá ido mal en ella. Únete a mí ahora y juntos realizaremos algunas magníficas hazañas.

—No te vendría bien al Hijo de un Rey unirse a un capitán de ladrones —dijo Flann.

—Bien dicho, bien dicho —dijo Mogue. Pensó que Flann estaba haciéndole una broma al referirse a sí mismo como al Hijo de un Rey.

—Quiero vender tres tesoros que traigo conmigo —dijo Mogue—. Tengo las cosas más maravillosas que alguna vez se hayan traído a esta aldea.

—Muéstramelas —dijo Flann.

Mogue abrió uno de sus morrales y sacó una caja. Cuando abrió esa caja, emanó de ella una fragancia tal como Flann nunca antes sintiera.

—¿Qué es eso que huele como un jardín de dulces flores? —dijo Flann.

—Es la Rosa de Dulces Aromas —dijo Mogue, y sacó de la caja una pequeña rosa—. Jamás se marchita y su fragancia nunca disminuye. Es un tesoro para la hija de un Rey. Pero no voy a mostrarla en esta aldea.

—Y, ¿qué es esa cosa brillante que hay dentro de la caja?

—Es la Peineta de la Magnificencia. Es otro tesoro para la hija de un Rey. La doncella que la use lucirá como la mujer más majestuosa del Reino. Pero tampoco he de mostrar eso.

—¿Qué más tienes, Mogue?

—Un cinto. La mujer que lo use tendrá que decir la verdad.

Flann pensó que haría mucho por conseguir la Rosa de Dulces Aromas o la Peineta de la Magnificencia, para llevarlas como regalos a la Princesa Llama-de-Vino.

Durmió en la tienda de Mogue y, al despunte del alba, se levantó y fue a la Casa de la Hospitalidad, donde estaban Dermott y Downal. Con ellos iría al huerto del Rey y vería a Llama-de-Vino, y quizás hablaría con ella. Pero, Dermott y Downal no estaban en el Brufir. Flann despertó a los mozos que les acompañaban y juntos emprendieron la búsqueda de ambos jóvenes. Pero no había ni rastro de Dermott y Downal. Al parecer se habían marchado con sus caballos antes del amanecer. Flann fue a las puertas de la aldea con los mozos. Allí se enteraron por el vigía de que los dos jóvenes habían cruzado las puertas dejándolo dicho al vigía que dijera a los mozos que ellos se habían ido para hacer del mundo su almohada.

Al oír esto, los mozos quedaron consternados, como asimismo Flann. Sin el Hijo del Rey y sin Downal ni Dermott, ¿cómo iría él al Jardín del Rey? Volvió a la tienda de Mogue para considerar lo que tendría que hacer. Primero pensó que no iría a la Festividad de la Recolección de Manzanas, puesto que sabía que Llama-de-Vino sólo lo había invitado con sus camaradas. Y después pensó que, pasara lo que pasase, habría de ir al Huerto del Rey para ver a Llama-de-Vino.

¡Si sólo tuviera una de las cosas maravillosas que Mogue le había mostrado: la Rosa de Dulces Aromas o la Peineta de la Magnificencia! Éstas le mostrarían a ella que él era de un cierto rango. ¡Si tuviera una de estas cosas maravillosas y se la ofreciera, ella podría quedar complacida con él!

Se sentó fuera de la tienda y esperó a que Mogue volviera. Cuando llegó, Flann le dijo: —Si me das algo ahora, me iré contigo como sirviente y te serviré bien, no obstante que soy el Hijo de un Rey.

—¿Qué quieres de mí? —dijo Mogue.

—Dame la Rosa de Dulces Aromas —dijo Flann.

—Por cierto que es lo más fino que tengo. No podría dártela.

—Te serviré por dos años si me la das —dijo Flann.

—No —dijo Mogue.

—Te serviré por tres años si me la das —dijo Flann.



—Te la daré si me sirves por tres años.

Luego Mogue desató su morral y sacó la caja. La abrió y puso la Rosa de Dulces Aromas en la mano de Flann.

Flann partió de inmediato hacia el huerto del Rey. El mayordomo, que lo había visto el día anterior, hizo una señal a los sirvientes para que lo dejaran cruzar las puertas. Entró al huerto del Rey.

Había doncellas cantando la "Canción para la Época de Floración de los Manzanos", y todo ese día y esa noche Flann retuvo la canción en su mente:

El contacto de las manos que lo inclinaron  
todo el ramo encendió a florecer.  
¡Oh, inhala la maravilla de esta rama  
y hazla pasar a través de la oscuridad!

Había jóvenes recolectando manzanas, y la Princesa Llama-de-Vino caminaba sola por los senderos del huerto.

Al fin llegó a donde se encontraba Flann y, alzando los ojos, lo miró. —Yo tenía compañeros —dijo Flann—, pero se han ido.

—Ellos carecen de buenos modales —dijo Llama-de-Vino con enojo, y se alejó.

Flann sacó la rosa de debajo de su capa. Su fragancia llegó hasta Llama-de-Vino, y ella se volvió hacia él una vez más.

—Ésta es la Rosa de Dulces Aromas —dijo Flann—. ¿Me la aceptarías, Princesa?

Ella regresó a él, tomó la rosa en su mano y en su rostro hubo admiración.

—Nunca se marchitará y su fragancia no faltará nunca —dijo Flann—. Es la Rosa de Dulces Aromas. La hija de un Rey ha de tenerla.

Llama-de-Vino sostuvo la rosa en su mano y sonrió a Flann. —¿Cómo te llamas, Hijo de Rey? —dijo ella, con brillantes y amigables ojos.

—Flann —dijo él.

—Camina conmigo, Flann —dijo ella. Caminaron a lo largo de los senderos del huerto, y los jóvenes y doncellas se volvían hacia la fragancia que exhalaba la Rosa de Dulces Aromas. Llama-de-Vino rió, y dijo: —Todos se maravillan del tesoro que me has traído, Flann. ¡Si pudieras escuchar lo que les diré acerca de ti! Les diré que eres el hijo de un Rey de Arabia, nada menos. ¡Me creerán, porque me has traído tal tesoro! ¡Supongo que no hay nada más maravilloso que esta rosa!

Entonces Flann le contó acerca del otro objeto maravilloso que había visto: la Peineta de la Magnificencia. —La hija de un Rey debiera tener tal tesoro —dijo Llama-de-Vino—. Oh, qué celosa me pondría si alguien trajera la Peineta de la Magnificencia a una de mis dos hermanas: a Capullo-de-Juventud o a Pecho-de-Luz. Pensaría entonces que esta rosa no era, después de todo, tal tesoro.

Cuando él se iba del huerto, ella arrancó una flor y se la dio. —Ven mañana a caminar en el huerto conmigo —dijo ella.

—Seguro que vendré —dijo Flann.

—Tráeme también la Peineta de la Magnificencia —dijo ella—. No podría estar orgullosa de esta rosa, y no podría amarte tanto por traerme la, si pensara que otra doncella fuese a tener la Peineta de la Magnificencia. Tráemela, Flann.

—Te la traeré —dijo Flann.

## VI

Él estaba a las puertas de la aldea cuando el Hijo del Rey de Irlanda volvió cabalgando en el Ligero Corcel Rojo. El Hijo del Rey desmontó, puso su brazo alrededor de Flann y le contó que ahora tenía entera la Leyenda sin Par. Se sentaron ante la tienda de Mogue, y el Hijo del Rey contó a Flann toda la historia que había buscado: de



cómo un Rey que, viajando a través de la niebla, había llegado donde vivían los Druidas y la Doncella del Manto Verde; de cómo el Rey había sido hechizado y de cómo la doncella Sheen lo había liberado de su hechizo. Le contó también cómo el Hechicero fue convertido en lobo, y cómo el lobo se llevó al hijo de Sheen. —Y la Leyenda sin Par es en parte tu propia historia, Flann —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—, puesto que el niño que fue dejado con las Brujas de los Dientes Largos no era otro que tú mismo, pues tú, Flann, tienes sobre el pecho las estrellas que señalan al Hijo de un Rey.

—Así es, así es —dijo Flann—, y voy a averiguar qué Rey y qué Reina fueron mi padre y mi madre.

—Anda donde las Brujas de los Dientes Largos y obligalas a decirte lo —dijo el Hijo del Rey.

—Eso haré —dijo Flann, pero dijo para sí: "Primero llevaré a Llama-de-Vino la Peineta de la Magnificencia; le diré que habré de estar lejos por tantos años con Mogue, y le pediré que me recuerde hasta que vuelva a ella. Después, iré donde las Brujas de los Dientes Largos y las obligaré a que me digan qué Rey y qué Reina fueron mi padre y mi madre."

El Hijo del Rey de Irlanda dejó a Flann entregado a sus pensamientos y se fue a buscar al Gobaun Saor, quien le limpiaría la empañada hoja de la Espada de la Luz y le mostraría el camino que lleva adonde el Rey del País de la Niebla tiene sus dominios.

Mogue pasó su tiempo con los bardos y los cuentistas, en torno al poste de la hoguera del mercado y, al regresar a su tienda, quiso beber cerveza e irse a dormir. Pero Flann lo alejó del jarro cervicero, diciéndole: —Quiero de ti, Mogue, la Peineta de la Magnificencia.

—Por mi piel —dijo Mogue—, es mi sangre lo que querrás después, mi muchacho.

—Si me das la Peineta de la Magnificencia, Mogue, te serviré durante seis años; tres años más de los que dije ayer. Te serviré bien, aun cuando soy el hijo de un Rey y puedo averiguar quiénes fueron mi padre y mi madre.

—No te daré la Peineta de la Magnificencia.

—Te serviré por siete años si lo haces, Mogue.

—Mogue bebió y bebió del jarro cervicero, frunciendo el ceño para sí. Apartó el jarro, y dijo: —Supongo que tu vida no te servirá de nada, a menos que te dé la Peineta de la Magnificencia.

—Así es, Mogue.

Mogue suspiró con pesadumbre, pero fue a su morral y sacó la caja en que estaban los tesoros. Dejó que Flann tomase la Peineta de la Magnificencia.

—Por siete años habrás de servirme —dijo Mogue—, y tendrás que comenzar ahora tu servicio.

—Lo comenzaré ahora —dijo Flann, pero se escabulló de la tienda, se puso su capa roja y fue al huerto del Rey.

## VII

—Oh, Flann, mi proveedor de tesoros —dijo Llama-de-Vino, cuando estuvo junto a él. —Te he traído la Peineta de la Magnificencia —dijo Flann. Las manos de ella se extendieron, y grandes y brillantes volviéronse los ojos. Flann le puso en las manos la Peineta de la Magnificencia.

Ella prendió la peineta en la parte de atrás de sus cabellos y, en el acto, se tornó como la torre que está erigida: retirado ha sido aquello que truncaba su altura y desviaba de ella la plena luz del sol, y la torre se yergue, orgullo de un Rey y deleite de un pueblo. Cuando se puso la Peineta de la Magnificencia entre los cabellos, se convirtió, de todas las hijas de Reyes, en la más majestuosa.

Caminó con Flann a lo largo de los senderos del huerto, pero siempre mirando su sombra para ver si mostraba su añadida magnificencia. Su sombra no mostraba nada. Llevó a Flann al pozo que había en





el huerto y miró hacia abajo en su interior, pero su imagen en el pozo tampoco mostró su añadida magnificencia. Pronto estuvo cansada de caminar por los senderos del huerto y, cuando llegó a la entrada, no caminó más, sino que se detuvo con Flann junto a las puertas. —Un beso para ti, Flann, mi proveedor de tesoros —dijo ella, lo besó y después se fue de prisa. Y mientras la observaba, Flann pensó que, por más que ella lo hubiera besado, él ya no estaba en su mente.

Desconsolado, salió del huerto pensando que cuando estuviera en sus siete años de servicio con Mogue, la Princesa Llama-de-Vino podría olvidarlo. Mientras seguía caminando, pasó por la casita donde la Mujer-Adivina tenía sus escobas y ramas de brezo. Ella corrió hacia él cuando lo vio.

—¿Te has enterado de que el Hijo del Rey descubrió lo que pasó antes y lo que viene después de la Leyenda sin Par? —dijo ella.

—Sí, me enteré. Y tengo que ir donde las Brujas de los Dientes Largos para averiguar quiénes fueron mi padre y mi madre, pues seguramente soy el niño que le fue quitado a Sheen.

—¿Y recuerdas que los siete hermanos de Sheen fueron convertidos en siete gansos salvajes? —dijo ella.

—Recuerdo eso, madre.

—Y que serán siete gansos salvajes hasta que una doncella que te ame a ti dé siete gotas de sangre de su corazón para devolverlos a sus formas humanas.

—Recuerdo eso, madre.

—Cualquiera sea la doncella que tú ames, a ella has de preguntar si daría siete gotas de sangre de su corazón. Puede ser que esté dispuesta. Puede ser que no lo esté y que tú aún así la ames, sin importarte que no dé ni una gota de sangre de su dedo meñique.

—No puedo pedir a la doncella que amo que dé siete gotas de sangre de su corazón.

—¿Y quién es la doncella que amas?

—La Hija del Rey, Llama-de-Vino.

Le contó a la Mujer-Adivina acerca de los regalos que le había dado; también le contó a la Mujer-Adivina que se había obligado a siete años de servicio con Mogue por causa de estos regalos. La Adivina dijo:

—¿Qué otros tesoros hay en el morral de Mogue?

—Un tesoro más: el Cinto de la Verdad. Quienquiera lo lleve, no puede hablar nada sino la verdad.

Dijo la Mujer-Adivina: —Has de tomar el Cinto de la Verdad y darlo a Llama-de-Vino. Di a Mogue que yo dije que tiene que dártelo sin añadir ni un día a tus años de servicio. Cuando Llama-de-Vino se haya puesto el cinto alrededor de la cintura, pídele las siete gotas de sangre del corazón que devolverán sus formas humanas a los siete hermanos de tu madre. Puede que ella te ame y sin embargo rehuse darte las siete gotas de su corazón. Pero cuéntale de esto y escucha lo que ella te diga.

Flann dejó la casa de la Mujer-Adivina y regresó a la tienda de Mogue. La pérdida de sus tesoros había abrumado a Mogue; estaba bebiendo sin parar y pasaba de un mal genio a otro.

—Comienza tu servicio ahora vigilando la tienda mientras yo duermo —dijo él.

—Hay una cosa más que quiero de ti, Mogue —dijo Flann.

—¡Por el Ojo de Balor! Eres un cuclillo en mi nido. ¿Qué es lo que quieres ahora?

—El Cinto de la Verdad.

—¿Es que me vas a quitar mi último tesoro?

—La Mujer-Adivina me ordenó decirte que tienes que darme el Cinto de la Verdad.

—¡Ay de mí, ay de mí! —dijo Mogue. Pero sacó la caja de su morral y dejó que Flann tomara el cinto.



## VIII

Llama-de-Vino lo vio. Descendió lentamente por los senderos del huerto, de modo que todos pudiesen reparar en la majestuosidad de su aspecto.

—Estoy feliz de verte de nuevo, Flann —dijo ella—. ¿Es que todavía no regresan tus camaradas a la aldea de mi padre?

Flann le contó que uno de ellos había vuelto.

—Pídele que venga a verme —dijo Llama-de-Vino. Entonces vio el cinto en las manos de Flann.

—¿Qué es lo que tienes ahí? —dijo ella.

—Algo que acompañaba a los otros tesoros: un cinto.

—¿Es que no me dejarás tenerlo, Flann? —dijo ella, tomando el cinto en sus manos—. Dime, joven, ¿cómo obtuviste todos estos tesoros?

—Tendré que dar siete años de servicio por ellos —dijo Flann.

—Siete años —dijo ella—, pero recordarás que yo te amé por traerme los, ¿no es así?

—¿Me recordarás tú hasta que regrese de mis siete años de servicio?

—¡Oh, sí! —dijo Llama-de-Vino, y se puso el cinto alrededor de la cintura mientras hablaba.

—Alguien me dijo —dijo Flann— que habría de pedir a la doncella que me amara siete gotas de sangre de su corazón.

El cinto estaba ahora alrededor de la cintura de Llama-de-Vino. Ella rió, burlona. —Siete gotas de sangre del corazón —dijo—. No daría a este tipo siete huevos del nido de mi petirrojo. Le digo que lo amo por traerme los tres tesoros para la hija de un Rey. Se lo digo, pero tendría que avergonzarme de siquiera pensar que pudiera sentir algo de amor por un tipo así.

—¿Es que ahora me estás diciendo la verdad? —dijo Flann.

—La verdad, la verdad —dijo ella—, por supuesto que te digo la



*Ella rió, burlona.*

verdad. Oh, y hay otras verdades. Me avergonzaré para siempre si las digo. Oh, oh. Están subiendo a mi lengua y, cada vez que las reprimo, este cinto se aprieta y se aprieta hasta que creo que va a matarme.

—Adiós, entonces. Llama-de-Vino.

—¡Sácame el cinto, sácame el cinto! ¡Qué verdades hay en mi mente! Las diré y quedaré avergonzada. Pero moriré de dolor si las retengo. ¡Afloja el cinto, afloja el cinto! Toma la rosa que me diste y afloja el cinto —dijo ella, y dejó caer la rosa al suelo.

—Te aflojaré el cinto —dijo Flann.

—Pero aflojalo ya. ¡Cómo tengo que luchar para retener las verdades, ay, y en qué dolor me hallo! Toma la Peineta de la Magnificencia y afloja el cinto — dijo ella, y lanzó entonces la peineta al suelo.

Él recogió la Rosa de Dulces Aromas y la Peineta de la Magnificencia, y le sacó el cinto de la cintura. —Ay, qué cosa terrible me puse alrededor de la cintura —dijo Llama-de-Vino—. Llévatela, Flann, llévatela. Pero devuélveme la Rosa de Dulces Aromas y la Peineta de la Magnificencia; devuélvemelas y te amaré siempre.

—Tú no puedes amarme. Y, ¿por qué habría de entregar siete años de servicio por causa tuya? Volveré a poner estos tesoros en el morral de Mogue.

—Oh, eres un mercachifle, un mercachifle. Vete de mí —dijo Llama-de-Vino—. Y que mañana no estés en la Aldea del Castillo Rojo, o haré que los perros de caza de mi padre acometan contra ti.— Ella se volvió aradamente y entró en el Castillo.

Flann regresó a la tienda de Mogue y dejó la Rosa de Dulces Aromas, la Peineta de la Magnificencia y el Cinto de la Verdad sobre el morral de Mogue. Se sentó en un rincón y lloró amargamente. Entonces, llegó el Hijo del Rey de Irlanda y le contó que su espada estaba resplandeciente de nuevo: que las manchas que empañaban su hoja habían sido pulidas por el Gobaun Saor, quien también le había indicado el camino al País de la Niebla. Rodeó a Flann con su brazo y le dijo que ahora partiría a rescatar a su amada Fedelma, del Castillo del Rey del País de la Niebla.

## EL REY DEL PAÍS DE LA NIEBLA





El Hijo del Rey de Irlanda llegó al lugar donde el río que él seguía toma el nombre de Río de las Torres Interrumpidas. Se le llama por este nombre porque los hombres de antaño trataron de construir torres a través de su curso. Las torres construidas sólo cubrían un pequeño trecho a través del río que, en ese lugar, era tremendamente ancho.

"El Glashan te transportará al otro lado del Río de las Torres Interrumpidas, a la ribera del País de la Niebla", había dicho el Gobaun Saor al Hijo del Rey de Irlanda. Y ahora se encontraba en el Río de las Torres Interrumpidas, pero la criatura Glashan no estaba a la vista.

Entonces vio al Glashan. Estaba con la espalda apoyada contra una de las Torres y fumaba una pipa corta. El agua del río le llegaba a las rodillas. Se hallaba cubierto de pelo y tenía una gran cabeza con orejas de caballo. Y el Glashan sacudió sus orejas de caballo mientras fumaba con gran satisfacción.

—Glashan, ven aquí —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

Pero el Glashan no le prestó atención alguna.

—Quiero que me transportes al otro lado del Río de las Torres Interrumpidas —gritó el Hijo del Rey de Irlanda.

El Glashan siguió fumando y haciendo girar sus orejas. Y el Hijo

del Rey de Irlanda bien podría haber sabido que todo el clan de los Grugach y los Glashan son aficionados a su propia comodidad y no harán nada, si pueden evitar hacerlo. Cuando el Hijo del Rey le lanzó un guijarro, sacudió sus orejas más vivazmente. Entonces, luego de unas tres horas, el Glashan vino lentamente cruzando el río. De sus grandes rodillas hacia abajo tenía patas de caballo.

—Llévame en tus grandes hombros, Glashan —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—, y crúzame a la ribera del País de la Niebla.

—No cruzando más —dijo el Glashan.

El Hijo del Rey de Irlanda desenvainó la Espada de la Luz y la blandió.

—Ah, si tienes eso, tendrás que ser cruzado —dijo el Glashan—. Pero espera hasta que me descansa.

—¿Qué has hecho para tener que descansar? —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—. Tómame en tus hombros y parte.

—Musha —dijo el Glashan—, ¿no estás muy ansioso por perder tu vida?

—Súbeme en tus hombros.

—Blen, ven entonces. No eres el primer hombre muerto vivo que cruzo.— El Glashan se metió la pipa en la oreja. El Hijo del Rey de Irlanda montó sobre sus hombros y se agarró de sus gruesas crines. Entonces, el Glashan metió al agua sus patas de caballo y comenzó a cruzar el Río de las Torres Interrumpidas.

—El País de la Niebla tiene un Rey —dijo el Glashan, cuando estaban en medio del río.

—Eso, Glashan, lo sé —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Está bien —dijo el Glashan. Y después, cuando habían cruzado tres cuartas partes, dijo: —Quizá no sepas que el Rey del País de la Niebla te matará.

—Quizá sea yo quien lo mate a él —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Serías un muchachito valiente si hicieras eso —dijo el Glashan—.

Pero no lo harás.

Prosiguieron. El agua llegaba a la cintura del Glashan, pero eso no le causaba problema alguno. Tan apcho era el río, que estuvieron cruzándolo todo el día. En una ocasión, el Glashan tiró al agua al Hijo del Rey, al agacharse para agarrar una anguilla.

Dijo el Hijo del Rey de Irlanda: —Y, ¿cómo se encuentra vigilado el Castillo del Rey del País de la Niebla, Glashan?

—Tiene siete puertas —dijo el Glashan.

—Y, ¿cómo están vigiladas esas puertas?

—Estoy cansado —dijo el Glashan— y no puedo hablar.

—Dímelo, o voy a retorcerte las orejas de caballo hasta arrancartelas de tu cabeza.

—Bueno, la primera está vigilada sólo por un chorlito. Se sienta en el tercer pináculo enfrente de la puerta y, cuando alguien se acerca, se eleva y vuela alrededor del Castillo, chillando hasta que sus agudos chillidos alertan a los demás vigilantes.

—¿Y qué otros vigilantes hay?

—Ah, estoy cansado y no puedo hablar más.

El Hijo del Rey de Irlanda le retorció las orejas de caballo, y entonces el Glashan dijo:

—La segunda puerta está vigilada por cinco lanceros.

—¿Y cómo está vigilada la tercera puerta?

—La tercera puerta está vigilada por siete guerreros.

—¿Y cómo está vigilada la cuarta puerta?

—La cuarta puerta está vigilada por el propio Rey del País de la Niebla.

—¿Y la quinta puerta?

—La quinta puerta está vigilada por el propio Rey del País de la Niebla.

—¿Y la sexta puerta?

—La sexta puerta está vigilada por el Rey del País de la Niebla.

—Y, ¿cómo está vigilada la séptima puerta?

—La séptima puerta está vigilada por una Bruja.



—¿Sólo por una Bruja?

—Por una Bruja con uñas envenenadas. Pero ahora estoy cansado y no voy a hablarte más. Si pudiera encender una lumbre ahora, me fumaría una pipa.

Siguieron adelante sin parar y, justo al despunte del día, llegaron a la otra ribera del Río de las Torres Interrumpidas. El Hijo del Rey de Irlanda saltó de los hombros del Glashan y penetró en la niebla.

## II

Llegó adonde se asomaban torrecillas y pináculos por sobre la niebla. Trepó la roca sobre la que estaba construido el Castillo. Llegó a la primera puerta y, entonces, el chorrillo que estaba arriba en el tercer pináculo se elevó y voló alrededor del Castillo dando agudos chillidos.

El Hijo del Rey recogió un fragmento de roca del suelo y lo lanzó contra la puerta. La abrió de golpe. Entonces, se precipitó hacia adentro y se lanzó a través del primer patio del Castillo.

Mientras iba hacia la segunda puerta, ésta se abrió con violencia, y los cinco lanceros se abalanzaron sobre él. Pero no habían contado con lo que los enfrentaría: la Espada de la Luz, en las manos del Hijo del Rey de Irlanda.

Su golpe cortó las puntas de las lanzas, separándolas de sus empuñaduras, y su rápido destello encandiló los ojos de los lanceros. A todos y cada uno de ellos infligió una herida de muerte. Se precipitó a través de la segunda puerta y dentro del tercer patio.

Pero, al hacerlo, la tercera puerta se abrió de un golpe y aparecieron siete guerreros. Se dispusieron conformando un semicírculo y avanzaron hacia el Hijo del Rey de Irlanda. Él les encandiló los ojos con una amplia vuelta de su espada; la dirigió con la velocidad de un

dardo hacia cada uno de los siete guerreros, infligiendo, también a ellos, heridas de muerte.

Pasando a través del tercer patio, fue hacia la cuarta puerta. Mientras lo hacía, ésta se abrió lentamente y un solo campeón hizo su aparición. Cerró la puerta tras él y se plantó con una larga espada gris en su mano. Era el Rey del País de la Niebla. Sus hombros estaban donde estaría la cabeza de un hombre alto. Su cara era como de piedra, y sus ojos nunca habían mirado a un adversario sino con desprecio.

Cuando su enemigo inició el ataque, el Hijo del Rey de Irlanda no tuvo fuerzas más que para defenderse de aquella ponderosa espada. Tenía la Espada de la Luz como defensa, y bien que lo defendió esa hoja resplandeciente y veloz. Ambos lucharon a través del patio, ablandando lugares duros y endureciendo lugares blandos con su pisotear. Lucharon desde cuando era temprano hasta cuando fue mediodía, y lucharon desde cuando era mediodía hasta bien entrada la tarde. Y ni una sola herida infligió el Hijo del Rey de Irlanda al Rey del País de la Niebla, y ni una sola herida le hizo el Rey del País de la Niebla a él.

Pero el Hijo del Rey de Irlanda se iba fatigando y se debilitaba. Sus ojos estaban agotados de vigilar los golpes y estocadas de la espada que batallaba contra él. Sus brazos apenas podían sostener la propia espada. El corazón se le convirtió en una corriente de sangre a punto de brotar de su pecho.

Y entonces, cuando estaba casi por sucumbir con su cabeza bajo la espada del Rey del País de la Niebla, un nombre se elevó por sobre todos sus pensamientos: "Fedelma". Si se abatía, y la espada del Rey del País de la Niebla caía sobre él, ella jamás sería salvada. La voluntad se fortaleció nuevamente en el Hijo del Rey de Irlanda. Su corazón se convirtió en algo que latía con regularidad. Sintió desaparecer el peso que tenía sobre los brazos. Sostuvo con fuerza la espada en su mano y comenzó a atacar al Rey del País de la Niebla.



Y ahora vio que la espada en la mano de su enemigo estaba gastada y rota por la defensa que la Espada de la Luz le había opuesto. Empezó entonces un fuerte ataque. Mientras la luz iba dejando el cielo y descendía la oscuridad, vio que la fuerza en el Rey del País de la Niebla estaba menguando. La espada en su mano estaba más rota y más gastada. Al final, la hoja era de sólo un palmo desde la empuñadura. Mientras el Rey del País de la Niebla se replegaba hacia la puerta del cuarto patio, el Hijo del Rey de Irlanda saltó sobre él y le atravesó la Espada de la Luz en el pecho. El Rey permaneció erguido, mientras su rostro se volvía extremadamente aterrador. Arrojó lo que quedaba de su espada, y la hoja rota golpeó el pie del Hijo del Rey de Irlanda y se lo traspasó. Entonces, el Rey del País de la Niebla cayó al suelo ante la cuarta puerta.

Tan fatigado por su batallar, tan adolorido por la herida de su pie estaba el Hijo del Rey de Irlanda, que no intentó pasar sobre el cuerpo para ir hacia la quinta puerta. Se devolvió. Descendió por la roca y se dirigió al Río de las Torres Interrumpidas.

El Glashan estaba asando sobre una piedra caliente la anguilla que había sacado del río. —Lava mi herida y dame un refrigerio, Glashan —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

El Glashan le lavó la herida del pie y le dio una porción de la anguilla asada, con berros y agua.

—Mañana al amanecer, volveré —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—. Cruzaré la quinta puerta, la sexta y la séptima y me llevaré a Fedelma.

—Si el Rey del País de la Niebla te lo permite —dijo el Glashan.

—Él está muerto —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—. Yo clavé mi espada en su pecho.

—Y, ¿dónde está su cabeza? —dijo el Glashan.

—Está en su cadáver —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Tendrás entonces otra pelea mañana. Su vida está en su cabeza, y la vida le volverá si no se la cortaste. Es él, te dije, quien vigilará la cuarta puerta, y la quinta, y la sexta.

—Eso no lo creo, Glashan —dijo el Hijo del Rey de Irlanda—. Ya no hay nadie que vigile las puertas, sino la Bruja de la que hablaste. Mañana voy a sacar a Fedelma de su cautiverio, y ambos vamos a dejar el País de la Niebla. Pero ahora tengo que dormir.

Puso la Espada de la Luz a su lado, se tendió en el suelo y se durmió. El Glashan deslizó sus patas de caballo bajo él, sacó la pipa de su oreja y fumó durante toda la noche.

### III

El Hijo del Rey de Irlanda se levantó por la mañana, pero estaba fatigado y adolorido por causa de la herida en su pie. Comió los berros y bebió el agua que el Glashan le diera, y partió al Castillo del Rey del País de la Niebla. —Es sólo una anciana con quien tendré que habérmelas hoy —dijo él—, y después despertaré a Fedelma, mi amor.

Pasó a través de la primera puerta y el primer patio, a través de la segunda puerta y del segundo patio, a través de la tercera puerta y el tercer patio. La cuarta puerta estaba cerrada. Al acercarse a ella, ésta se abrió lentamente, y ahí estaba el Rey del País de la Niebla: tan arrogante, con rostro tan pétreo, y tan despectivo como antes, y en su mano tenía una pesada espada gris.

Lucharon como habían luchado el día anterior. Pero la defensa opuesta por el Hijo del Rey de Irlanda a la espada del Rey del País de la Niebla fue más débil que antes, debido al dolor y la fatiga provenientes de su herida. Pero, a pesar de eso, mantuvo la Espada de la Luz ante él, y la Espada del Rey del País de la Niebla no la pudo superar. Lucharon hasta que se hizo tarde. El corazón en el cuerpo del Hijo del Rey parecía convertido en un chorro de sangre que habría de brotar. Sus ojos pugnaban por salirse de las órbitas. Sus



brazos apenas podían sostener la espada en alto. Cayó sobre una rodilla, pero logró blandir la espada de tal modo que le protegió la cabeza.

Entonces apareció ante él la imagen de Fedelma. Se levantó de un salto, y sus brazos recobraron su poder. El corazón le latió parejo en el pecho. Y, al emprender el ataque contra el Rey del País de la Niebla, vio que la hoja en la mano de éste estaba rota y gastada por los golpes dados contra la Espada de la Luz.

Lucharon con espadas que parecían encenderse mutuamente en chispas y resplandores de luz. Lucharon hasta que la hoja en la mano del Rey del País de la Niebla estuvo gastada hasta el ancho de un palmo sobre la empuñadura. Retrocedió hacia la puerta del quinto patio. El Hijo del Rey de Irlanda saltó hacia él y le atravesó en el pecho la Espada de la Luz. El Rey del País de la Niebla cayó sobre las piedras ante la quinta puerta de su Castillo.

El Hijo del Rey de Irlanda pasó por sobre el cuerpo y fue a la quinta puerta. Entonces recordó lo que le había dicho el Glashan: "Su vida está en su cabeza". Volvió adonde había caído el Rey del País de la Niebla y, con un limpio corte de su espada, separó la cabeza del cuerpo.

Entonces, de la niebla que lo rodeaba todo, salieron tres cuervos. Con pico y garras se hicieron cargo de la cabeza y la levantaron. Se fueron alejando pesadamente, manteniéndose cerca del suelo.

Con su espada en la mano, el Hijo del Rey de Irlanda persiguió a los cuervos. Los siguió, cruzando el cuarto patio, el tercer patio, el segundo y el primero. Salieron volando de la roca sobre la que estaba construido el Castillo y desaparecieron en la niebla.

Supo que tendría que velar junto al cuerpo del Rey del País de la Niebla, de modo que la cabeza no pudiese serle puesta de nuevo. Se sentó delante de la quinta puerta. Lo agobiaban el dolor y la fatiga, el hambre y la sed.

Ansiaba algo que pudiese mitigar su hambre y su sed. Pero sabía

que no podía ir al río por un refrigerio de agua y berros que le daría el Glashan.

Algo cayó a su lado en el patio. Era una hermosa manzana de brillantes colores. Fue a tomarla, pero ella se fue rodando hacia el tercer patio. Él la siguió. Entonces, al mirar hacia atrás, vio que los cuervos se habían posado cerca del cuerpo del Rey del País de la Niebla, sosteniendo la cabeza en sus picos y garras. Volvió corriendo, y los cuervos alzaron nuevamente la cabeza y se fueron volando.

Veló por otro largo rato, y su hambre y su sed lo hicieron ansiar la manzana de brillantes colores que había visto.

Otra manzana cayó. Fue a tomarla, y ésta se alejó rodando. Pero ahora el Hijo del Rey de Irlanda no pensó en nada más que en la manzana de brillantes colores. La siguió mientras rodaba.

Rodó a través del tercer patio, y del segundo y del primero. Rodó fuera de la primera puerta y siguió rodando hacia la roca sobre la que estaba construido el Castillo. Rodó fuera de la roca. El Hijo del Rey de Irlanda saltó hacia abajo y vio a la manzana convertirse en la cabeza y pico de un cuervo. Trepó por la roca y volvió corriendo. Y cuando entró en el primer patio, vio que los tres cuervos habían vuelto nuevamente. Habían traído la cabeza al cuerpo, y cuerpo y cabeza estaban ahora unidos. El Rey del País de la Niebla se erguía de nuevo, con la cabeza vuelta hacia su hombro izquierdo; fue entonces a la sexta puerta y recogió una espada que estaba junto ella.

## IV

Libraron su última batalla delante de la sexta puerta. La defensa que opuso el Hijo del Rey de Irlanda fue débil y, si el Rey del País de la Niebla hubiese logrado volverse completamente hacia él, lo ha-





bría podido desarmar y matar. Pero la cabeza había sido puesta de tal modo sobre su cuerpo, que miraba por encima de su hombro izquierdo. Logró llevar la espada hacia abajo, hasta el pecho del Hijo del Rey de Irlanda, y herirlo. El Hijo del Rey hizo girar la espada por sobre su propia cabeza, la lanzó al enemigo de la cabeza torcida y la espada le voló la cabeza. El Rey del País de la Niebla cayó al suelo.

El Hijo del Rey de Irlanda vio, en el cuello estirado, la marca de la otra decapitación. Recogió de nuevo la Espada de la Luz y se preparó para defender la cabeza de todo cuanto pudiese venir por ella.

Pero no vino criatura alguna. Y entonces; el cabello en la cabeza cortada se desprendió y fue llevado por el viento. Los huesos de la cabeza se hicieron polvo y la carne se hizo espuma, y todo fue llevado por el viento.

Entonces, el Hijo del Rey de Irlanda cruzó el sexto patio y llegó a la séptima puerta. Y, ante ella, vio al último de los centinelas: una Bruja que estaba sentada encima de un estanque de agua sacando palomas blancas de un canasto y arrojándolas a los cuervos que bajaban volando de los muros y hacían pedazos a las palomas.

Cuando la Bruja vio al Hijo del Rey de Irlanda, de un salto bajó del estanque de agua y corrió hacia él con los brazos estirados y largas uñas envenenadas. Con un golpe de la espada, él le cortó las uñas de las manos. Unos cuervos recogieron las uñas y, entonces, al tratar de alejarse volando, caían muertos.

—La Espada de la Luz te segará la cabeza si no me llevas al momento adonde está Fedelma —dijo el Hijo del Rey de Irlanda.

—Lamento hacerlo —dijo la Bruja—, pero ven, puesto que eres el vencedor.

Siguió a la Bruja al interior del Castillo. En una red, colgando al través de una habitación, vio a Fedelma. Ella estaba inmóvil, pero respiraba. Y la rama de espinos blancos que la pusiera a dormir seguía fresca junto a ella. Hebras de su brillante cabello salían por entre las

mallas de la red y estaban prendidas al muro. Con un golpe de la Espada de la Luz cortó las hebras.

Los ojos de Fedelma se abrieron. Vio al Hijo del Rey de Irlanda; la luz plena volvió a sus ojos, y la vida plena, a su rostro.

Él cortó la red de donde estaba colgada y la extendió en el suelo. Abrió las mallas de un corte. Fedelma se levantó de entre la red y vino a sus brazos.

Él la alzó y la sacó en brazos al séptimo patio. Entonces, la Bruja que había sido uno de los centinelas salió del Castillo, cerró la puerta tras de sí y huyó hacia la niebla, con tres cuervos que la siguieron volando.

Y en lo que concierne a Fedelma y al Hijo del Rey de Irlanda, ellos atravesaron los patios del Castillo y las nieblas del país, y descendieron al Río de las Torres Interrumpidas. Encontraron al Glashan asando un salmón sobre piedras calientes. Venían salmones del mar, y el Glashan se metió en el río y pescó más, los asó y los dio a comer al Hijo del Rey de Irlanda y a Fedelma. Una gallinita de agua de color negro salió del río, y ellos la alimentaron. Al día siguiente, el Hijo del Rey de Irlanda pidió al Glashan que tomara a Fedelma sobre sus hombros y la llevara a la otra orilla del Río de las Torres Interrumpidas. Él a su vez siguió a la negra gallinita de agua, que le mostró todas las partes bajas del río, de modo que cruzó sin que el agua le pasara más arriba de la cintura. Pero, cuando llegó al otro lado y se encontró con el Glashan y Fedelma que lo esperaban, venía casi muerto de frío y de fatiga, y por sus heridas en el pecho y en el pie.

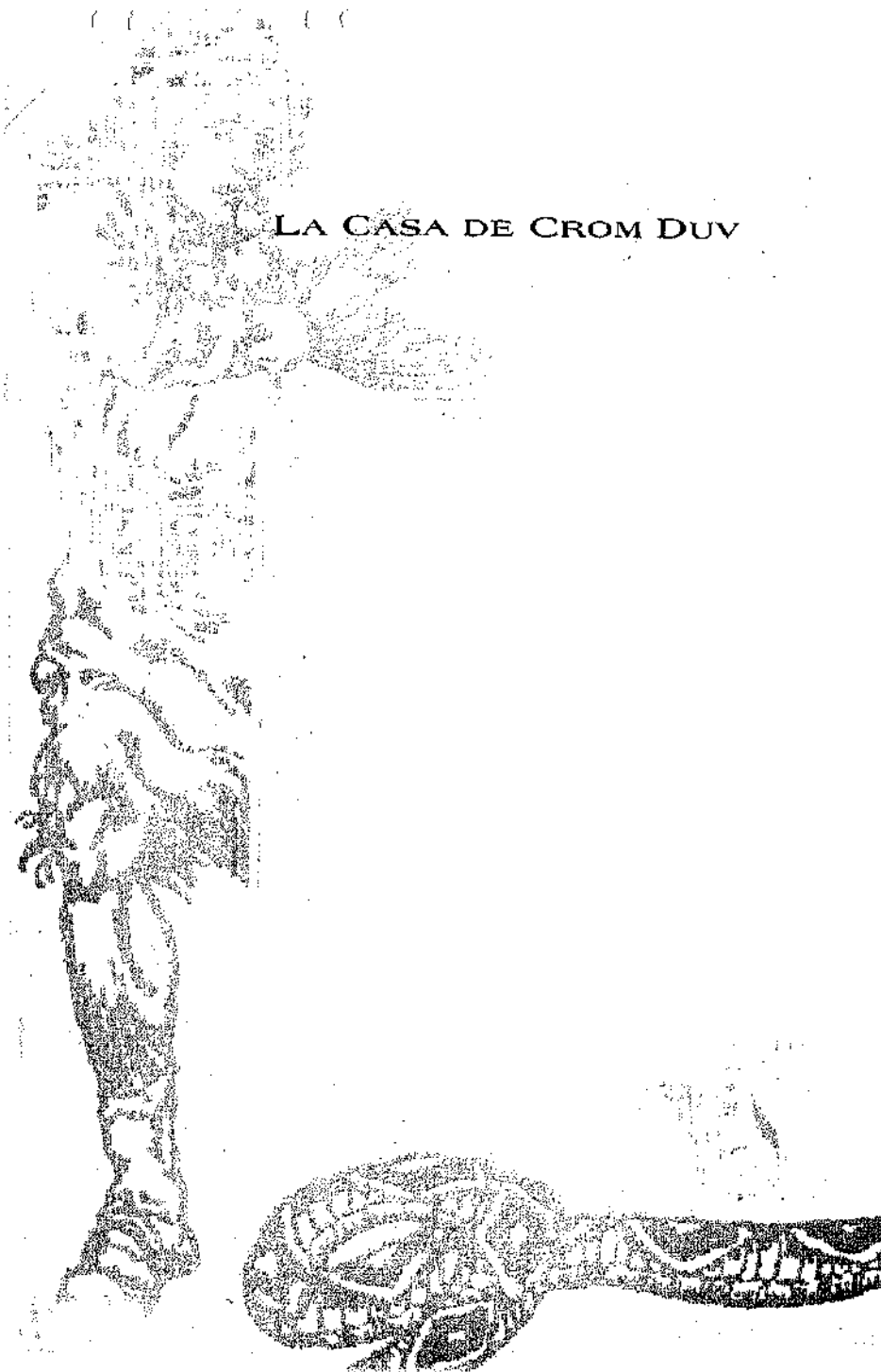
Volvieron a comer salmón y descansaron durante un día. Dijeron adiós al Glashan, quien volvió al río a pescar salmones. Después, se fueron por la orilla del río tomados de la mano, mientras el Hijo del Rey de Irlanda contaba a Fedelma todas las cosas que le habían sucedido en su búsqueda de ella.

Llegaron adonde el río pasaba a ser conocido como el Río del



Lucero del Alba. Y entonces, en la distancia, vieron el Monte de los Cuernos. Hacia el Monte de los Cuernos se encaminaron y, en la ladera más cercana, encontraron una casa techada con el ala de un pájaro. Era la casa del Pequeño Sabio de la Montaña, y a la casa del Pequeño Sabio de la Montaña fueron ahora Fedelma y el Hijo del Rey.

## LA CASA DE CROM DUV





La historia trata ahora de Flann. Pasó por la puerta Este de la Aldea del Castillo Rojo y emprendió viaje rumbo a la casa de las Brujas de los Dientes Largos, donde podría enterarse de qué Reina y qué Rey fueron su madre y su padre. Es con el joven Flann, llamado una vez Gilly de la Piel de Cabra, con quien iremos, si es que eso te place. Hijo de mi Corazón. Prosiguió su camino al atardecer, cuando, así como dijo el bardo:

El mirlo trina sus metálicos trinos  
contra las lindes del día,  
y dejado soy en mi camino  
con una estrella en la senda mía.

Y prosiguió su camino por la noche, cuando, como el mismo bardo dijo:

La noche se lo ha contado a los montes  
y lo ha contado a la perdiz en el nido,  
y en las largas sendas blancas lo ha dejado;  
ella, en vez de reposo, dará luz.

Y siguió adelante entre el crepúsculo y la aurora, cuando, como el mismo bardo volvió a decir:

He aquí que el cielo está cubierto  
como por una prodigiosa mortaja:  
una luz de desamparo se extiende  
entre la tierra y la nube.

Y siguió adelante al amanecer, cuando, como dijo el bardo (y ésta es la última estrofa que hizo, pues el Rey dijo que no había nada en absoluto en su aventura):

En el silencio de la mañana  
pasaba yo mismo, yo mismo  
por donde árboles solos ramas mecen  
contra los claros del cielo.

Y entonces, cuando el sol se asomaba por encima de los primeros montes altos, llegó a un río. Sabía que era el río que una vez él siguiera, ya que ningún otro río en el país era tan ancho ni llevaba tanta agua. Puesto que aquella vez había avanzado a favor de la corriente del río, pensó que ahora habría de ir en contra de la corriente, y que así podría regresar a los valles y colinas, y a las hondonadas pantanosas desde los que había partido.

Se encontró con un Pescador que estaba secando sus redes, y a quien preguntó qué nombre tenía el río. El Pescador dijo que tenía dos nombres. Las gentes de la orilla derecha lo llamaban el Río del Amanecer, y las gentes de la orilla izquierda lo llamaban el Río del Lucero del Alba. Y el Pescador le dijo que habría de tener cuidado de no llamarlo el Río del Lucero del Alba cuando estuviera en la orilla derecha, ni tampoco el Río del Amanecer cuando estuviese

en la izquierda, puesto que las gentes de una y otra orilla querían mantener el nombre que sus antepasados le tenían, y eran rudos con el forastero que le daba un nombre diferente. El Pescador dijo a Flann que lamentaba haberle dicho los dos nombres para el Río, y que lo mejor que podía hacer era olvidar uno de los nombres y llamarlo sólo el Río de Lucero del Alba, puesto que estaba en la orilla izquierda.

Flann siguió adelante con el día extendiéndose ante él y, pasada la culminación del mediodía, llegó a los valles y colinas y hondonadas pantanosas desde los que había partido. Siguió adelante con el claro día yendo ante él y la noche parda viniendo tras él y, al anochecer, llegó al negro y quemado lugar donde las Brujas de los Dientes Largos tenían su casa de piedra.

Vio la casa con su humareda que le salía por cada grieta en las piedras. Se dirigió a la puerta cerrada y golpeó con el llamador de piedra.

—¿Quién está afuera? —dijo una de las Brujas.

—¿Quién está adentro? —dijo Flann.

—Las Brujas de los Dientes Largos —dijo una de las Brujas—, y si quieres saberlo, ellas son las mensajeras y convocadoras, las cerveceras y candeleras de Crom Dux, el Gigante.

Flann dio un golpe más fuerte con el llamador, y la puerta cedió de golpe. Entró en la casa llena de humo.

—No eres bienvenido, quienquiera que seas —dijo una de las tres Brujas que estaban sentadas alrededor del fuego.

—Soy el muchacho que se llamaba Gilly de la Piel de Cabra, a quien criasteis aquí —dijo él—, y he vuelto a vosotras.

Las tres Brujas se volvieron entonces del fuego y le chillaron.

—Y, ¿qué te trajo de vuelta a nosotras, muchacho Jorobado? —dijo la primera Bruja.

—Volví para haceros decirme qué Reina y qué Rey fueron mi madre y mi padre.



—¿Por qué habrías de creer que un Rey y una Reina fueron tu padre y tu madre? —le dijeron.

—Porque tengo sobre mi pecho las estrellas del hijo de un Rey —dijo Flann—, y —dijo—, tengo en la mano una espada que os hará decírmelo.

Se les aproximó, y ellas se asustaron. Entonces, la primera Bruja dobló su rodilla ante él, y dijo: —Afloja la solera del hogar con tu espada y encontrarás una señal que te hará saber quién era tu padre.

Flann metió la espada bajo la solera del hogar y la levantó, haciéndole palanca. Pero, de ser una señal, aquello que había bajo la solera era una cosa maligna: un basilisco. Había sido empollado del huevo de una serpiente por un gallo negro de nueve años. Tenía la cabeza y la cresta de un gallo, y el cuerpo de una serpiente negra. El basilisco se irguió sobre su cola y miró a Flann con ojos rojos. La visión de esta cabeza lo mareó, y él cayó al suelo. Entonces, el basilisco se agachó, y las Brujas pusieron la solera sobre él.

—¿Qué haremos con el muchacho? —dijo una de las Brujas, mirando a Flann que estaba desvanecido en el suelo.

—Córtale la cabeza con la espada con que nos amenazó —dijo otra.

—No —dijo la tercera Bruja—. Crom Duv el Gigante necesita un sirviente. Que tome a este muchacho. Entonces quizá el Gigante nos dará lo que por tanto tiempo nos ha prometido: una baya, para cada una de nosotras, del Serbal Encantado que crece en su patio.

—Que así sea, que así sea —dijeron las otras Brujas. Echaron ramas verdes al fuego de modo que Crom Duv viera el humo y viniera a la casa. Vino por la mañana. Sacó fuera a Flann y, después de un rato, éste recuperó el sentido. Entonces el Gigante le amarró los brazos con una cuerda y lo hizo caminar delante de él, empujándolo con una larga pica de hierro que tenía por báculo.

## II

Los brazos de Crom Duv se alargaban hasta sus torcidas rodillas; en la boca tenía largos, amarillos y amontonados dientes de caballo; su labio inferior estaba caído, y retraído el labio superior; en la cabeza tenía una desgredada alfombra de pelo. Era alto como un montón de heno. Llevaba en su torcida mano una pica de hierro aguzada en la punta. Y dondequiera que fuese, iba tan rápido como una mula corredora.

Le ató a Flann las manos a la espalda y enrolló la cuerda alrededor del cuerpo de Flann. Entonces partió. Flann iba siendo tirado como si fuera detrás de una carreta. Fue acarreado por sobre zanjas y a través de arroyos; montes arriba y hondonadas abajo. Después, llegaron a una planicie tan redonda como la rueda de una carreta. Cruzaron la planicie y entraron en un bosque de una milla de largo. Más allá del bosque había construcciones, con tales muros y tales montones de piedras como Flann nunca antes viera.

Pero antes de que se hubiesen internado en el bosque, llegaron a un alto montículo cubierto de hierba. Y, plantado sobre ese montículo cubierto de hierba, hallábase el más enorme toro que Flann hubiese visto jamás.

—¿Qué toro es éste, Gigante? —dijo Flann.

—Mi propio toro —dijo Crom Duv—, el Toro del Montículo. Vuélvete a mirarlo, muchachito. Si alguna vez tratas de escapar de mi servicio, mi Toro del Montículo te lanzará al aire y te pisoteará contra el suelo.— Crom Duv sopló un cuerno que traía cruzado en el pecho. El Toro del Montículo vino corriendo ladera abajo, bufando. Crom Duv gritó, y el toro se quedó quieto, con su tremenda cabeza agachada.

El corazón de Flann, te digo, se agobió al ver al toro que guardaba la casa de Crom Duv. Se internaron entonces en el profundo bosque y llegaron al portón del Torreón del Gigante, en el que sólo había una



Flann iba siendo tirado...

cadena atravesada; Crom Duv levantó la cadena. El patio estaba lleno de ganado: negro y rojo y rayado. El Gigante amarró a Flann a un poste de piedra. —¿Estás ahí, Morag, mi establero? —gritó.

—Aquí estoy —dijo una voz desde el establo. En el establo había más vacas, y alguien las estaba ordeñando.

El suelo del patio estaba cubierto de paja; Crom Duv se acostó sobre ella y se puso a dormir, mientras el ganado patullaba a su alrededor.

Un gran muro de piedra se construía a todo el rededor del Torreón del Gigante; un muro de seis pies de grosor y de hasta veinte pies de altura en algunos puntos, y en otros, de hasta doce. El muro aún estaba en construcción, puesto que montones de piedras y grandes calderos de mezclado se hallaban por ahí. Y justo ante la puerta del Torreón estaba el Serbal, que crecía a gran altura. En lo más alto de la copa del árbol había racimos de bayas rojas. Gatos merodeaban en las ramas principales del árbol, y más gatos, en sus ramas más pequeñas: grandes gatos amarillos. Más gatos amarillos salieron de la casa y vinieron hacia Flann. Lo miraron de hito en hito y se devolvieron, maullándose unos a otros.

Las vacas que estaban en el patio entraron una por una en el establo al ser llamadas por la voz de la establero. Crom Duv aún dormía. Poco a poco, una gallinita roja que picoteaba por el patio se acercó a Flann y, sosteniendo la cabeza en alto, lo miró de arriba a abajo.

Cuando la última vaca hubo entrado y el último chorro de leche hubo resonado en el cubo de ordeñar, la establero salió al patio. Flann pensó que vería a una criatura de largos brazos como el mismo Crom Duv. En vez de eso, vio a una muchacha de ojos amables y bondadosos, pero con un rostro picado y un pelo hirsuto, que la afeaban. —Soy Morag, la establero de Crom Duv —dijo ella.

—¿Es que Crom Duv va a matarme? —dijo Flann.

—No. Te hará servirte —dijo la establero.

—Y, ¿qué me hará hacer para él?

—Te hará ayudarte a construir su muro. Crom Duv sale cada mañana a llevar su ganado a pastar en la planicie. Y cuando vuelve, eleva el muro alrededor de su casa. Te hará mezclar argamasa y llevársela, puesto que le escuché decir que necesita un sirviente para que lo haga.

—Me escaparé de esto —dijo Flann—, y te llevaré conmigo.

—¡Hist! —dijo Morag, y señaló a siete gatos amarillos que estaban plantados en la puerta de Crom Duv, vigiándolos—. Los gatos —dijo ella— son los vigilantes de Crom Duv aquí, y el Toro del Montículo es su vigilante afuera.

—Y esta Gallinita Roja, ¿es también un vigilante? —dijo Flann, puesto que la Gallinita Roja los estaba observando de reojo.

—La Gallinita Roja es mi amiga y consejera —dijo Morag, y entró en la casa con dos baldes de leche.

Crom Duv despertó. Desató a Flann y lo dejó libre. —Debes mezclar argamasa para mí ahora —dijo. Entró en el establo y salió con un gran cubo de leche. Lo dejó en el suelo cerca del caldero de mezclado. Fue al costado de la casa y volvió con una batea de sangre.

—¿Para qué son estas cosas, Crom Duv? —dijo Flann.

—Para mezclarlas en la argamasa, gánán —dijo el Gigante—. Sangre de buey y leche fresca son las cosas con las que mezclo mi argamasa, de modo que nada pueda derrumbar los muros que estoy construyendo alrededor del Serbal Encantado. Cada día mato un buey y cada día mi establero llena un cubo de leche para mezclar mi argamasa. Aplícate ahora y mezcla la argamasa para mí.

Flann trajo cal y arena al caldero de mezclado y las mezcló con sangre de buey y leche fresca. Llevó piedras a Crom Duv. Y así trabajó hasta que oscureció. Entonces Crom Duv bajó de donde estaba construyendo y le dijo a Flann que entrara en la casa.

Los gatos amarillos estaban ahí, y Flann contó dieciséis de ellos. Afuera había ocho más, en las ramas o alrededor del tronco del Serbal.

Morag entró, trayendo una gran fuente de avena cocida con leche. Crom Duv tomó una cuchara de madera y comió avena de una vasija de leche tras otra. Después, gritó por su cerveza, y Morag le trajo vasija tras vasija de cerveza. Crom Duv vació una tras otra. Entonces gritó pidiendo su cuchillo y, cuando Morag lo trajo, comenzó a afilarlo, cantando para sí una curiosa canción.

—Está afilando un cuchillo para matar un buey por la mañana —dijo Morag—. Ven ahora y te daré tu cena.

Lo llevó a la cocina en la parte de atrás de la casa. Le dio avena cocida y leche, y él comió su cena. Después, ella le mostró una escalera que conducía a un cuarto arriba; él subió ahí y se hizo una cama. Durmió profundamente, a pesar de que soñó con los veinticuatro gatos amarillos que estaban adentro, y con el enorme Toro del Montículo, que estaba afuera del Torreón de Crom Duv.

### III

Así es como pasaban los días en la casa de Crom Duv. El Gigante y sus dos sirvientes, Flann y Morag, se levantaban al abrir el día. Crom Duv hacía sonar su cuerno, y el Toro del Montículo bramaba una respuesta. Entonces comenzaba a trabajar en su muro, haciendo que Flann acarreará argamasa para él. Morag encendía el fuego y ponía las ollas a hervir. Potes de avena cocida, fuentes de mantequilla y cacerolas de leche se hallaban sobre la mesa cuando Crom Duv y Flann entraban a tomar su desayuno. Después, cuando el Gigante había conducido el ganado a pastar, Flann limpiaba el establo y hacía la argamasa, mezclando cal y arena con sangre de buey y leche fresca. En la tarde, el Gigante volvía, y él y Flann retomaban el trabajo en el muro.

Todo el tiempo los veinticuatro gatos amarillos estaban echados en las ramas del Serbal o caminaban por el patio o lamían con avidez gran-



des tuestos de leche. La Gallinita Roja de Morag iba dando saltitos alrededor del patio. Parecía estar soñolienta o estar siempre cavilando sobre algo. Si uno de los veinticuatro gatos amarillos la miraba, la Gallinita Roja, despabilándose, murmuraba algo y se alejaba de un salto.

Un día, el ganado volvió a casa sin Crom Duv. —Se ha ido en uno de sus viajes —dijo Morag— y no volverá por una noche y un día.

—Entonces es tiempo de que me escape —dijo Flann.

—¿Y cómo podrías escaparte, querido mío, querido mío? —dijo Morag—. Si te vas por el frente, el Toro del Montículo te lanzará al aire y te pisoteará contra el suelo.

—Pero yo tengo la fuerza, la astucia y la diligencia suficientes para trepar el muro de atrás.

—Pero si trepas el muro de atrás —dijo Morag—, sólo llegarás al Foso de Agua Envenenada.

—¿El Foso de Agua Envenenada?

—El Foso de Agua Envenenada —dijo Morag—. El agua envenena la piel de cualquier criatura que intente cruzar el Foso nadando.

Flann se desalentó al enterarse de la existencia del Foso de Agua Envenenada. Pero tenía la firme determinación de trepar el muro. —Ya encontraré algún modo de cruzar el agua envenenada —dijo él—, por lo que homea mi pan y dame provisiones para el viaje.

Morag coció un bizcocho y lo puso en la plancha que cuelga sobre el fogón. Cuando estuvo homeado, lo envolvió en un paño y se lo dio.

—Recibe mi bendición junto con él —dijo ella— y, si escapas, ojalá encuentres a alguien que sea mayor ayuda para ti que lo que fui yo. Ahora tengo que impedir que los veinticuatro gatos te estén mirando mientras trepas el muro.

—Y, ¿cómo vas a hacer eso? —dijo Flann.

Ella le mostró lo que haría. Con un trozo de vidrio hizo sobre el muro del establo sombras de pájaros volando. Los pájaros nunca volaban por encima de la Casa de Crom Duv, y los gatos se sintieron muy cautivados por las apariciones que Morag hacía con el trozo de

vidrio. Seis gatos se pusieron a mirar; después vinieron otros seis y, después de ellos, seis más, y después de ellos vinieron los seis que vigilaban en el Serbal. Y los veinticuatro gatos amarillos se sentaron alrededor, observando con ojos encendidos los pájaros que Morag hacía aparecer sobre el muro del establo. Flann miró hacia atrás; la vio sentada en una piedra, y pensó cuán solitaria se veía la establera.

Lo intentó con toda su diligencia, toda su astucia y toda su fuerza. Y al fin trepó el muro en la parte de atrás de la casa de Crom Duv. Dio un silbido para hacer saber a Morag que ya estaba al otro lado. Entonces, se fue cruzando un pequeño bosque y llegó al Foso de Agua Envenenada.

Muy feo era el aspecto del agua muerta. Feas estacas apuntaban desde el lodo para pinchar a cualquier criatura que intentase cruzar. Y, por aquí y por allá, había sobre el agua manchones de veneno verde, grandes como hojas de repollo. Flann retrocedió del Foso. Saltarlo no podía, y a cruzarlo a nado no se arrevió.

Y, justo al retroceder, vio que por la orilla opuesta bajaba una criatura que conocía. Era Rory el Zorro. Rory llevaba en su hocico la piel de un ternero. Tiró la piel dentro del agua y la empujó delante de él. Entonces se metió al agua y nadó muy cautelosamente, empujando siempre la piel del ternero por delante de él. Luego, Rory trepó a la orilla en que estaba Flann, y la piel, toda verde y arrugada, se hundió en el agua.

Rory iba a escabullirse, pero entonces reconoció a Flann. —Amo —dijo, y lamió el polvo del suelo.

—¿Qué estás haciendo aquí, Rory? —dijo Flann.

—No me importaría decirte si tú prometes no decirlo a ninguna otra criatura —dijo Rory.

—No lo diré —dijo Flann.

—Bueno entonces —dijo Rory—. He trasladado a mi pequeña familia para acá. Me estuvieron acosando afanosamente, y mi pequeña familia no estaba a salvo. Por lo tanto, los trasladé para acá.— El zorro



se volvió y echó una mirada en derredor hacia el campo detrás de él.  
—Me resultaba muy conveniente —dijo—. Ninguna criatura pensaría en cruzar este foso tras de mí.

—Bueno —dijo Flann—, cuéntame cómo logras cruzarlo.

—Lo haré —dijo el zorro—, si prometes que nunca nos cazarás, ni a mí ni a ninguno de mi pequeña familia.

—Lo prometo —dijo Flann.

—Resulta —dijo Rory— que el agua envenena toda piel. Pues bien, la razón de que fuera empujando la piel del ternero fue que ésta pudiera extraer el veneno del agua. El agua envenena toda piel. Pero por donde pasa la piel, el veneno es quitado del agua por un rato, y una criatura viviente puede cruzar detrás de ella si es cautelosa.

—Te agradezco por mostrarme la manera de cruzar el foso —dijo Flann.

—No es molestia habértela mostrado —dijo Rory el Zorro, y se fue a su madriguera.

Había pieles de venado y de ternero a ambos lados del foso. Flann tomó una piel de ternero, la empujó al agua con un palo y nadó con cautela detrás de ella. Cuando alcanzó la otra orilla del foso, la piel, toda verde y arrugada, se hundió en el agua.

Flann saltó y rió y gritó cuando se encontró en el bosque y libre de la casa de Crom Duv. Siguió adelante. Fue grandioso ver al pájaro carpintero martilleando en la rama, y verlo detenerse, ocupado como estaba, para decir "Pase, amigo". Dos jóvenes venados salieron de la espesura del bosque. Eran demasiado jóvenes y demasiado inocentes como para tener algo que decirle, pero brincaban junto a Flann mientras éste corría por el Sendero del Cazador. Volvió a saltar y a gritar cuando vio el río ante él; el río que se llamaba el Río del Amanecer en la orilla derecha y el Río del Lucero del Alba, en la Izquierda. Y dijo para sí: "Esta vez, lo prometo, haré todo el camino con el río. Algo que se mueve es un deleite para mí. El río es la más maravillosa de todas las cosas que he visto en mis viajes".

Pensó entonces que comería un poco del bizcocho que Morag había

horneado para él. Se sentó y lo partió. Entonces, mientras comía, el recuerdo de Morag vino a su mente. La evocó poniendo el bizcocho en la plancha sobre el fogón. Avanzó un trecho a lo largo del río y luego comenzó a sentirse solo. Se devolvió. —Iré a la Casa de Crom Duv —dijo— y mostraré a Morag la manera de escapar. Entonces ella y yo seguiremos el río, y no estaré solo mientras ella esté conmigo.

Por lo que Flann se devolvió por el Sendero del Cazador. Llegó al Poso de Agua Envenenada. Encontró una piel de venado, la empujó al agua y nadó entonces, cuidadosamente, cruzando el foso. Trepó luego el muro y, cuando asomó la cabeza por sobre él, vio a Morag. Ella lo aguardaba.

—Crom Duv no ha vuelto aún —dijo ella—, pero, oh querido mío, querido mío, no puedo impedir que los gatos amarillos te vean pasar por el muro.

Primero vinieron seis gatos y luego seis más y se sentaron alrededor y miraron a Flann bajar del muro. No le hicieron nada, pero, después de que hubo bajado al suelo, lo seguían dondequiera que fuese.

—Cruzaste el foso —dijo Morag—, ¿por qué volviste entonces?

—Volví —dijo Flann— para llevarte conmigo!

—Pero —dijo ella—, yo no puedo dejar la casa de Crom Duv.

—Yo te mostraré cómo cruzar el foso —dijo él—, y ambos estaremos felices de ir siguiendo el río que fluye.

Acudieron lágrimas a los ojos de Morag. —Iría contigo, querido mío, querido mío —dijo ella—, pero no puedo dejar la casa de Crom Duv hasta que consiga aquello por lo que vine.

—Y, ¿qué fue aquello por lo que viniste, Morag? —dijo él.

—Vine —dijo ella— por dos de la serbas que crecen en el Serbal Encantado del patio de Crom Duv. Ahora sé que conseguir estas bayas es la tarea más difícil del mundo. Ven adentro y, si nos sentamos a la mesa de la cena por tiempo suficiente, te contaré mi historia.

Se sentaron a la mesa de la cena por largo rato, y Morag contó:





## LA HISTORIA DE MORAG

### IV

Fui criada en la casa de la Mujer-Adivina con dos niñas más: Baun y Deelish, mis hermanas de crianza. La casa de la Mujer-Adivina está en la cima de una loma, lejos de todo lugar, y casi nadie pasa alguna vez por ahí.

Una mañana fui al pozo por agua, y cuando miré dentro de él, no vi mi propia imagen, sino la imagen de un joven. Subí mi cántaro lleno de agua y volví a la casa de la Mujer-Adivina. Al mediodía, Baun fue al pozo por agua. Volvió, y su cántaro sólo estaba lleno hasta la mitad. Antes del anochecer, Deelish fue al pozo y volvió sin cántaro, puesto que éste cayó y se quebró en las losas del pozo.

Al día siguiente, ambas, Baun y Deelish, trenzaron sus cabellos y dijeron a quien era la madre adoptiva de nosotras tres: —Nadie va a

venir a casarse con nosotras en este apartado lugar. Iremos al mundo a buscar nuestra ventura. Por lo que —dijeron— homea un bizcocho para cada una antes de que caiga la noche.

La Mujer-Adivina puso tres bizcochos en la plancha sobre el fogón, y los homeó. Y cuando estuvieron horneados, ella dijo a Baun y a Deelish:

—¿Quiere cada una de vosotras recibir la mitad de un pan y mi bendición, o el pan entero sin mi bendición?— Y ambas, Baun y Deelish, dijeron: —El pan entero apenas será suficiente para nuestro viaje.

Tomó cada una su pan bajo el brazo y descendió por el sendero de la loma. Entonces yo me dije: "Sería bueno ir tras mis hermanas de crianza, puesto que les puede sobrevenir una desventura en el camino". Por lo tanto, dije a mi madre adoptiva: —Dame el tercer pan que está en la plancha, para mientras voy en pos de mis hermanas de crianza.

—¿Quieres tomar la mitad del pan con mi bendición, o el pan entero sin mi bendición? —me dijo ella.

—La mitad del pan y tu bendición, madre —dije yo.

Cortó ella el pan en dos con un cuchillo de mango negro y me dio la mitad justa de él. Entonces, dijo ella:

¡Que las Siete Hijas  
del antiguo mar —  
las que hilan  
los hilos más largos de la vida,  
te protejan y te guarden!

Luego puso sal en mi mano; puso a la Gallinita Roja bajo mi brazo, y partí.

Entonces, seguí adelante hasta que llegué a avistar a Baun y Deelish. Justo cuando les daba alcance, oí a una decirle a la otra:



—Esta muchacha fea y pecosa nos hará pasar vergüenza si viene con nosotras.— Me amarraron de pies y manos con una cuerda que encontraron en el camino y me dejaron en un bosque. Me solté la cuerda de las manos y de los pies y corrí y corrí hasta que las avisté nuevamente. Y cuando me acercaba a ellas, oí a una decirle a la otra: —Esta muchacha fea y pecosa afirmará estar emparentada con nosotras dondequiera que vayamos, y no conseguiremos que ningún hombre bueno se case con nosotras.— De nuevo me tomaron y me pusieron en un horno de cal, le atravesaron vigas y pusieron pesadas piedras sobre las vigas. Pero mi Gallinita Roja me mostró cómo salir de la calera. Después corrí y corrí hasta que volví a alcanzar a Baun y Deelish.

—Deja que por esta tarde venga con nosotras —dijo una a la otra—, y mañana encontraremos algún modo de deshacerla de ella.

La noche estaba cayendo ahora, y tuvimos que buscar una casa que nos diera albergue. Vimos una cabaña muy apartada del camino y fuimos hacia su puerta rota. Era la casa de las Brujas de los Dientes Largos. Pedimos albergue. Nos mostraron una gran cama en el dormitorio y nos dijeron que podíamos cenar cuando se hubiese cocido la avena.

Las tres Brujas se sentaron alrededor del fuego con sus cabezas juntas. Baun y Deelish estaban en un rincón trenzándose el cabello, pero la Gallinita Roja me susurró que debía prestar atención a lo que decían las Brujas. —Las entregaremos a Crom Duv por la mañana —dijo una. Y otra dijo: —He puesto un alfiler somnífero en la almohada que estará bajo cada una, y no despertarán.

Cuando escuché lo que decían, hube de pensar en qué podríamos hacer para escapar. Pedí a Baun que me cantara. Dijo que lo haría si le lavaba los pies. Conseguí una palangana de agua y lavé los pies de Baun y, mientras ella cantaba y las Brujas creían que no les prestábamos atención, yo consideré lo que haríamos para escapar.

Las Brujas colgaron un caldero sobre el fuego y las tres se sentaron a su alrededor una vez más.

Después de que hube lavado los pies de mi hermana de crianza tomé una escoba y comencé a barrer el piso de la casa. Una de las Brujas estuvo muy complacida por verme hacer eso. Dijo que yo llegaría a ser una buena sirvienta y, después de un rato, me pidió que me sentara junto al fuego. Me senté en el rincón de la chimenea. Habían puesto el grano molido en el agua, y comencé a revolverlo con una cuchara de palo. Entonces, la Bruja que me había pedido que me acercara al fuego, dijo: —Te daré una buena porción de leche con tu avena cocida si sigues revolviendo el caldero para nosotras.— Escuché era justo lo que yo quería que me dejaran hacer. Me senté en el rincón de la chimenea y seguí revolviendo la avena mientras las Brujas dormitaban ante el fuego.

Primero, tomé una fuente y un cucharón y saqué del caldero un poco de avena a medio cocer. La dejé a un lado. Entonces, bajé la caja de sal que estaba sobre la repisa de la chimenea y mezclé puñados de sal en la avena que quedó en el caldero.

Cuando estuvo cocida, la vacié a otra fuente y llevé ambas fuentes a la mesa. Entonces dije a las Brujas que todo estaba listo. Se acercaron a la mesa y dieron a mis hermanas de crianza y a mí tres escudillas de leche de cabra. Nosotras comimos de la primera fuente, y ellas comieron de la segunda. —Por mi sueño de esta noche —dijo una de las Brujas—, esta avena está salada. —Demasiado poca sal hay en ella para mi gusto —dijo mi hermana Deelish. —Está tan salada como las profundidades del mar —dijo otra de las Brujas —Con todo respeto, doña —dijo Baun—, pero no siento gusto alguno a sal en ella.— Mis hermanas de crianza fueron tan sinceras, que las Brujas creyeron ser ellas las equivocadas y se comieron la fuente llena de avena.

La cama estaba hecha para nosotras, y las almohadas, dispuestas sobre la cama; yo sabía que el alfiler adormecedor estaba en

cada una de las almohadas. Quise postergar el momento de ir a la cama, por lo que empecé a contar historias. Baun y Deelish dijeron que la noche era todavía joven y que no debía contar historias cortas, sino la larga historia de Eithne, la hija de Balor. Justo había comenzado esa historia, cuando una de las Brujas gritó que estaba consumida por la sed.

Corrió al cántaro, y no había agua en él. Entonces, otra Bruja gritó que la sed la estaba estrangulando. La tercera dijo que no podría vivir un minuto más sin un sorbo de agua. La primera Bruja tomó el cántaro y partió al pozo. No bien se hubo ido, la segunda Bruja dijo que no podía esperar que volviera la primera y partió tras ella. Entonces, la tercera pensó que el par se quedaría por demasiado tiempo hablando junto al pozo y partió tras ellas. Inmediatamente, retiré las almohadas de nuestra cama y las puse en la cama de las Brujas, tomando en su lugar las almohadas de ellas.

Las Brujas volvieron con un cántaro a medio llenar y nos ordenaron que nos fuéramos a la cama. Nos fuimos, y ellas se sentaron por un rato bebiendo escudillas de agua. "Crom Duv estará aquí a primera hora de la mañana", le escuché decir a una de ellas. Pusieron las cabezas en las almohadas y, en un abrir y cerrar de ojos, estuvieron profundamente dormidas. Conté entonces a mis hermanas de crianza lo que había hecho y por qué lo había hecho. Se asustaron mucho, pero, viendo a las Brujas tan profundamente dormidas, se tranquilizaron y se durmieron ellas también.

Antes del despunte del día, Crom Duv llegó a la casa. Yo salí afuera y vi al Gigante. Dije que era la sirvienta de las Brujas y que ellas estaban durmiendo aún. Él dijo: —Ellas son mis mensajeras y convocadoras, mis cerveceras, panaderas y candeleras, y no tienen derecho a estar durmiendo tan tarde.— Entonces, se fue.

Yo sabía que las tres Brujas dormirían hasta que sacáramos las almohadas de debajo de sus cabezas. Las dejamos dormir mientras

encendíamos un fuego y nos preparamos el desayuno. Entonces, cuando estuvimos listas para nuestro viaje, sacamos las almohadas de debajo de sus cabezas. Las tres Brujas se despertaron entonces, pero nosotras ya habíamos alcanzado la puerta y dado los tres primeros pasos de nuestro viaje.

## V

Sin ventura ni desventura, llegamos al fin a los dominios del Rey de Senlabor. Baun fue a cantar para las hijas adoptivas del Rey, y Deelish fue a trabajar al pequeño telar en la cámara del Rey. No llevábamos mucho tiempo en la corte del Rey de Senlabor, cuando llegaron ahí dos jóvenes de la corte del Rey de Irlanda; Dermott y Downal eran sus nombres. Donde el Rey de Senlabor había un famoso forjador de espadas, y estos dos venían a aprender de él el oficio. Y mis dos hermanas de crianza se enamoraron tan profundamente de los dos jóvenes, que cada noche la almohada a ambos lados míos se mojaba con sus lágrimas.

Yo fui a trabajar en la Cocina del Rey. Ahora bien, el Rey tenía un plato de loza tan fina y adornado con tan hermosos motivos, que nunca permitía que fuese llevado de la Cocina a la Sala de Festejos, ni de la Sala de Festejos a la Cocina, sin ir él mismo detrás del sirviente que lo llevaba. Un día, el sirviente lo trajo a la Cocina para ser lavado, y el Rey vino detrás del sirviente. Tomé el plato y lo limpié con agua tres veces hervida y lo sequé con paños de tres clases diferentes. Luego lo cubrí con hierbas de dulces aromas y lo dejé en un arcón, donde se hundió en suave afrecho. El Rey se sintió complacido de ver lo bien que cuidaba yo el plato y dijo delante de su sirviente que él me haría cualquier favor que pidiese. En ese mismo momento y lugar



le conté acerca de mis hermanas Baun y Deelish, y de cómo estaban enamoradas de los dos jóvenes Dermott y Downal, quienes habían venido de la corte del Rey de Irlanda. Pedí que, cuando a estos dos jóvenes les estuvieran dando esposas, el Rey se acordara de mis hermanas de crianza.

El Rey se molestó mucho por mi petición. Manifestó que los dos jóvenes tenían sobre sus pechos las estrellas que señalaban a hijos de Reyes, y que él pretendía que se casaran con sus dos propias hijas adoptivas, cuando las doncellas estuviesen en edad de contraer matrimonio. —Puede ser —dijo— que estos dos jóvenes traigan lo que mi Reina anhela: una baya del Serbal Encantado que guarda el Gigante Crom Duv.

Al día siguiente, el Consejero del Rey estaba dando de comer a los pájaros, y yo me hallaba cerniendo el grano. Le pregunté qué historia era ésa del Serbal Encantado que el Gigante Crom Duv guardaba, y por qué la Reina anhelaba una de sus bayas. En ese mismo momento y lugar, me contó esta historia:



## LA HISTORIA DE SERBAL ENCANTADO

La historia del Serbal Encantado (dijo el Consejero Real) comienza con Aine, la hija de Mananaun, que es el Señor del Mar. Curol, el Rey de los Elfos de Munster, amaba a Aine y la requirió en matrimonio. Pero el anhelo del corazón de la muchacha iba dirigido a Fergus, que era un mortal y uno de los Fianna de Irlanda. Ahora bien, cuando Mananaun MacLir oyó las proposiciones de Curol y supo hacia dónde se inclinaba el corazón de su hija, dijo: —Dejemos que el asunto se dilucide de esta manera: convocaremos a un partido de *hurling* entre los Elfos de Munster y los Fianna de Irlanda, con Curol de capitán en un lado y Fergus de capitán en el otro; y si los Elfos ganan, Aine se casará con Curol, y si los Fianna obtienen la victoria, ella tendrá mi consentimiento para casarse con este mortal Fergus.



Por lo tanto, un partido de *hurling* fue convocado para el primer día de Lunassa, el que habría de jugarse a lo largo de la playa. Mananaun mismo puso los arcos, y Ainé estaba presente para ver el partido. Se jugó desde la salida del sol hasta la marea alta del mediodía, y ninguno de los bandos marcó un punto. Entonces, los jugadores pararon para comer el refrigerio que Mananaun había provisto.

Esto es lo que Mananaun había traído de su propio país, la Llanura de la Nube de Plata: una rama de bayas de serbal de brillante color rojo. Quienquiera comiese una de estas serbas, al instante lo abandonaban el hambre y la fatiga. Mananaun dijo que las bayas debían ser comidas por los jugadores y que ninguna de ellas habría de llevarse al mundo de los mortales ni al mundo de los Elfos.

Una vez que pararon de jugar, a la marea alta del mediodía, Fergus el mortal vio a Ainé, y la veía por primera vez. Un espíritu que nunca antes había experimentado penetró en él ante la visión de la hija de Mananaun. Olvidó comerse la baya que le habían dado y la mantuvo en su boca por el tallo.

Se reincorporó al partido y ahora era como un halcón en medio de pájaros pequeños. Curol defendía el arco y mandó de vuelta la pelota. Fergus la devolvió de nuevo hacia el arco. Los dos campeones se enfrentaron, y el palo de Curol, hecho de cuerno de rinoceronte, no superó al palo de Fergus, hecho de fresno del bosque. Las huestes se retiraron y dejaron el juego a Fergus y Curol. El palo de Curol envió la pelota hacia arriba; entonces, Fergus le dio el doble golpe, primero con el mango y después con el extremo pesado del palo, y la impulsó bellamente, como un pájaro en vuelo, por entre las marcas de la meta que había instalado Mananaun. El partido fue ganado por el punto conseguido por Fergus.

Los Fianna invitaron entonces a los Elfos de Munster a una fiesta que darían a Fergus y a su novia. Y los Elfos fueron; Mananaun y Ainé iban delante de todos. Fergus marchaba a la cabeza de su tropa, con la baya de serbal colgando todavía de su boca. Y, mientras caminaba,

mordió el tallo, y la baya cayó al suelo. Fergus nunca reparó en ello.

Terminada la fiesta, Fergus fue hacia donde estaban Mananaun y su hija. Ainé le dio su mano. —Y qué bueno —dijo Conan, el Loco de los Fianna— que este torpe de Fergus botara al fin la baya de su boca. —¿Qué baya? —dijo Curol, que estaba ahí. —La serba —dijo Conan— que él llevó de un villorrio a otro, igual que si fuera un pájaro.

Cuando Mananaun escuchó esto, preguntó acerca de la baya que Fergus había portado. Y no pudo ser hallada. Entonces, los Fianna y los Elfos de Munster se devolvieron para buscar algún rastro de ella. Lo que encontraron fue un árbol, un maravilloso serbal. Había brotado de la baya que Fergus dejara caer, pero aún no había bayas en sus ramas.

Mananaun dijo al ver el árbol: —Ningún mortal puede tomar una baya que crezca en él. Escuchen ahora mi sentencia. Fergus tendrá que vigilar este árbol hasta que consiga a alguien que lo vigile por él. Y no podrá ver a su novia Ainé, ni estar con ella, hasta que encuentre a alguien que vigile el árbol mejor de lo que él mismo lo puede hacer. Entonces, Mananaun envolvió a su hija en su capa y, dando zancadas, se metió en una neblina. La Hueste Élfica se fue en una dirección y los Fianna en otra, y Fergus fue dejado, triste, al pie del Serbal Encantado.

Al día siguiente (dijo Morag), cuando el Consejero Real estaba dando de comer a los pájaros y yo, cerniendo el grano, me contó el resto de la historia del Serbal Encantado. Fergus pensó y pensó cómo podría dejar de vigilarlo para estar con Ainé, su novia. Al fin, se le vino a la mente un Gigante que vivía en una isla rocosa con sólo un rebaño de cabras como única posesión. Este Gigante le había rogado a Finn, el Jefe de los Fianna, que le diera una franja de la tierra de Irlanda, aunque sólo fuese del ancho de una piel de toro. Finn había rehusado. Pero ahora Fergus envió recado a Finn y le pidió hacer venir al Gigante, para ser el guardián del Serbal Encantado y darle la tierra



alrededor del árbol. —Me disgusta permitir que este gigante Crom Duv tenga alguna porción de la tierra de Irlanda —dijo Finn—. Sin embargo, no podemos denegar a Fergus su petición.

Así, Finn envió a algunos de los Fianna donde el Gigante, y ellos lo encontraron viviendo sobre la roca desnuda de una isla, con un rebaño de cabras como única posesión. Crom Duv estaba tendido de espaldas y rió al oír qué mensaje le traían los hombres de los Fianna. Entonces, los puso a ellos y a su rebaño de cabras dentro de su gran barca y, remando, los llevó de vuelta a Irlanda.

Crom Duv juró por su rebaño de cabras que vigilaría el Serbal Encantado hasta que las rojas bayas dejaran de aparecer en sus ramas. Fergus dejó entonces su lugar en el árbol y fue donde Ainé, y puede ser que ella y él estén juntos todavía.

Bien que vigiló Crom Duv el árbol, no alejándose nunca de él y durmiendo en la noche en sus ramas. Y un año vino una vaquilla y pació con su rebaño de cabras, y otro año vino un toro. Y ellos fueron el comienzo de su gran rebaño de ganado. Se ha hecho más y más ávido de ganado, dijo el Consejero Real, y ahora lo lleva lejos, a apartados campos de pastoreo. Pero, aun así, el Serbal Encantado está bien vigilado. El toro al que llaman el Toro del Montículo está de guardia en las cercanías, y veinticuatro feroces gatos amarillos vigilan el árbol día y noche.

La Reina de Senlabor, al igual que muchas otras mujeres, desea una baya del Serbal Encantado que se alza en el patio de Crom Duv, puesto que la mujer que es vieja y que come una baya de ese árbol se vuelve joven nuevamente, y la doncella que es joven y que come una baya, obtiene toda la belleza que por derecho le correspondería. Y, mi doncella, me dijo el Consejero Real, ya te he contado la historia del Serbal Encantado.

Cuando oí todo esto (dijo Morag), me propuse obtener una baya para la Reina, y quizá otra baya más, del Serbal Encantado en el patio

de Crom Duv. Cuando el Rey volvió a entrar en la cocina, le pregunté si consentiría en que mis hermanas de crianza se casaran con Downa y Dermott si yo traía a su Reina una baya del Serbal Encantado. Dije que daría su consentimiento de todo corazón. Esa noche, cuando con el llanto de Baun y Deelish, les dije que iría a buscar para ellas una dote tal, que cuando la tuvieran, el Rey las dejaría casarse con los jóvenes en los cuales habían puesto sus corazones. No creyeron que yo pudiera hacer algo por ayudarlas, pero me permitieron partir.

Al día siguiente, le dije a la Reina que iría en busca de una baya del Serbal Encantado. Ella me dijo que si lograba traerle una baya, me daría todas las cosas que poseía. Dije adiós a mis hermanas y, con la Gallinita Roja bajo el brazo, me dirigí a la casa de las Brujas de los Dientes Largos. Construí un albergue y esperé hasta que Crom Duv viniera por esos lados. Un día, temprano por la mañana, vino. Me pare frente a él y le dije que quería entrar al servicio de su casa.

Crom Duv nunca había tenido un sirviente en su casa. Pero le dije que debería tener una establera y que yo estaba bien capacitada para cuidar de su ganado. Me dijo que fuera tras él. Vi al Toro del Montículo y llegué a preguntarme cómo podría escapar con la baya del Serbal Encantado. Entonces vi a los veinticuatro feroces gatos amarillos y llegué a preguntarme cómo podría obtener la baya del árbol. Y después de eso descubrí lo del Foso de Agua Envenenada, que está tras el alto muro, en la parte de atrás de la casa de Crom Duv. Y así (dijo Morag), ya sabes por qué he llegado aquí y cuán ardua es la tarea que he tomado sobre mí.

## VI

Ahora que había escuchado la historia del Serbal Encantado, Finn miraba a menudo hacia los racimos de bayas escarlata que estaban



en lo alto de sus ramas. El Árbol podía treparse. Flann lo sabía. Pero en la cima del árbol y en sus ramas estaban los feroces gatos amarillos, los gatos que habían criado para Crom Duv las Brujas de los Dientes Largos, creyendo que él alguna vez daría a cada una de ellas la baya que podría devolverles la juventud. Y en la copa del árbol había más gatos. Y por todo el patio se paseaban los feroces gatos de las Brujas.

Los muros alrededor del Torreón del Gigante estaban siendo elevados por Crom Duv, ayudado por su sirviente Flann. El rebaño del Gigante estaba ahora aumentado por muchos terneros, y Morag la establera tenía mucho que hacer para mantener ordeñadas a todas las vacas. Y, día y noche, Morag y Flann escuchaban el bramido del Toro del Montículo.

Ahora bien, un día mientras Crom Duv se encontraba fuera con su rebaño, Flann y Morag, que se hallaban en el patio, vieron animarse a la Gallinita Roja, batir sus alas y volver hacia ellos una mirada brillante.

—¿Qué dices, mi Gallinita Roja? —dijo Morag.

—El Pooka —murmuró la Gallinita Roja—. El Pooka cabalga en un caballo brioso, pero el Pooka mismo es un ser pequeño y asustadizo.— Entonces la Gallinita Roja abatió las alas nuevamente y siguió picoteando en el patio.

—El Pooka cabalga en un caballo brioso —dijo Morag—. Y si el Pooka cabalga en un caballo brioso, entonces podría llevamos más allá de donde está el Toro del Montículo.

—Y si el Pooka mismo es un ser pequeño y asustadizo, entonces podríamos quitarle el brioso caballo —dijo Flann.

—Pero esto no nos dice cómo sacar las bayas del Serbal Encantado —dijo Morag.

—No —dijo Flann—, no nos dice cómo sacar las bayas del árbol que guardan los gatos.

Al día siguiente, Morag dio granos a la Gallinita Roja y de ella supli-

có palabras. Después de un rato, la Gallinita Roja murmuró: —Hay cosas que sé, y cosas que no sé, pero sí sé de las cosas que crecen cerca del suelo, y si arrancas una cierta hierba y la pones alrededor del cuello de los gatos, no serán capaces de ver ni en la luz ni en la oscuridad. Y mañana es el día de Sowain —dijo la Gallinita Roja. Y no dijo ni una palabra más. Le había dado sueño y entonces voló para descansar bajo la mesa. Ahí siguió murmurando para sí (como murmuran todas las gallinas) dónde ocultan sus tesoros los Hijos de Dana, y ellas saben, puesto que fueron los Hijos de Dana quienes trajeron las gallinas a Irlanda.

—Mañana —dijo Morag a Flann—, sigue a la Gallinita Roja, y si ella hace alguna señal cuando toque una hierba que crezca cerca del suelo, saca esa hierba y tráemela.

Esa noche, Morag y Flann hablaron acerca del Pooka y su brioso caballo. En la noche de Sowain, la noche antes de que comiencen los días realmente cortos, el Pooka cabalga por la campiña, tocando cualquier fruto que quede, de modo que no pueda llevar ningún sabor hacia el invierno. Las moras que estaban buenas para comerse el día anterior, ya no sirven en el día de Noviembre, porque el Pooka las tocó la noche anterior. Qué otra cosa hace el Pooka, nadie lo sabe en realidad. Es un ser asustadizo, como dijo la Gallinita Roja, y confía en que la visión de su gran caballo negro y el sonido de sus cascos y del jadeo al cabalgar ahuyente a la gente de su camino, puesto que tiene gran temor de ser visto.

Al día siguiente, la Gallinita Roja permaneció en el patio hasta que Crom Duv se fue con su rebaño. Flann la siguió. Iba, por aquí y por allá, entre la casa y el muro de atrás, picoteando, ora un grano de arena, ora una hormiga o araña o mosca. Y mientras merodeaba, la Gallinita Roja murmuraba para sí una canción:





Cuando el sueño hubiera de posarse en mí  
como el pájaro silvestre sobre el nido,  
el viento proviene del Oeste:  
azota contra la puerta, quizá,  
y ahuyenta mi descanso —  
cuando el sueño hubiera de llegar a mí  
como el pájaro silvestre sobre el nido.

El gallo está en lo alto con su cresta:  
la lechuza regresa de su búsqueda.  
Ella fija un ojo sobre mí  
y ahuyenta mi descanso —  
cuando el sueño hubiera de posarse en mí  
como el pájaro silvestre sobre su nido.

Flann observaba todo lo que hacía la Gallinita Roja. La vio poner la cabeza de un lado y mirar hacia abajo por un momento una cierta hierba que crecía cerca del suelo. Flann arrancó esa hierba y la llevó a Morag.

El ganado había vuelto a casa, pero Crom Duv no estaba con él. Morag ordeñó las vacas y, sin dejar nada para que bebieran los gatos afuera, llevó toda la leche para adentro. Seis entraron a la cocina para recibir ahí su cena. Uno tras otro se subieron a la mesa de un salto, cada cual más orgulloso y altanero que el anterior. Cada gato comió sin dignarse a dar ni un solo maullido. —Gato de mi corazón —dijo Morag al primero, cuando éste hubo terminado de beber su leche—. ¡Gato de mi corazón! Qué noble te verías con este color rojo alrededor de tu cuello. — Ella alargó una taleguita a la que se hallaba cosida una pizca de la hierba. El primer gato dio una mirada que decía: "Bueno, puedes ponérmela". Morag le puso la taleguita roja alrededor del cuello, y él saltó de la mesa.

Igual sucedió con todos los demás gatos. Terminaban de lamer

sus leches, y Morag les mostraba la taleguita de la cinta roja. Cada uno se la dejó poner alrededor del cuello y después iban saltando de la mesa y se marchaban, más despectivos y altaneros que antes.

Seis de los feroces gatos amarillos treparon a las ramas del Serbal Encantado; seis se quedaron en la cocina; seis entraron a la recámara de Crom Duv, y seis se fueron a rondar alrededor de la casa, yéndose tres por cada lado. Ningún sonido provino de los gatos que estaban adentro, ni de los que estaban afuera. Morag hizo rodar por el suelo una pelota de algodón, y los gatos que estaban en la cocina no dieron señales de verla. —La vista ha abandonado sus ojos —dijo Morag. —Entonces —dijo Flann—, me treparé al Serbal Encantado y traeré dos bayas. —Asegúrate de traer dos, querido mío, querido mío —dijo Morag.

Salieron al patio, y Flann comenzó a trepar al Serbal Encantado con toda soltura, fuerza y astucia. Los gatos que estaba abajo lo sintieron ir subiendo al árbol, y los gatos que estaban arriba se encorvaron. Flann sobrepasó la primera rama, sobre la que estaba agazapado un gato. Acanzó por encima de donde estaban las serbas; inclinándose, tomó dos de ellas y las puso dentro de su boca.

Descendió rápidamente, con los gatos agredidiéndole. Otros habían salido de la casa y estaban maullando y fufando en el patio. Sólo uno se había aferrado al jubón de Flann y no quería ceder. —Ven al bosque, ven al bosque —dijo Morag—. Ahora debemos quedarnos entre la casa y el foso y esperar hasta que el Pooka pase cabalgando.

Flann puso las dos bayas en la mano de Morag; ambos transcurrieron de un salto la cadena y escaparon de la casa del Gigante Crom Duv.



## VII

Entraron en el bosque, Flann y Morag, y la Gallineta Roja iba bajo el brazo de Morag. Pensaron en esconderse detrás de los árboles hasta que oyeran venir al Pooka y su caballo. Pero no habían ido lejos en el bosque, cuando oyeron a Crom Duv que venía hacia su casa. Fue hacia ellos con la pica de hierro en su mano. Flann y Morag corrieron. Entonces, Crom Duv los persiguió de árbol en árbol, gritando y resoplando y abatiendo ramas con la pica de hierro que traía en la mano. Morag y Flann llegaron a un arroyo y, mientras corrían a lo largo de su orilla, oyeron el sonido de los cascos y el jadear de un caballo que venía hacia ellos, e hizo su aparición un gran caballo negro de ondulantes crines. —Detente, Pooka —dijo Flann con voz autoritaria. El caballo negro se detuvo, y el Pooka, que era su jinete, se le deslizó hasta la cola.

Flann afirmó al resoplante caballo, y Morag lo montó. Luego Flann saltó entre Morag y la cabeza del caballo. Crom Duv estaba justo al lado de ellos. —Vamos, Pooka, vamos —dijo Flann, y el caballo partió a través del bosque como el viento de Marzo.

Y entonces Crom Duv hizo sonar el cuerno que estaba cruzado en su pecho, y el Toro del Montículo bramó en respuesta. Cuando pasaron por el montículo, el Toro embistió y sus cuernos sacudieron la cola del caballo del Pooka. El Toro se volvió y arrasó tras ellos con la cabeza gacha y con un aliento caliente que salía de los ollares de su nariz. Y cuando ellos estaban en la hondonada, él estaba en la cima, y cuando ellos estaban en la cima, él estaba en la hondonada. Y, una hondonada o una cima más atrás que su Toro, venía el propio Crom Duv.

Entonces, el aliento del Toro llegó, caliente, sobre Morag y Flann y el Pooka. —Ay, ay, qué haremos ahora? —dijo Morag al Pooka, que, con su carita toda desfigurada por el miedo, se aferraba a la cola del caballo.



... e hizo su aparición un gran caballo negro de ondulantes crines.



—Mete la mano en la oreja de mi caballo y arroja hacia atrás lo que encuentres ahí —dijo el Pooka, castañeteándole los dientes. Flann metió la mano en la oreja derecha del caballo y encontró una ramita de fresno. La arrojó detrás de ellos. Al instante surgió un enmarañado bosque. Oyeron al Toro atravesando la maraña del bosque y oyeron a Crom Duv gritando mientras se abría camino a golpes a través de ramas y matorrales. Pero el Toro y el hombre atravesaron el bosque y de nuevo le fueron sacando ventaja al caballo del Pooka. Una vez más el aliento del Toro llegó, caliente, sobre ellos. —Ay, Pooka, ¿qué haremos ahora? —dijo Morag.

—Mete la mano en la oreja de mi caballo y arroja hacia atrás lo que encuentres ahí —dijo el Pooka, los dientes castañeteándole de miedo, mientras se aferraba a la cola de su caballo. Flann metió la mano en la oreja izquierda del caballo y encontró una burbuja de agua. La arrojó detrás de ellos. Al instante se esparció cual un lago y, mientras seguían cabalgando, las aguas del lago se extendieron detrás de ellos.

Morag y Flann nunca supieron si el Gigante y el Toro entraron en aquel lago, ni, de haberlo hecho, si acaso alguna vez salieron de él. Cruzaron el río que marcaba los límites de los dominios de Crom Duv y estuvieron a salvo. Flann detuvo el caballo y saltó a tierra. Morag bajó de un salto, con la Gallinita Roja. Entonces, el Pooka se deslizó hacia adelante y musitó algo en la oreja de su caballo. Al instante, éste hizo saltar chispas de sus cascos y bajó brincando por la ladera de un monte. Desde ese día hasta éste, Morag y Flann nunca más volvieron a ver al Pooka ni a su grande, negro, resoplante y espumante caballo.

—¿Sabes dónde estamos, mi Gallinita Roja? —dijo Morag cuando el sol estuvo de nuevo en el cielo.

—Hay cosas que sé y cosas que no sé —dijo la Gallinita Roja—, pero sé que estamos cerca del lugar del que partimos.

—¿Qué rumbo hemos de tomar para llegar a ese lugar, mi Gallinita Roja? —dijo Morag.

—El rumbo del sol —dijo la Gallinita Roja. Así, Morag y Flann tomaron el rumbo del sol, y la Gallinita Roja fue dando saltitos a su lado. Morag llevaba, en un bolso de piel de comadreja puesto alrededor de su cuello, las dos serbas que Flann le había dado.

Fueron hacia la casa de la Mujer-Adivina. Y mientras caminaban, Morag le contó a Flann de la vida que había llevado ahí mientras ella y sus hermanas de crianza estaban creciendo, y Flann contó a Morag de las cosas que había hecho cuando estaba en la casa de la Mujer-Adivina, después de que ella y sus hermanas la hubieron dejado.

Subieron la loma cubierta de brezo, sobre la que estaba la casa de la Mujer-Adivina, y la Gallinita Roja fue revoloteando y aleteando hacia la puerta. La vieja cabra de la Adivina, que se hallaba en el patio, con sus cuernos hacia abajo y la barba tocando sus rodillas, miró a la Gallinita Roja. Entonces, la Gallinita Roja se subió volando a su lomo. —Estamos aquí de nuevo, aquí de nuevo —dijo la Gallinita Roja.

Y entonces, la Mujer-Adivina vino a la puerta para ver quiénes eran los que llegaban. Los cubrió de besos y los regó con sus lágrimas; los secó con paños de seda y con sus propios cabellos.

## VIII

Flann contó a la Mujer-Adivina todas sus aventuras. Y una vez que le hubo contado todo, dijo: —¿Qué Reina es mi madre, oh mi criadora?

—Tu madre —dijo la Adivina— es Caintigem, la Reina del Rey de Irlanda.

—Y entonces, ¿mi madre no es Sheen, cuya historia me fuera contada?



—Su nombre fue cambiado a Calntigern cuando su esposo, a quien llamaban el Rey-Cazador, se hizo Rey sobre Irlanda y comenzó a gobernar como el Rey Connal.

—Entonces, ¿quién es mi camarada, a quien llaman el Hijo del Rey de Irlanda?

—Él también es hijo del Rey Connal, nacido de una reina que murió al nacer él y que era esposa del Rey Connal antes de que saliera a sus viajes y conociera a Sheen, tu madre.

Y mientras la Mujer-Adivina decía esto, alguien vino y se detuvo en el vano de la puerta. Era una muchacha, y dondequiera estuviera el sol, brillaba sobre ella, y dondequiera estuviera la brisa, ondeaba sobre ella. Blanca como la nieve sobre un lago helado era ella, y tan bellos como las flores y vivos como pájaros eran sus ojos, mientras sus mejillas tenían el rojo de la dedalera y en su cabello se enlazaban cinco colores de suave brillo. Miró feliz a Flann y sus ojos tenían la mirada bondadosa que siempre estaba en los ojos de Morag. Se acercó y se arrodilló, posando sus manos sobre las rodillas de él.

—Soy Morag, Flann —dijo ella.

—Morag, claro está —dijo él—, pero, ¿cómo te has vuelto tan hermosa?

—He comido la baya del Serbal Encantado —dijo ella— y ahora soy tan bella como debería ser.

Estuvieron todo el día juntos, y Flann estaba feliz de que su amiga fuese tan bella, y de que tan bello ser fuera su amiga. Y le contó sus aventuras en la Aldea del Castillo Rojo y acerca de la Princesa Llame-de-Vino y de su amor por ella. —Y si aún la amas, yo no te veré nunca más —dijo Morag.

—Pero —dijo Flann—, yo no podría amarla después de cómo se burló de mí.

—Y, ¿cuándo se burló de ti?

—Cuando le llevé un mensaje que la Mujer-Adivina me dijo que le diera.

—Y, ¿cuál fue el mensaje?

—Fídele —dijo la Adivina— siete gotas de la sangre de su corazón (ella puede dárlos y seguir viviendo) y así los siete gansos salvajes puedan ser librados del encantamiento, y la madre que te anhela pueda estar en paz nuevamente." Ese fue el mensaje que la Mujer-Adivina me dijo que le llevara a Llame-de-Vino, Y no obstante que yo le había dado maravillosos regalos, ella se rió de mí cuando se lo llevé. Y por el modo en que se rió, supe que tenía duro el corazón.

—Sin embargo, siete gotas de sangre del corazón son difíciles de dar —dijo tristemente Morag.

—Pero la doncella que ame puede dárlos —dijo la Mujer-Adivina, que estaba detrás.

—Es verdad, madre adoptiva —dijo Morag.

Esa tarde, Morag dijo: —Mañana debo preparar mi viaje adonde la Reina de Senlabor. Tú, Flann, no puedes venir conmigo. La Mujer-Adivina ha enviado un mensaje a tu madre, y tienes que estar aquí para encontrarte con ella cuando venga. Les deseo un feliz encuentro, a ella y a ti, oh Flann de mi corazón. Y te dejaré una prenda para darle a ella. Así es que mañana iré donde la Reina de Senlabor con la Baya de Serbal y llevaré a mi Gallinita Roja por compañía; sólo me quedaré hasta que mis hermanas estén casadas con Dermott y Downal, tus hermanos.

Al día siguiente, cuando entró en la casa, él vio a Morag vestida para su viaje, pero sentada junto al fuego. Estaba pálida y parecía enferma.

—No te vayas hoy, Morag —dijo él. —Me iré hoy —dijo Morag. Metió la mano en la pechera de su vestido y sacó un pañuelo doblado, recién tejido. —Es una prenda para tu madre —dijo—. Lo he tejido para ella. Dale este regalo de mi parte, una vez que le hayas dado la bienvenida.

—Eso haré, Morag, mi corazón —dijo Flann.

La Mujer-Adivina entró y besó a Morag como despedida y pronunció sobre ella el conjuro para viajes:



Que mi Mago  
del Escudo de Plata  
derrame todas las luces  
a lo largo de tu senda.

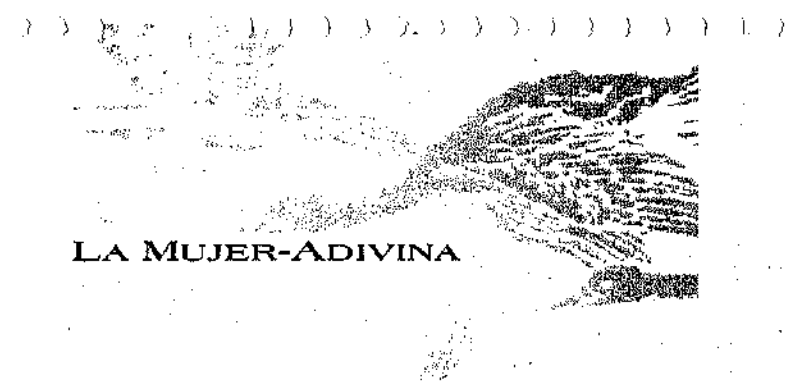
Entonces, Mórág se puso la Gallinita Roja bajo el brazo y partió.  
—Te encontraré —dijo ella a Flann— en el Castillo del Rey de Irlanda,  
puesto que es allí donde iré cuando me separe de mis hermanas  
adoptivas y de la Reina de Senlabor. Bésame ahora. Pero, si besas a  
cualquiera antes de que vuelvas a besarme a mí, me olvidarás.  
Recuérdalo.

—Lo recordaré —dijo Flann, y besó a Morag—. Cuando llegues al  
Castillo del Rey de Irlanda, nos casaremos.

—Tú me diste la Baya de Serbal —dijo Morag—, y la Baya del Serbal  
me dio toda la belleza que había de ser mía. Pero, ¿de qué me servirá  
mi belleza si tú me olvidas?

—Pero, Morag —dijo él—, ¿cómo podría olvidarte?

Ella no dijo nada, sino que bajó por la ladera de la loma, y Flann la  
miró y la siguió con la vista hasta que sus ojos no tuvieron ya poder  
para ver nada más.



## LA MUJER-ADIVINA



uedan todavía muchas cosas por contarte, mi querido hijo adoptivo, pero tengo poco tiempo para contártelas, puesto que los gansos marinos están volando por encima de la casa y, cuando todos hayan pasado volando, no tendré ya más qué decir. Y aún he de contarte cómo el Hijo del Rey de Irlanda logró llegar a casa con Fedelma, la hija del Hechicero, y cómo fue que los Siete Gansos Salvajes, que eran los hermanos de Caintigem, fueron liberados del hechizo y se volvieron hombres nuevamente. Pero, por sobre todo, he de contarte el final de esa historia que tuvo su comienzo en la casa del Gigante Crom Duv: la historia de Flann y Morag.

Los gansos marinos están volando por encima de la casa, como dije. Y así también iban cruzando y volando la noche en que el Hijo del Rey de Irlanda y Fedelma, a quien él había traído del País de la Niebla, se quedaron en la casa del Pequeño Sabio de la Montaña. Esa noche, el Pequeño Sabio de la Montaña les contó de qué pájaro provenía el ala que techaba su casa. Era esa una maravillosa historia. Y les contó también acerca del próximo lugar al que habían de ir: la casa de la Mujer-Adivina. Les dijo que ahí se encontrarían con personas que conocían: Flann, el camarada del Hijo del Rey; la esposa del Rey de Irlanda, y la hermana de Fedelma, Gliveen.

Por la mañana, el Pequeño Sabio de la Montaña los condujo ladera abajo, al lugar donde Fedelma y el Hijo del Rey encontrarían un caballo para cabalgar hasta la casa de la Mujer-Adivina. El Pequeño Sabio les contó de qué pueblo provenía la Adivina y por qué vivía entre los pobres y los Ingenuos, sin renombre, esplendores ni riquezas. Y también ésa era una historia maravillosa.

Ahora, mientras los tres iban por la orilla del río, vieron, en la otra ribera, a una muchacha que venía caminando desde el lugar hacia el que ellos iban. La muchacha cantaba para sí mientras caminaba, y el Hijo del Rey y Fedelma y el Pequeño Sabio de la Montaña oyeron lo que cantaba:

Una baya, una baya, una roja baya de serbal,  
una roja baya de serbal me trajo belleza y amor.

Aunque, gotas de sangre de mi corazón, gotas de sangre de mi corazón,  
siete gotas de sangre de mi corazón entregué.

Siete gansos salvajes eran hombres, siete gansos salvajes eran hombres,  
siete gotas de sangre de mi corazón para vuestro hechizo hay.

Un beso para mi amor, un beso para mi amor,  
a ninguna vaya su beso hasta que nos volvamos a encontrar.

Si a alguna fuera su beso, si a alguna fuera su beso,  
podrá encontrarme, podrá encontrarme, y no reconocirme.

La muchacha en la otra orilla del río siguió su camino, y el Hijo del Rey y Fedelma, con el Pequeño Sabio de la Montaña, llegaron a la pradera donde estaba el caballo. Parecía un caballo pesado y de movimientos lentos. Pero, cuando lo montaron, descubrieron que tenía las tres cualidades de los corceles de Finn: una rápida arremetida contra un cerro; el paso de un zorro, fácil y orgulloso en terreno plano,



y el salto de un venado para salvar barreras. Desearon salud y buena fortuna al Pequeño Sabio de la Montaña y, en el caballo que les diera, cabalgaron hacia la casa de la Mujer-Adivina.

## II

Cuando Fedelma y el Hijo del Rey de Irlanda llegaron a la casa de la Adivina, ¿a quién fue la primera persona que vieron sino a Gilveen, la hermana de Fedelma?

Llegó adonde habían frenado el caballo y, sonriendo, enfrentó a su hermana y al Hijo del Rey de Irlanda. Y fue ella quien les dio su primera bienvenida. —Y se estarán preguntando cómo llegué aquí —dijo Gilveen—, y se los diré sin malgastar luz de vela. Yo misma y mi hermana Aefa fuimos a la corte del Rey de Irlanda después de que tú, hermana mía, te fuiste de nosotros con el afortunado hombre de tu elección. Y en cuanto a Aefa, también ha tenido la suerte de encontrar una pareja y ahora está casada con Maravaun, el Consejero Real. He estado con Caintigern, la Reina. Y ahora la Reina está en la casa de la Mujer-Adivina con el Joven Flann y anhelando estrecharlos a ambos para darles la bienvenida. Y si se sientan a mi lado en estazanja herbosa, les contaré toda la historia, desde la primera hasta la última sílaba.

Se sentaron juntos, y Gilveen contó la historia a Fedelma y al Hijo del Rey. La Mujer-Adivina había enviado un mensaje a Caintigern, la Reina, para contarle que tenía noticias de su primogénito. Por consiguiente, Caintigern vino a la casa de la Adivina, y Gilveen, su acompañante, vino con ella. La Reina encontró ahí a Flann, a quien se había conocido como Gilly de la Piel de Cabra, y lo reconoció como el hijo que le fuera robado al nacer. Flann dio a su madre una prenda que le había sido entregada por una joven mujer. La prenda era un pañuelo,

y éste contenía siete gotas de sangre del corazón. La Mujer-Adivina le dijo a la Reina que estas siete gotas liberarían del hechizo a sus hermanos que, de sus propias formas, habían sido convertidos a las formas de siete gansos salvajes.

Y mientras Gilveen les estaba contando todo eso, Flann vino a ver de quién era el caballo que estaba ahí. Grande fue su alegría al encontrar a su camarada, el Hijo del Rey de Irlanda. Sabían ahora que eran hijos de un mismo padre y se abrazaron como hermanos. Y Flann tomó la mano de Fedelma y le contó a ella y al Hijo del Rey de su amor por Morag. Pero, cuando estaba hablando de Morag, Gilveen se alejó.

Entonces Flann los llevó al interior de la casa de la Mujer-Adivina, y la Reina, que estaba sentada junto al fuego, se levantó y les dio el abrazo de bienvenida. La expresión de su rostro al volverse hacia el Hijo del Rey era de bondad, y lo llamó por el nombre que le daban de pequeño. También dijo que estaba muy complacida de que él y Flann, su hijo, fueran buenos camaradas, y que rogaba porque siempre fuesen tan buenos camaradas.

Fedelma y el Hijo del Rey de Irlanda descansaron por un día. Entonces, la Mujer-Adivina dijo que a la noche siguiente, que era la noche de luna llena, la Reina procuraría devolver a sus siete hermanos sus formas originales. La Adivina dijo también que la Reina y ella misma habían de ser dejadas a solas en la casa y que el Hijo del Rey de Irlanda con Flann y Fedelma y Gilveen habrían de encaminarse hacia el Castillo del Rey de Irlanda, con MacStairn el Leñador, y esperar a la Reina en un lugar a una jornada de distancia.

Por tanto, el Hijo del Rey de Irlanda y Flann, Fedelma y Gilveen dijeron adiós a la Reina, a la Mujer-Adivina y a la casa de ésta y partieron en su viaje hacia el Castillo del Rey con MacStairn el Leñador, que caminaba junto a sus caballos con una gran hacha en sus manos.

Por la noche, MacStairn construyó dos cabañitas para ellos: una

cubierta con ramas verdes para Fedelma y Gilveen, y la otra cubierta con trozos de tierra herbosa para Flann y el Hijo del Rey de Irlanda. Flann se acostó cerca de la abertura de la cabañita. Y en la noche, cuando el único agitarse en el bosque era aquél de las hojas susurrándole a las Gentes Secretas, Gilveen se levantó de donde yacía y vino a la otra cabañita y susurró el nombre de Flann. Él despertó y, pensando que Morag había vuelto a él (había estado soñando con ella), extendió los brazos, atrajo a Gilveen hacia sí y la besó. En seguida, Gilveen corrió de vuelta a su propia cabaña. Y Flann no supo si es que había despertado o si había permanecido en un sueño.

Pero, cuando se levantó a la mañana siguiente, no había en su mente pensamiento alguno para Morag. Y cuando el Hijo del Rey cabalgó con Fedelma, él cabalgó con Gilveen. Después, Gilveen le dio un brebaje que lo hechizó, de modo que pensara en ella noche y día.

Ni Fedelma ni el Hijo del Rey sabían qué había acaecido a Flann. Ellos mencionaron el nombre que él había pronunciado tan a menudo —el nombre de Morag— pero parecía como si para él no tuviese ningún significado. Al mediodía, se detuvieron a esperar hasta que la Reina viniese con o sin sus siete hermanos. Flann y Gilveen andaban siempre juntos. Y Gilveen siempre estaba sonriendo.

### III

Cuando Caintigern hubo venido; cuando reconoció a su hijo Flann, y cuando ella y la Mujer-Adivina se enteraron de que la prenda que Morag había dado a Flann contenía las siete gotas de sangre del corazón que podrían devolver sus propias formas a los siete gansos salvajes que eran los hermanos de Caintigern; cuando todo esto se supo,





la Adivina envió a las ciénagas a su más secreto mensajero para dar a los siete gansos salvajes el recado de que tenían que volar a la casa de ella en la noche en que la luna estuviera llena. Su mensajero era la codorniz. Viajó noche y día, corriendo veloz a través de las praderas. Se escondía al borde de las ciénagas y cacareaba su mensaje a los siete gansos salvajes. Al fin, ellos oyeron lo que decía. El día anterior a la noche de luna llena, volaron, juntos los siete, hacia la casa de la Mujer-Adivina.

No había nadie en la casa más que Caintigern, la Reina. La puerta fue dejada abierta a la luz de la luna. Los siete gansos salvajes bajaron volando y permanecieron al lado afuera de la puerta, moviendo sus cabezas y alas, a la plena luz de la luna.

Entonces, Caintigern se levantó y tomó pan que había hecho la Mujer-Adivina. Lo humedeció en su boca y, en cada bocado de pan humedecido, puso un trozo del pañuelo que contenía una gota de sangre. Extendió su mano, dando a cada uno el pan humedecido. El primero que lo comió, cayó hacia adelante, de cabeza al suelo, sobre el piso de la casa de la Adivina. A los ojos de su hermana se apareció entonces como un hombre arrodillado, con sus brazos sujetos hacia atrás, como si estuvieran atados a su espalda. Y, cuando ella miró hacia afuera, vio a los demás como hombres arrodillados, con las cabezas gachas y los brazos sujetos detrás. Entonces Caintigern dijo, dando a la Adivina su nombre secreto: —¡Oh Granía Oí, permite que mis hermanos sean de nuevo transformados en hombres!— Cuando dijo esto, vio a la Mujer-Adivina venir cruzando el patio. La Adivina hizo gestos con sus manos por sobre las agachadas figuras. Se alzaron como hombres, como desnudos hombres canosos.

La Mujer-Adivina dio a cada uno una vestidura, y los siete hombres entraron en la casa. Hubieron de quedarse de pie y no sentarse, y por un largo tiempo no tuvieron habla. Su hermana se arrodilló ante cada uno y le mojó la mano con sus lágrimas. Había creído que los

vería como muchachos, o como hombres jóvenes, y ahora estaban encanecidos y ya habían pasado la plenitud de sus vidas.

Permanecieron en la casa, y el habla volvió a ellos. Entonces anhelaron volver a la casa de su padre, pero Caintigern no podía soportar que se alejaran de su vista. Finalmente, cuatro de los hermanos se fueron, y tres se quedaron con ella. Irían estos últimos al Castillo del esposo de su hermana. Los demás también acudirían, después de haber estado con su padre. Entonces, un día Caintigern dijo adiós. Dijo que la gratitud que se debía otorgar a la Mujer-Adivina la entregaría mediante el trato que daría a la doncella que había entregado la prenda a su hijo Flann. Y rogó porque Morag viniese pronto al Castillo del Rey.

La Reina se fue con sus tres hermanos al lugar donde Flann y el Hijo del Rey de Irlanda, Fedelma y Gilveen los aguardaban. Un herrero aseó y engalanó caballos para todos ellos, y cabalgaron hacia el Castillo del Rey de Irlanda, con MacStairn el Leñador yendo adelante para anunciar su llegada.

El Rey de Irlanda aguardaba junto a la piedra donde desmontaban los jinetes que llegaban a su Castillo, y su Mayordomo, su Consejero y su Druída estaban a su lado. Ayudó a su esposa a desmontar del caballo, y ella lo condujo hacia Flann. Y cuando el Rey miró a Flann a los ojos, supo que era su hijo y el hijo de Sheen, conocida ahora como Caintigern. Dio a Flann un abrazo paternal de bienvenida. Entonces la Reina condujo al Rey hacia sus tres hermanos, quienes habían sido apartados de humana compañía desde antes de que él la conociera. Y lo condujo hacia el joven a quien siempre se conociera como el Hijo del Rey de Irlanda, y a él dio su padre la bienvenida a su regreso del sendero del peligro.

Y entonces, el Hijo del Rey llevó a Fedelma ante su padre y le dijo que ella era su amada y su futura esposa. Y el Rey dio a Fedelma la bienvenida al Castillo.

Entonces Gilveen dijo: —Hay un secreto entre este joven, Flann, y yo.  
—¿Cuál es el secreto? —dijo la Reina, apoyando, repentinamente, sus manos sobre los hombros de Gilveen.

—Que yo soy su futura esposa —dijo Gilveen.

La Reina fue hacia su hijo, y le dijo: —¿Es que no recuerdas a Morag, Flann, quien dio la prenda que tú me diste a mí?

Y Flann dijo: —¡Morag! Creo que la Mujer-Adivina mencionó su nombre en un relato.

—Yo soy la futura esposa de Flann —dijo Gilveen, enfrentándole con una sonrisa.

—Sí, mi futura esposa —dijo Flann.

Entonces, el Rey dio la bienvenida también a Gilveen, y todos entraron al Castillo. Le contó a su esposa que tenía mensajes del Rey de Senlabor acerca de sus otros hijos, Dermott y Downal, que decían que estaban haciéndose de buena fama y que todo lo que hacían era digno de hijos de Reyes. En la sala, Fedelma vio a Aefa, su otra hermana. Aefa se sentía tan orgullosa desde que se casara con Maravaun, el Consejero Real, que escasamente dirigía la palabra a alguien. Dio a sus hermanas las puntas de los dedos y se inclinó con desdén ante los jóvenes. El Rey consultó a su Druida acerca de cuándo sería apropiado celebrar matrimonios en su Castillo, y el Druida dijo que sería bueno no hacerlo hasta la próxima aparición de la luna llena.

## IV

En cuanto a Morag, ella se fue por senda y sendero, huella y atajo, a través de vados en ríos y por sobre pasaderas que los cruzaban, hasta que al fin llegó al país de Senlabor y al Castillo del Rey.

Nadie de alto rango se encontraba en el Castillo, puesto que todos

habían ido a mirar cómo se domaba a los caballos jóvenes en la pradera junto al río. Habían ido el Rey y la Reina; las hijas adoptivas del Rey, y también, de entre las doncellas del Castillo, Baun y Deelish. El Consejero Real había igualmente salido del Castillo. Morag se fue a la cocina, y las sirvientas que ahí se hallaban no la conocieron, ya fuera porque eran nuevas y nunca habían oído hablar de ella, o porque se había vuelto tan bella por haber comido la baya del Serbal Encantado, que nadie podía reconocerla ahora como Morag, la que antes había lavado platos en esa cocina.

Fue Breas, el Mayordomo Real, quien se acercó a ella para preguntarle quién era. Ella se lo dijo. Entonces, Breas la miró incisivamente y vio que en realidad era Morag, la que había estado en la cocina del Rey. Entonces, él dijo en voz alta: —Antes de irte, quebraste el plato que el Rey tenía por su especial tesoro, y por esto serás dejada en la Casa de Piedra. Yo, que tengo poder en este asunto, ordeno que así sea.— Le dijo entonces al oído: —Pero besos y palabras dulces me dispondrían a salvarte.

Morag, en voz alta, lo llamó por ese nombre abominable por el que lo conocían los sirvientes y sus compañeros de chismorreos. Pero los sirvientes, al escuchar ese nombre dicho en presencia de Breas, fingieron escandalizarse. Se acercaron a Morag y la golpearon con las escobas de retama que tenían para barrer el suelo.

Justo entonces, sus hermanas de crianza, Baun y Deelish, entraron en la cocina. Viéndola ahí, la reconocieron. Le hablaron en voz baja, pero con enojo, diciendo que ellas no hubieran querido que hiciera el viaje que había emprendido, pero que, ya que se había ido, era una lástima que hubiese vuelto, puesto que se había comportado con modales rudos, y de ellas, que eran sus hermanas de crianza, se pensaría que eran igualmente rudas; le dijeron también que, antes de que volviera, ellas eran bien miradas por todos, y que Breas incluso había ordenado que se les diera un lugar sombreado en las domas de



caballos, y así habían logrado ver a los dos jóvenes que habían domado los caballos, Dermott y Downal.

—Fue en beneficio de ustedes que volví —dijo Morag—. Y le pediré a una que haga algo por mí. Tú, Baun, canta para las hijas adoptivas del Rey. Antes de que se duerman esta noche, pídeles que cuenten a la Reina que Morag ha regresado y que tiene algo para darle.

—Trataré de recordar eso, Morag —dijo Baun.

Morag fue llevada a la Casa de Piedra por siervas de fuertes brazos, y Baun y Deelish se sentaron en sendos rincones, lloraron y no se acercaron a donde ella estaba.

Esa noche, las hijas adoptivas del Rey permanecieron despiertas por largo rato y, después de que Baun les hubo cantado, ellas le pidieron que les contara lo que había sucedido en el Castillo. Entonces, Baun recordó el alboroto que se produjera en la cocina a raíz del nombre dado a Breas, y dijo a las hijas del Rey que Morag había vuelto. —Ella fue criada en la misma casa con nosotras —dijo Baun—, pero no es hija de los mismos padres.— Y después dijo: —Si Sus Hermosas Finuras pudieran acordarse, digan a la Reina que Morag ha vuelto.

Al día siguiente, mientras se paseaban con la Reina, una de las hijas adoptivas del Rey dijo: —¿Sabías de una doncella llamada Morag? He oído que ha estado fuera y que ha regresado.

—Y, ¿cómo le fue? —dijo la Reina.

—No nos hemos enterado de eso —dijo la doncella que había hablado.

La Reina fue hacia donde estaban Baun y Deelish, y por ellas supo que Morag había sido confinada en la Casa de Piedra, acusada de haber quebrado el plato del Rey cuando había estado antes en el Castillo. Pero la Reina sabía que el plato había quedado intacto después de que Morag se fuera. Fue entonces donde el Mayordomo Real y lo acusó de haberlo quebrado él mismo, y Breas admitió que así había sido. Así fue que perdió su rango y se convirtió en el sirviente más miserable y despreciado del Castillo.

La Reina fue a la Casa de Piedra y sacó de ahí a Morag. Le preguntó que cómo le había ido, y entonces Morag puso la Baya de Serbal en la mano de la Reina. Ésta se apresuró hacia su propia recámara y comió la baya. Su juventud y belleza volvieron a ella, y el Rey, que se había vuelto solitario, la amó de nuevo.

Entonces se tributaron a Morag grandes honores en el Castillo, y la Reina le pidió que señalara el favor más grande que pudiera imaginar. Y el favor que Morag señaló fue el de los matrimonios de sus hermanas de crianza con los dos jóvenes que amaban, Downal y Dermott, de la corte del Rey de Irlanda.

La Reina, al escuchar esto, trajo finas ropas sacadas de sus arcas y las dio a Baun y Deelish. Una vez que se hubieron vestido con estas ropas, la Reina las presentó a los dos jóvenes. Downal y Dermott se enamoraron de las hermanas adoptivas de Morag, y el Rey anunció el día para que las parejas se casaran.

Morag esperó hasta ver las bodas, que el Rey y la Reina prepararon como un gran acontecimiento. Había setecientos invitados en la mesa corta, ochocientos en la mesa larga, novecientos en la mesa redonda y mil en la gran sala. Yo estuve ahí y oí toda la historia. Pero no obtuve ningún regalo, salvo zapatos de papel y medias de suero de leche, y éstos me fueron robados por un pastor al cruzar yo las montañas.

Pero Morag obtuvo mejores regalos, puesto que la Reina le dio tres obsequios: unas tijeras que cortaban solas la tela; un ovillo de hilo que se enhebraba solo en la aguja, y una aguja que cosía sola.

## V

Con los tres obsequios que la Reina de Senlabor le diera, Morag volvió a la Casa de la Mujer-Adivina. Su Gallinita Roja estaba en el

patío y se alzó aleteando para recibirla. Pero no había ninguna otra señal de vida por el lugar. Entonces, abajo junto al arroyo donde se lavaba, encontró a la Adivina enjuagando ropa. Estaba de pie en las piedras del centro, golpeando las manos como con una gran aflicción. "¡Oh, Morag, mi hija Morag —gritaba la Adivina— hay señales en la ropa, hay señales en la ropa!"

Luego de un rato, cesó en sus gritos y palmoteos y salió del arroyo. Mostró a Morag que en todas las mudas y camisolas que lavara para ella se hacía un hoyo justo en el lugar donde debía estar su corazón. Morag palideció al ver esto, pero se mantuvo erguida con firmeza y no profirió lamento alguno. —¿Debo ir al Castillo del Rey, criadora? —dijo ella. —No —dijo la Mujer-Adivina—, sino a la cabaña del leñador, que está cerca del Castillo del Rey. Y lleva contigo a tu Gallinita Roja, hija mía —dijo ella—, y no olvides los tres obsequios que te dio la Reina de Senlavor.— Entonces, la Adivina se puso de pie y pronunció sobre Morag la bendición para viajes:

Que la Antigua,  
la que las hadas  
nutrieron  
durante siete eras,  
te traiga siete  
oleadas de buenaventura.

Morag la estrechó entonces en un abrazo de despedida y partió con la Gallinita Roja bajo el brazo y, en su bolso, los tres obsequios que la Reina de Senlavor le había dado.

Morag caminó y caminó sin cesar, desde el destello del día hasta la boca de la noche, y así por tres veces que el sol cruzara, y por fin alcanzó a avistar el Castillo del Rey de Irlanda. Preguntó a un perrero por la cabaña de MacStaim el Leñador, y la cabaña le fue indicada. Allá fue y divisó a la esposa de MacStaim; le dijo ser una muchacha

que viajaba sola y le pidió albergue. —Puedo darte albergue —dijo la esposa de MacStaim— y también puedo conseguirte un ingreso, pues hay mucho trabajo de costura en este momento. —Morag le preguntó que cuál era la razón, y la esposa del leñador le dijo que había dos parejas en el Castillo que pronto contraerían matrimonio. —Una es del joven a quien siempre llamamos el Hijo del Rey de Irlanda. Ha de casarse con una doncella llamada Fedelmá. La otra, es de un joven que también es hijo del Rey, pero que ha estado lejos por mucho tiempo. Flann es su nombre. Él va a casarse con una damisela llamada Gilveen.

Cuando Morag escuchó esto, fue como si le hubieran clavado y revuelto un cuchillo en el corazón. Dejó caer de su brazo a la Gallinita Roja. —Yo cosería las vestiduras que ha de llevar la damisela Gilveen —dijo ella, y se sentó sobre la piedra al lado afuera de la cabaña del leñador. La esposa de MacStaim envió a decir al Castillo que había alguien en su cabaña que podía coser todas las vestiduras que Gilveen le encargase.

Al día siguiente, Gilveen, acompañada de una sirvienta que caminaba tras ella, vino a la cabaña del leñador con un canasto de telas y modelos. El canasto fue dejado en el suelo, y Gilveen comenzó a decir a la mujer de MacStaim cómo los quería cortados, cosidos y bordados. Morag tomó la tela color carmesí y dejó correr por la tela sus tijeras, las tijeras que la Reina de Senlavor le había regalado. Las tijeras cortaron el modelo con exactitud. —¡Qué maravillosas tijeras! —dijo Gilveen. Se inclinó hacia donde Morag estaba sentada en la piedra afuera de la casa del leñador y tomó las tijeras en su mano. Las examinó. —No puedo devolvértelas —dijo—. Dámelas, y te concederé cualquier favor que pidas. —Puesto que quieres que te pida un favor —dijo Morag—, pido que me dejes sentarme esta noche a la mesa de cenar, sola con el joven con quien has de casarte. —Eso no me hará daño alguno —dijo Gilveen. Se alejó, llevándose las tijeras y sonriendo para sí.



Esa noche, Morag fue al Castillo y llegó a la mesa de cenar, donde Flann estaba sentado solo. Mas Gilveen había puesto un filtro somnífero en la copa de Flann, y éste no vio ni reconoció a Morag cuando ella se sentó a la mesa. —¿Recuerdas, Flann —dijo ella—, cómo solíamos sentarnos a la mesa en la casa de Crom Duv?— Pero Flann no la escuchaba, ni la veía, y entonces Morag tuvo que irse.

## VI

Al día siguiente, Gilveen vino donde Morag estaba sentada en la piedra, afuera de la cabaña del leñador, para verla coser el traje que había cortado. El hilo entró en la aguja por sí solo. —¡Qué maravilloso ovillo de hilo! —dijo Gilveen, tomándolo—. No puedo devolvértelo. Pídemelo a cambio. —Puesto que tú quieres que pida un favor —dijo Morag—, te pido que me dejes sentarme esta noche en la mesa de cenar, sola con el joven con quien has de casarte. —Eso no me hará daño alguno —dijo Gilveen—. Tomó el ovillo de hilo y se fue sonriendo.

Esa noche, Morag fue al Castillo y llegó a la mesa de cenar, donde Flann estaba sentado solo. Pero Gilveen nuevamente había puesto un filtro somnífero en su copa, y Flann no vio ni reconoció a Morag. —¿No recuerdas, Flann —dijo ella—, la historia de Morag que te conté en la mesa, en la Casa de Crom Duv?— Pero Flann no dio señal alguna de reconocerla, y entonces Morag hubo de irse.

Al día siguiente, Gilveen vino a observar a Morag hacer los bordados rojos sobre la blanca vestidura. Cuando clavó la aguja, ésta labró el diseño por sí sola en la tela. —Ésta es la cosa más maravillosa de todas —dijo Gilveen: Se agachó y tomó la aguja en su mano—. No puedo devolvarte esto —dijo—, y tú tendrás que pedirme un favor que te recompense. —Si he de pedir un favor —dijo Morag—, el

único favor que pediría es que me dejes sentarme esta noche en la mesa de cenar, sola con el joven con quien vas a casarte. —Eso no me hará daño alguno —dijo Gilveen; se llevó la aguja, y se fue sonriendo.

Esa noche, Morag fue de nuevo al Castillo, pero esta vez llevó consigo a la Gallinita Roja. Esparció granos sobre la mesa, y la Gallinita Roja los iba recogiendo. —Gallinita, Gallinita Roja —dijo Morag—, él también dormía cuando di las siete gotas de sangre de mi corazón en beneficio de su madre. — La Gallinita Roja voló hacia el rostro de Flann. —Siete gotas de sangre del corazón, siete gotas de sangre del corazón —dijo la Gallinita Roja, y Flann oyó estas palabras.

Entonces, abrió los ojos y vio a la Gallinita Roja encima de la mesa, y supo que pertenecía a alguien que él había conocido. Al otro lado de la mesa, Morag se le apareció extraña e incorpórea. Pero él lanzó migajas sobre la mesa y dio de comer a la Gallinita Roja y, mientras la observaba recoger las migajas, el recuerdo de Morag volvió a él. Entonces, la vio. La reconoció como su amada y prometida; fue hacia ella, y le preguntó que cómo era posible que hubiese estado por tanto tiempo fuera de su mente. —Te contaré cómo llegaste a olvidarme —dijo ella—; fue por causa del beso que diste a Gilveen, y el hechizo que pudo imponer sobre ti por causa de ese beso.

Había pena en el rostro de Morag al decirlo, pero la pena se fue como se van las tenues nubes de delante de la luna que cuelga alto en el cielo, y Flann la vio como su bondadosa compañera de donde Crom Duv y su hermosa amiga de la casa de la Mujer-Adivina. Se besaron entonces, y todo hechizo se desvaneció, salvo el perdurable hechizo del amor, y se sentaron tomados de las manos hasta que el leño en el fuego junto a ellos hubo ardido hasta convertirse en un tizón, y el tizón hubo ardido hasta convertirse en cenizas, y todo el tiempo que transcurrió fue, como creyeron ellos, sólo el rato que le tomó al vigilante, afuera, para caminar de un lado a otro de las Puertas del Castillo.



Gilveen había entrado en la habitación y vio a Flann y Morag darse un beso de verdadero amor. Entonces, se marchó. Pero, al día siguiente, se acercó al Mayordomo Real, Art, quien en una ocasión había querido casarse con ella y a quien había rechazado porque Aefa, su hermana, se había casado con alguien de más alto rango. Se acercó a Art y le dijo que no se casaría con Flann porque había descubierto que tenía una enamorada de baja alcurnia. —Y yo estoy dispuesta a casarme contigo, Art —dijo ella. Art estuvo muy complacido, y él y Gilveen dejaron el Castillo para casarse.

Entonces llegó el día en que Fedelma y el Hijo del Rey de Irlanda, y Morag y Flann, se casaron: Sus esponsales fueron celebrados en el Círculo de Piedras de los Druidas, quienes invocaron sobre ellos los poderes del Sol, la Luna, la Tierra y el Aire. Se casaron al mediodía y festejaron en la noche, cuando fueron encendidas velas de cera en torno a las mesas. Ellos tuvieron miel de Grecia y cerveza de Lochlinn; patos de Achill, manzanas de Emain y carne de venado del Monte de la Caza; tuvieron trucha y urogallo, y huevos de chorlito y una cabeza de jabalí para cada Rey entre los huéspedes. Y estos fueron los Reyes que se sentaron a la mesa con el Rey de Eirinn: el Rey de Sorcha, el Rey de Hispania, el Rey de Lochlinn y el Rey de la Isla Verde, que tenía por hija a Rayo de Sol. Y tuvieron ahí a los más grandes héroes de Lochlinn, los mejores contadores de historias de Alba, los mejores bardos de Eirinn. Ellos aquietaron también a los músicos y los arpistas tocaron hasta que el gran campeón Rompe-Escudos contó una leyenda del reino de Grecia y de cómo mató a los tres leones que guardaban a la hija del Rey. Festejaron durante seis días y el último día fue mejor que el primero, y la risa que rieron cuando Sin-Ingenlo, el sajón bobo, contó cómo hubo de terminar la historia de Rompe-Escudos, sacudió a los jóvenes grajos fuera de todas las chimeneas del Castillo y los hizo bajar aleteando a los pisos.

El Rey de Irlanda vivió largo tiempo, pero murió mientras sus hijos se hallaban en la plenitud de su edad viril; después de su muerte, la

Isla del Destino pasó a ser gobernada por ambos hijos, por igual. Y uno tuvo autoridad sobre las cortes y las ciudades, los puertos y los campamentos militares. Y el otro tuvo autoridad sobre los descampados y aldeas, y los caminos por donde transitan los hombres indómitos. Y las hazañas de uno están en las historias que han escrito los *shanachies* en el idioma de los eruditos, y las hazañas del otro están en las historias que la gente nos cuenta a ti o a mí.

Cuando crucé el Vado,  
ellos doblaban por el Paso Montañoso;  
cuando pisé las Pasaderas,  
ellos recorrían el Camino de Cristal.



